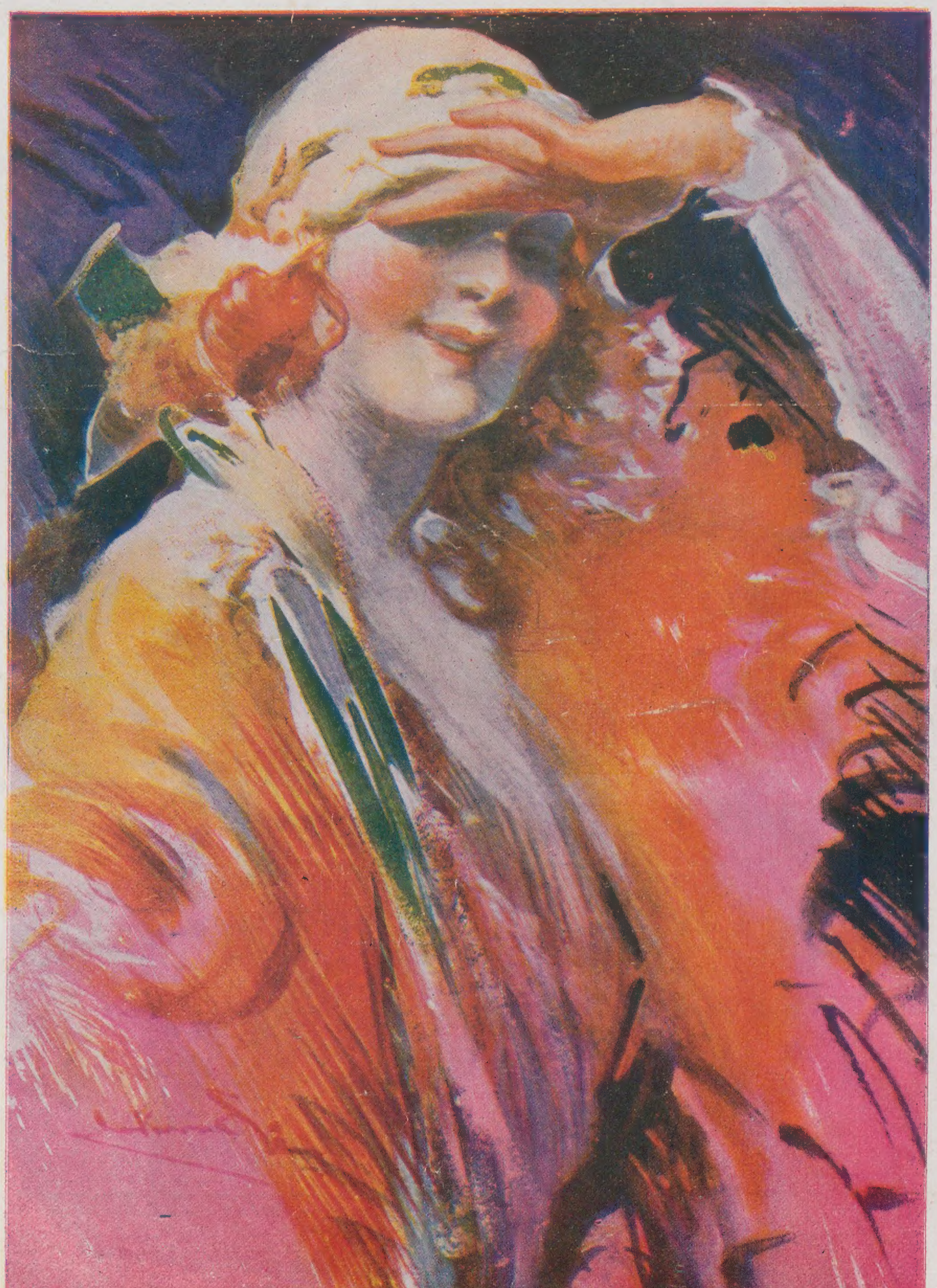
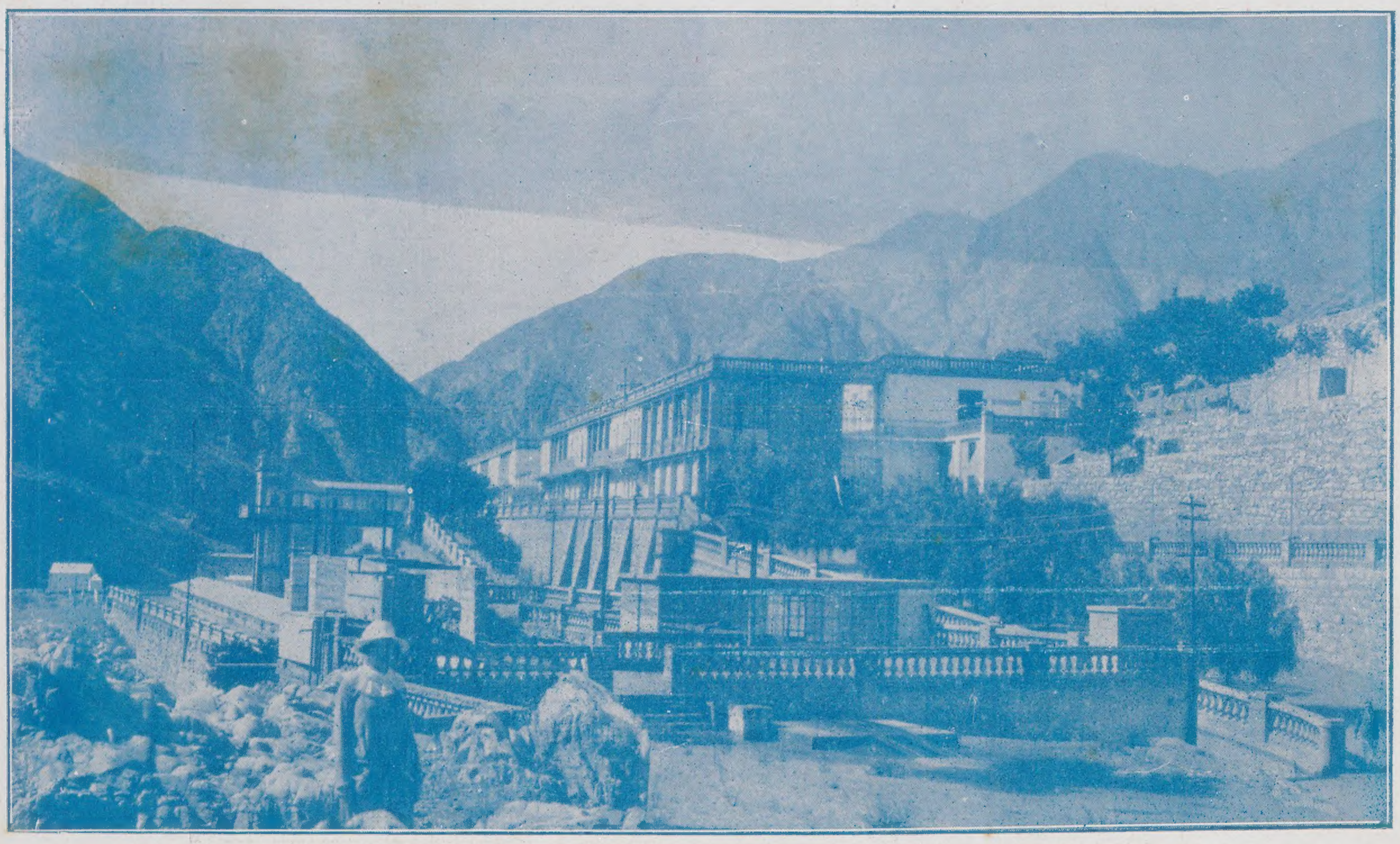
FRAY MOCHO



"Rayo de sol"

N.° 772



CACHEUTA

EL MEJOR BALNEARIO SUD AMERICANO

Incomparable estación termal para la salud

Aguas termominerales, de las más radioactivas del mundo. Insuperables para la cura de reumatismo en general, afecciones gastrointestinales, enfermedades de señoras, "surmenages", etc.

Para los sanos; para los enfermos

¿Se siente fatigado?

¿Necesita reposo?

Vaya a CACHEUTA

Soliciten informes a:

S. A. TERMAS CACHEUTA

VICTORIA 673

U. T. 33, Avenida 1321 *BUENOS AIRES*

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administracion. BOLIVAR 879

Año XVI Buenos Aires, 8 de febrero de 1927 N.° 772

De la vida que pasa, por Rojas



—Parece que es una fija la candidatura de Melo.
—Me lo... figuraba.



—La cuestión de los piratas en China va a traer cola.
—Yo creo que, siendo cosas de chinos, en vez de cola debe traer coleta.



—En Rusia existe un hombre de ciento cuarenta y cinco años. Toda su vida la ha pasado entre la nieve. Es un hombre bueno pero de carácter frío.
—¿Y qué quiere usted, que después de estar tanto tiempo entre la nieve sea un hombre caliente?



—Norte América lo que hace es abusar de las repúblicas débiles. Por eso ha abusado de Nicaragua. ¿A que conmigo no se atreve? Precisamente ayer le escribí a Coolidge una carta invitándolo a rompernos las narices en la Avenida de Mayo.



—¿No se ha fijado usted que hace unos cuantos días que no hay crímenes?
—Es que yo creo que se han acabado los muertos.

TINTI

Por Fausto Burgos

Aún le veo sentado en la peña, carbonizado el cuerpo. Separáronse sus labios para mostrar las encías sin dientes.

En las noches foscas de tormenta, me parece ver el rayo que mató a Tinti.

Llegó a Abra Pampa, arreando una tropilla de borricos. Era un cerrero requeteviejo; vestido de barracán, calzado de ojotas. Le conocí en el boliche del turco Abdón.

—Tomá, señor — me dijo, ofreciéndome su chata de alcohol de noventa y cinco grados.

Tomé la botella y bebí un trago. ¡Caráspita!: sentí arder la boca, la garganta, el estómago.

—Habías sido flojo, vos, señor. El alcohol no mata... ¿Qué, sois abajeño?

—Cerrero, tatay.

—¿De qué pago?

—De Antigullo.

—Eso es ya cordillera, señor.

—Cordillera; allá hay puna brava...

—Servite otro trago, patrón.

Estaba achispado; tenía la mirada turbia.

—Este y nada más.

—Sois flojo; y tan joven... Aurita me he de ir y no he de volver...

Nuevamente arrugué la cara. El turco Abdón, a hurto, sonreía.

—Tomá unos tragos vos, a ver si eres guapo.

—Balabra que tomo chata entera...

Tinti, el cerreño, afirmó:

—Es churo el turco, señor; no te metais con él...

—Balabra.

Tinti no me daba tregua; a cada rato un obligo. Cuando quise retirarme, el puneño me cogió por el halda del poncho.

—No te has de ir, señor.

—¿Por qué?

—Porque no.

¿Quién le iba a temer? No cargaba armas de fuego, ni cuchillo, ni talero, ni overa honda pastoril.

—No te has de ir.

—Bueno...

Me hablaba de cerca, salpicándome con lo menudo de su acuyico.

—Este marchante rico viene de Tinate.

—No digáis una cosa por otra; yo no soy de ese pago...

—Es churo el marchante.

Yo agregué:

—Churo y requeteviejo...

—Requeteviejo — repitió Tinti— como un peñón del cerro.

—Y no tenís canas, como yo.

—Yo no sé... A vos te las sacaron las picardías.

—¿Y los dientes?

—Ya no hay...

—¿Ni uno?

—Ni unito.

—¿Y cómo?

—Corriéndolo al zorro me caí en una hondura y se me derramaron los dientes. ¡Quién lo pilla al zorro si se guasquea para todos lados!

—¿Ni uno te queda?

—Ni unito. A ver, pasaré los dedos.

Separó los labios morenos. Me estremecí al tentar sus viejas encías, con la que migaba el pan y desmenuzaba la coca.

—Es cierto.

—¿Para qué los quiero ya?

Nos sentamos en un banco, frente al mostrador. Cuando el turco cerró las puertas y nos echó afuera, yo me figuraba que las calles corrían velozmente y que el cielo iba a aplastarme.

—Tatay...

—Habías sido flojo, vos, señor.

Le cogí del brazo.

—¿Y ahora, tatay?

—A desacollarrar los burritos.

—¿Y después?

—A la casa.

—¿En dónde?

—Trastornando el Chutanay.

Lejos, lejos quedaba el cerro moreno y ríspido, en cuyos peñones se sofrenaba el viento de las cordilleras.

Por el lado del Huancar pedregoso, en un campo de surillantes y tolas, se estaban los borricos. Tinti empezó a desacollararles.

—¿Me vais a acompañar, patrón?

—Sí.

—¿Y tu caballo?

—Iré a pie, a tu lado.

Se alborozó, oyéndome.

—Tomá otro trago, señor.

—El último.

—Otras cuatro chatas llevo en las alforjas.

—Si querís que te acompañe, no me pidas que beba; tengo mala chispa...

—¿Por qué lado te da?

—Me da por pelear...

—Pelearás con los rayos esta noche... Mirá como viene negreando la tormenta...

En Cochinoca llovía torrencialmente; más acá, también. Arriba de los cerros, deslumbraban las centellas.

—¿Te animás a seguir?

—Soy hombre como vos.

—Y jovencito.

¿Estaba mal de la cabeza yo esa noche? ¿Por qué le seguí? ¿Qué pensaba encontrar en su casuca de piedra? En cuanto relampagueaba, yo veía que la llanura se alejaba velozmente. ¡Qué sensación horrible!

El viento hosco de la serranía empezó a tomarnos de frente.

—¿Seguiremos, tatay? Mirá que los burros se quieren volver...

Tinti corría de un lado a otro, revoleando un trozo de soga overa.

Y el fiero alcohol de noventa y cinco grados tornó a quemar mi boca, mi garganta, mi estómago.

—El alcohol no mata, señor.

—Tengo mala chispa. Ahora se me hace que los cerros dan vuelta...

—Ya se te ha de pasar...

Y empezaron a descolgarse los rayos...

Cuando la ropa ya se pegaba al cuerpo y se caían las alas del ovejuno de Tinti, nos detuvimos; yo, asustado, temblando, tenía miedo a los montes negros, a los truenos, a los rayos; él, silencioso, contento con su suerte. Al fin y al cabo, aún tenía en las manos una chata de alcohol.

—¿Dónde mismo estamos, tatay?

—Sobre el cerro Blanco. Cuando se abra el cielo, divisalo al Chutanay.

¿Estuvimos una hora allí? Empezaba yo a desmayar la cabeza cuando Tinti arrojó una chata, la cual se hizo trizas contra las piedras.

—Voy a poner el último acuyico, patrón.

—¿Por qué decís "el último"?

—Porque me va a matar el rayo, señor... Ya lo están olfateando los burros; miralos cómo se amontonan...

Me ahogaba el viento; amedrentábame la tormenta. ¡Qué sensación horrible!

—El último acuyico, tatay...

—Vámonos; disparemos cuesta abajo.

—Nos matará a los dos...

¿Qué sentía Tinti? ¿Barruntaba el rayo?

Tiró la chuspa coquera. Vencido del alcohol me dormí junto a una peña. Cuando volví en mi acuerdo, me encontré en el suelo blancuzco y húmedo. Tinti estaba a mi vera, hecho carbón. Sus labios separábanse como para dejar entrever las encías que rumiaron el último acuyico...

SONETO

El sol envuelve con sus rayos de oro
la Tierra, haciendo florecer las rosas,
animando las leves mariposas,
y las abejas, de volar sonoro;

Se alza en el aire tibio un suave coro
unísono de voces misteriosas:
son las almas secretas de las cosas
que se elevan diciendo: "yo te adoro".

Muy lenta, en el azul, vaga una nube
que desliza su sombra por el río;
volando en espiral, un cuervo, sube...

Y algo ha llegado al sentimiento mío
que lo mueve, turbando sus serenas
aguas dormidas de recuerdos llenas.

CARLOS F. MELO.

Imperio del alma

¿No os ha ocurrido advertir entre los hombres esa tragedia que pasa en el silencio de unos instantes en que nadie osa hablar, y por fin se rompe en hielo, pero se habla por llenar un hueco, y los corazones, debajo de las palabras, laten azorados, los odios se comprimen y las pasiones se mueven en los pechos como leones en una jaula?... Y, entre tanto, se habla del tiempo, de la cosecha, de la política, del viaje del rey, cuidando de no caer en el silencio delator para que las gentes no se revelen el terrible secreto de sus odios... Es curioso cómo, traicionando la propia frivolidad de las palabras que se dicen, la gravedad de las que se callan, se produce, sin embargo, este raro fenómeno de pretender ocultar a sí mismo la verdad.

¿Para quién es el engaño? ¿A quién se guardan esos respetos? Esos respetos son para el alma. Ella es la que gravita, pesa y hace solemne esos instantes, y cuando se decide a hacer su aparición milagrosa disuelve todos los antagonismos y salva todas las distancias.

En el silencio de las penas, unas palabras espontáneas, una sonrisa de dolor, un gesto, hacen que los ojos miren a los ojos, y los labios sonrían, y la paz renazca.

V. GARCÍA MARTÍ.



SINTÉTICAS

ADMINISTRACION MODELO

A los empleados del "Hospital De la Vega", de la ciudad de Moreno, se les adeudaba cinco meses de sueldo; y como dichos señores no tienen, que se sepa, ninguna similitud orgánica con el camaleón, se vieron obligados, por perentorias exigencias de la vida, a reclamar el pago de lo que se les debía.

Este natural pedido, impuesto por la necesidad, por la razón y por la justicia, fué considerado como una grave insubordinación y la comisión administradora del mencionado nosocomio, indignada por tan inconcebible atentado, decretó la inmediata cesantía de los empleados de referencia.

Es casi seguro que, para justificar tan draconiana resolución, se habrá invocado la necesidad de mantener incólume el "principio de autoridad"; pero ésta no es más que una sobada frasecilla de cajón, cuyo alcance ya conocemos todos, porque, esgrimiéndola a manera de comodín, suele utilizársela, con harta frecuencia, para revestir, con aspecto de legalidad, actos que, en muchas ocasiones, implican otros tantos atropellos o injusticias.

Por lo demás, sería el caso de preguntar qué clase de autoridad moral puede caberle a un deudor moroso, frente a su legítimo acreedor.

Pero, de todos modos, hay que agradecer a la comisión del "Hospital De la Vega", de Moreno, nos haya enseñado que, para alcanzar éxito en las funciones administrativas, existe un

Sistema eficaz y breve
Con el que nada compite:
No pagar lo que se debe
Y reventar al que grite.

INDUSTRIA NACIONAL

"El inspector de la dirección de industrias del departamento de Tunuyán (Mendoza), procedió al secuestro de treinta mil kilogramos al azúcar que estaba destinado a uso industrial para la elaboración artificial de vinos. La misma repartición aplicó una multa de seiscientos pesos al bodeguero X. X., secuestrándole una partida de vino artificial".

Una explicable asociación de ideas nos trae a la memoria aquel clamor que hace poco elevaron los vitivinicultores mendocinos, cuando, según aseguraron, las heladas habían destruido la casi totalidad de la última cosecha de uva, desastre del cual se consolaron subiendo el precio de los vinos; y en presencia de las noticias anteriormente transcriptas, se nos ocurre preguntar:

¿Fué razonable la suba
Del producto mendocino,
Cuando no tiene, el tal vino,
Nada que ver con la uva?

COSAS DEL CABLE

Según han podido comprobar las autoridades de Viena, los esqueletos humanos constituyen en Austria un artículo de exportación, siendo muchos los que se envían a Inglaterra. Una investigación realizada, permitió establecer que muchos médicos y estudiantes de medicina, de aquella capital, exportan esqueletos enteros y fraccionados a las universidades y médicos de otros países, con lo cual realizan negocios muy lucrativos.

De ser estos datos ciertos,
Habrá fundados motivos
Para decir que los muertos
Dan de comer a los vivos.

LA MULATA

Por Héctor Pedro Blomberg

El hotel Montecristo todavía existe en las profundidades cosmopolitas del Paseo de Julio. Las mismas cortinas verdosas del bar ondean aún, desde hace cerca de veinte años, al viento que sopla en las medianoches solitarias bajo las arcadas pobladas de murciélagos y de ex hombres. El mismo mozo que huyó de un seminario de Oviedo, allá en una lejana juventud, todavía sirve cerveza a los fogoneros de los paquetes de ultramar.

Pero ya no acuden al bar del hotel Montecristo las gentes de otros días mejores. Kuelhman el austriaco, cada día más envejecido, más pesimista y más triste, deplora amargamente la decadencia del Paseo de Julio.

—Ya no se llama ni siquiera Paseo de Julio, señor — observa con grave melancolía. — Las mujeres se fueron, y con ellas la alegría del Paseo de Julio...

Kuelhman el austriaco enmudece. Es verdad. Las musas de las arcadas se han ido, quizás para siempre. En la soledad de las lecherías y de los figsones apenas queda el recuerdo de aquellas Afroditas del bajo fondo internacional, de aquellas palomas negras que ponían, en el mundo sumergido de las arcadas, visiones del mal vivir y estremecimientos de tragedia.

—En aquel tiempo se ganaba dinero, señor... Pero ahora...

Iglesias interrumpía las jeremiadas de Kuelhman.

Iglesias era el cocinero del hotel Montecristo.

Y fué una noche de agosto, fría y sola como pocas, una de esas noches invernales en que las arcadas se tornan más siniestras, los figsones más lúgubres, los ex hombres más espectrales, cuando Iglesias, el cocinero, contó esta historia singular.

Como ésta hay muchas historias escondidas en el fondo del Paseo de Julio. Historias horribles y desoladas, amargas y extrañas, que se ocultan entre los pliegues de las almas de esos hombres de muchos países, que vinieron a bordo de los navíos.

Otras de estas historias las hemos de narrar un día, como varias que hemos escrito, de los hombres rudos y trágicos de la orilla.

Pero hoy escribiremos la de Iglesias, el cocinero del hotel Montecristo.

LA NARRACION DE IGLESIAS

—Yo nací en Cuba, señor. A los diez y ocho años huí de la fonda que mi padre tenía en los muelles de La Habana, y anduve vagando en los vapores de la carrera del Caribe.

No mire usted estas marcas que tengo en los brazos. ¿Sabe qué son? Son besos de morfina, señor... A usted le extrañará tal vez que un cocinero del Paseo de Julio tenga los brazos llenos de pinchazos de morfina. Pero ¿qué quiere?... Cuando le cuente toda mi historia, usted comprenderá. Durante un tiempo tomaba morfina en pastillas, pero ahora me he acostumbrado a inyectármela así. La morfina es una gran cosa, aunque uno sea cocinero en un bar del puerto. A mí me sirve para ahuyentar esas cosas que suelen venir a contemplarme por la noche, cuando los cafes se han cerrado, y sólo se escucha el viento soplando bajo las arcadas. Y cuando los ojos de los muertos asoman detrás de las cortinas o entre las cacerolas, señor...

A los diez y ocho años me escapé de Cuba y pasé cinco años en los vapores del Caribe. Mi pasión entonces eran las cartas. Por una carta marcada tuve que huir a los Estados Unidos.

¿Usted nunca ha estado en New Orleans?

Allí el cielo siempre es azul, como en Cuba, como en Jamaica. Hay árboles que siempre están verdes. Hay muchos negros. Las casas son muy blancas, y durante el día las usinas resuenan como un infierno bajo el cielo azul.

Pero a mí me gustaban los *cabarets* de New Orleans. Más que el cielo azul, y que los árboles verdes, y que las casas blancas. Me seguían gustando las cartas, pero también me había aficionado a ese licor diabólico que fabrican en Demerara, en la Guayana Inglesa: el ron.

Nunca beba ron, señor.

Yo he visto cómo lo destilan en Demerara. Cuando lo filtran se ven flotar las ratas muertas en los depósitos...

En los cabarets de New Orleans mi cuerpo y mi alma estaban humedecidos siempre en una ola de ron. La mañana me sorprendía tambaleándome por las calles bordeadas de árboles, entre las casas blancas, con el pecho y el cerebro hechos una hoguera de ron.

Angela Morgan solíame acompañar hasta mi cueva.

Pero le tengo que explicar quién era Angela Morgan.

Era una mulata, señor. La mulata más hermosa que había en el Caribe. Era varios años mayor que yo, y aunque su piel era oscura, su alma era más blanca que una paloma. El alma de Angela después se volvió roja, roja como la sangre. Pero entonces...

Angela Morgan, la de los cabarets de New Orleans...

Yo no sé cómo fué, pero entre mis borracheras de ron, empecé a darme cuenta de que yo me estaba enamorando de Angela Morgan. Como usted lo oye, señor...

Yo tenía entonces veinticuatro años. Cuando me arrojaban a empellones de los cabarets, Angela me llevaba hasta mi tugurio, me hablaba en inglés, y una noche me besó en la frente, como lo hubiera podido hacer una hermana.

Me enamoré de veras. El resplandor de su alma blanca entró en mi corazón de borracho.

Y se lo iba a decir, una noche.

Yo había dejado de ir durante una semana a los cabarets. Tenía verguenza de mí mismo, de las pupilas ardientes de Angela Morgan.

Bebía menos ron.

Y una noche, completamente fresco, volví a aparecer en las cuevas subterráneas donde las orquestas negras tocaban acordes infernales y se embriagaban los marineros del Mississipí.

Iba a decirle a Angela que la quería. Que por ella no iba a beber más ron, ni a volver a jugar con cartas marcadas.

Me sentía bueno esa noche, señor, yo, el último de los tahures y de los bebedores. Iba a decirle que la amaba, a Angela Morgan, la mulata que vendía sus caricias a los marineros del Caribe, pero que tenía un alma más blanca que las casas nuevas de New Orleans.

Para darme valor bebí tres o cuatro copas de ron.

Estaba en el cabaret de Jan el lituano. La divisé en seguida. Estaba más hermosa que nunca. Sus pupilas ardientes brillaban extrañamente, como si hubiera tomado cocaina. Su seno magnífico palpitaba como las palmeras de Jamaica al viento de Caribe.

Estaba con un hombre, señor. Como siempre. ¿Acaso no era ese su oficio?

Y cómo miraba al hombre...

Era necesario ser ciego para no comprender que Angela Morgan amaba a aquel hombre con todo el fuego de su corazón de mulata.

Reconocí en seguida al hombre. El también me reconoció, y dijo algunas palabras a Angela. Angela se volvió y me miró extrañamente.

Después él se rió.

¿Sabe quién era el hombre, señor?

Era Pedro Iglesias, el mayor de mis hermanos, que había huido también de La Habana cuatro años antes que yo, y a quien yo creía muerto.

Estaba allí, en el cabaret del lituano, bebiendo y sonriendo, con sus ojos azules clavados en las negras pupilas de una mujer que lo adoraba a ojos vistos, un poco

Gerifaltes de Israel

En el parlor hay cuatro pequeños escritorios. Todos ellos están ocupados desde por la mañana por cuatro pasajeros. en cuyas faces se distingue un signo de raza; se pensaría que son extraídos de la menagerie *de Drumont.*

Cerca, unos cuantos conversamos.

—Pronuncie usted — dice un francés — en voz alta la palabra argent, *y verá cómo, en seguida, todos cuatro vuelven la cabeza.*

—Parece que el l'argent... — *dije en alta voz.*

Todas las cuatro cabezas de los hombres que escribían se alzaron y miraron hacia nuestro grupo. La prueba estaba hecha. Eran cuatro cabezas llenas de salud fuerte, de un rosado subido; aspectos de aves de rapiña, con las narices curvas y los ojos de persecución. Esos comerciantes, esos exploradores de presa, se veía que estaban poseídos por su demonio ancestral, y que antes que en la sinagoga tenían su culto en la banca, en las casas áureas de Francfort, de Viena, de Berlín, de París, de Londres. Eran cuatro gerifaltes enviados por los grandes aguiluchos y gavilanes de Europa a buscar caza en América.

Y cada cual en la conversación expresó la reflexión, o contó su anécdota, o dijo su cuento humorístico

—Hay uno muy conocido — dijo alguien.

—Una vez, iban en un pequeño barco que llevaba una carga de naranjas, como pasajeros, un negrito y un judío. Sobrevino una fuerte y amenazadora tempestad. Y fué preciso, después de mucho bregar con el viento, aligerar la carga. El patrón echó al agua las naranjas. Luego un banquito de madera. Luego al negrito. Luego al israelita. Y sucedió que, una vez pasada la tempestad, fué pescada en la costa una gran bestia marina. Y al abrirle el vientre se encontró al judío sentado en el banquito, y vendiendo las naranjas al negrito.

—A la verdad, estas gentes fueron obligadas por la necesidad a hacer que se cumpliesen las profecías y que Israel fuese dueño del mundo, con todo y ser abominado y perseguido. Se les miró peor que a los leprosos. se les echó de todas partes, se les condenó al gheto, a la esclavitud y aún a la hoguera. Se les prohibió la tierra. Ellos encontraron entonces su campo en el dinero; fueron avaros y hábiles. y Shylock afiló su indestructible cuchillo. Y a medida que la civilización ha ido avanzando, el poderío de esa raza maldecida, pero activa y temible, se ha ido aumentando, a medida que ha ido en crecimiento la rebusca del oro, la omnipotencia del capital, y la creación de una aristocracia cosmopolita, de universal influencia, cuyos pergaminos son cheques, y cuya supremacia ha invadido todas las alturas, halagando todos los apetitos. He ahí la obra de los halcones de Mamnón, de los gerifaltes de Israel.

Los cuatro israelitas se habían levantado, y habían dejado, en signo de posesión, sus cartapacios sobre las mesas de escribir. Se paseaban fumando gruesos cigarros, hablando en voz alta, haciendo grandes gestos y ademanes, y caminando a zancadas, con sus largos y anchos pies. Y había en ellos una animalidad maligna y agresiva.

RUBEN DARIO.

ebrio ya, con los cabellos rubios al borotados sobre la frente.

Me senté en un rincón. La mano me temblaba tanto que el ron se escapaba de la botella y corría por la mesa como un raudal de lágrimas venenosas.

Recuerdo vagamente que era de día cuando me sacaron del cabaret del lituano, entre Angela y mi hermano Pedro.

Pedro me fué a ver al siguiente día.

Reía, como siempre, sentado al borde de mi cama, con los hérculeos brazos tatuados cruzados sobre el pecho.

—¿Tú también por aquí, chico? — me dijo. — Parece que Angela te conoce, y te quiere un poco... No sabía ella que eras mi hermano. Dice que el ron te está matando. Ten cuidado. Yo nunca he velado por la familia, pero... Pero no te embriagues como anoche, chico. Acuérdate de que eres cubano, como yo, y que aquí no nos quieren mucho, excepto esa mulata, en quien inspiré una romántica pasión hace tiempo, creo que en Veracruz, donde la conocí... Pobre mujer... Lástima que tenga la piel tan obscura...

Siguió hablando.

Las palabras cínicas de mi hermano llenaron de indignación. Quise decírselo pero el se puso de pié para irse. Me quedaré aún varios días en esta maldita New Orleans. Trataré de no aburrirme con la mulata... Te aconsejo que no bebas ron como hicistes anoche, porque no te volveré a traer a tu casa... Salud.

Se fué, alto, rubio, bello como el Apolo del mar, y me dejó entregado a mis pensamientos. La borrachera de la noche anterior me había dejado enfermo y dolorido. No tenía alientos para nada.

Esa noche me quedé en mi covacha. No probé una gota de alcohol. Toda la noche estuve revolviéndome en mi cama, pensando en Angela Morgan y en mi hermano Pedro.

No sabía qué hacer. ¿Irme de New Orleans? ¿Matar a mi hermano?

Luego acudía a mi memoria el recuerdo de Pedro, cuando ambos éramos pequeños y corríamos desnudos y descalzos por las callejas de los muelles de La Habana, pidiendo monedas de plata a los viajeros de los Estados Unidos. Recordaba vagamente las generosidades infantiles de Pedro, que me defendía de los golpes y me daba monedas de cobre...

A la noche siguiente ya no pude más.

Me presenté al cabaret del lituano, a las doce.

El cabaret estaba lleno, más lleno que nunca. La orquesta negra no enmudecía un instante.

Sí, señor. Angela Morgan estaba allí. Mi hermano Pedro también, bastante ebrio.

Me senté cerca de ellos. Angela visitaba las mesas de sus clientes, y de rato en rato aproximábase a la mesa de Pedro, acariciándole los rubios cabellos con sus manos morenas y ardorosas.

Esa noche fué la tragedia.

Lo mataron, señor.

Yo no me acuerdo bien cómo sucedió todo. Pero tengo presente que un negro se acercó a mi hermano y ambos se insultaron en inglés. Mi hermano estaba muy ebrio y apenas pudo defenderse.

Antes que nadie pudiera intervenir, el negro lo había atravesado de una puñalada, allí, delante de todos.

El grito de Angela Morgan no se me olvidará jamás, señor. Algunas veces me despierto, en la noche, en el hotel Montecristo, y me parece que oigo el grito horrible de la mulata resonando bajo las arcadas del Paseo de Julio.

¿El negro, dice usted?

Desapareció, señor, como si se lo hubiese tragado la tierra.

Todavía veo a Angela estrechando contra su regazo la cabeza desmelenada y pálida del asesinado. La sangre de mi hermano salpicó su pecho y su cara morena, como rubíes temblorosos. Lo besaba con furia, con pasión, gimiendo sin lágrimas...

Pero mi hermano estaba muerto.

Nos detuvieron a todos, pero el negro no apareció. Había huído.

Tres días más tarde Angela se presentó en mi cueva. Estaba más flaca y sus ojos ardientes temblaban como con fiebre.

—Oye—me dijo—tú me quieres, ¿verdad?

Me quedé atónito.

—Yo sé que me quieres... Lo sabía... Tu hermano también lo sabía. Me lo dijo la noche que...

Se interrumpió, sombría y trágica.

—Me quieres, ¿verdad? — repitió. Sus manos morenas y cálidas acariciaron mi frente sudorosa, se enredaron en mis cabellos.

La estreché entre mis brazos. Mis besos de fuego caían sobre su rostro, sus brazos, su pecho anhelante...

—¿Quieres venir conmigo?

Fué entonces cuando me hizo la proposición extraña, terrible, que había de decidir de nuestras vidas, cuando me propuso el pacto de amor y de sangre.

—Tú y yo tenemos una misión que cumplir — me dijo luego, con los ojos destilando fiebre. — Iremos en su busca, y tú lo matarás, donde lo encuentres...

¿Comprende, señor?

Angela Morgan se unía a mí, se convertía en mi amante. Pero yo debía buscar y matar al asesino de mi hermano Pedro, al negro del cabaret.

Desde ese día no nos separamos Angela Morgan y yo.

Nos fuimos de New Orleans una mañana radiante de agosto. Recuerdo aún que era un 14 de agosto.

Angela tenía dinero, unos mil dólares. Con esa suma emprendimos la busca del negro por toda la América del Sur.

El negro, según logré averiguar, era de profesión fogonero, pero solía desempeñar los oficios más diversos.

¿Dónde se habría ido? ¿Dónde encontrarlo?

Hay tantos negros en la América del Sur, señor...

De New Orleans nos fuimos a Managua. De allí, a pasar revista a los africanos que trabajaban en el canal de Panamá, en la Puerta de Gtun.

Los meses rodaban, una tras otro.

El asesino de Pedro no estaba en el Canal. Seguimos viaje al Callao. Hurgamos los fondines de los puertos, hasta que la fiebre amarilla me salió al paso en Guayaquil.

Y fué Angela Morgan quien me salvó. En las visiones de mi delirio la veía sentada inmóvil junto a mi catre lleno de parásitos, con los ojos ardientes fijos en el recuerdo. Estaba viendo siempre la rubia cabeza ensangrentada de mi hermano Pedro...

Me salvé de la fiebre amarilla, señor. Me salvaron los cuidados y el amor de Angela Morgan, la mulata.

Por uno de sus besos, yo hubiera dado muerte a mi propio padre, en su fonda de los muelles de La Habana.

El negro tampoco estaba en Guayaquil. Ni en Barbados, donde llegamos un mes después.

De Trinidad seguimos viaje hacia el Sur.

En Pernambuco se nos terminó el dinero. Yo no podía trabajar, porque aun estaba muy débil, y fué Angela Morgan quien se encargó de ganar lo que era necesario.

Iba a vender su cuerpo todas las noches en los bars de los capitanes mercantes de Pernambuco. Traía libras esterlinas.

A veces parecía muy cansada. Pero sus ojos seguían brillando con fiebre delirante.

En Río de Janeiro fué lo mismo.

Un impulso mortal parecía arrastrar a esa mujer que incendiaba mi sangre. Recorría durante horas enteras las calles, los cafés, los tugurios, los muelles, buscando, buscando siempre...

Un día creí encontrar a mi hombre... Fué en Río de Janeiro... La silueta oscura y borrosa de un africano que caminaba balanceándose, como los hombres de mar, hizo temblar mi corazón. ¡Era él!

Los ojos del cocinero se inyectaron de sangre. Todo su cuerpo temblaba con emoción horrible.

—Estaba lloviendo... Eran las 6 de la tarde, en el mes de agosto. En agosto llueve siempre en la capital del Brasil. Caía una garúa triste, monótona. Una de esas lluvias en las que el invierno americano parece llorar como los hombres que todo lo han perdido en la vida y que saben que sólo les queda el camino del infierno...

No era más que un negro marinero que salía tambaleandose de un bar de los muelles, en el crepúsculo y en la lluvia...

Un horror lejano hacía palidecer al cocinero del hotel.

Pero al mismo tiempo, mientras lo escuchaba en silencio, parecíame que aquellas confesiones crueles, feroces, aliviaban el purgatorio de su alma.

Le hice señas para que continuara su relato.

—El odio suele ser dulce — exclamó repentinamente — pero los hombres como yo... Yo había vendido mi alma por el amor de una mujer medio negra, una mujer que sólo vivía para ver morir, asesinado, a un hombre... Yo creía entonces, señor, que sólo vivía para el amor, y vivía tan solo para la muerte...

En el vago silencio del hotel, permanecía yo suspenso, fascinado por el encanto siniestro de aquella historia horrible. Como una pesadilla, veía las escenas que evocaba el mi-

serable. Pe.o quería saberlo todo, hasta el fin...

Siguió hablando Iglesias.

—Durante dos días fuí la sombra de aquel negro desconocido. Le invité a beber conmigo... Cuando Angela lo supo me besó apasionadamente, como pocas veces me había besado en nuestra luna de miel y de sangre.

—¿Quieres que lo mate esta noche? — le pregunté al tercer día.

Me miró ella extrañamente. Tuve miedo, por un instante, del infierno que ardía en su alma y que se asomaba a sus ojos.

—No — contestó — quiero beber primero con él...

Al pronunciar estas palabras las manos ardientes de Angela acariciaron mis sienes, y los espectros de mi espanto se desvanecieron.

—¿Quieres conocerlo, tú? — le dije.

—Sí — repitió ella, irguiéndose, centelleándole las pupilas.

Estaba menos bella que en los días de New Orleans. Era el odio, aquel odio que la consumía como una fiebre mortal. Después, solo en mi cocina, pensé que era también el dolor de haber perdido a su hombre rubio, a su dios blanco y brutal, a mi hermano Pedro, que debe de estar en el infierno, si es que su alma está en alguna parte...

El vengador se quedó pensativo. Tuve la visión de las cosas espantables que se retorcían en su conciencia, y fingí encender un cigarrillo para no mirarlo.

—El negro acostumbraba beber todas las tardes en un pequeño bar de la rua das Carretas, una calle angosta y oscura en la cual marea el olor del café y del cacao amontonado cerca... Se llamaba el Bar do Cruceiro. Dos tardes había pasado yo allí con el negro, bebiendo sin cesar. Esas tardes yo bebí poco... Cuando el negro no miraba, o estaba distraído, o borracho ya, yo arrojaba el aguardiente debajo de la mesa. Le había hecho hablar. Era jamaicano, como casi todos los que trabajan en los barcos de las Antillas. Una vez bien ebrio, habíale yo preguntado si había estado en New Orleans...

Sí, señor. Me confesó que había estado dos veces. Le pregunté si no le había sucedido algo desagradable en New Orleans.

No... No le había sucedido nada, excepto una prisión de ocho días por pelearse con un agente de policía...

—¿No se enamoró de ninguna mujer en New Orleans? — seguí preguntando.

El negro, vacilante ya por el aguardiente, sonrió con sonrisa triste y estúpida.

En un inglés torpe, me confesó que la única mujer que había amado era una mujer de su raza, en Kingston, en Jamaica, su isla natal. Se llamaba Jen. Jen lo había escuchado, al principio, pero luego se fué a vivir con un blanco que tenía una plantación de azúcar en el interior de la isla. Esa era la novela de amor de mi víctima...

Me dije que sabía mentir, borracho como estaba... Mentía... Los hombres, por más ebrios que estén, nunca se olvidan de que han dado muerte a un semejante... Mentía, sí... Yo lo hubiera jurado por la salvación de mi alma...

Un sordo gemido se escapó del pecho del cocinero. Pero no tardó en reaccionar, y el relato del drama siguió desarrollándose.

—A la tercera tarde, el día que yo había resuelto asesinarlo, me presenté con Angela en el Bar do Cruceiro. El negro estaba instalado en el mismo sitio de los días anteriores, con un vaso y una botella de aguardiente de La Habana delante. Durante el camino de la posada donde vivíamos, al bar, Angela había callado. Yo sentía temblar su brazo bajo el mío...

Un acceso de tos interrumpió a Iglesias.

—Creo que son los pulmones — dijo, al pasar la convulsión, — pero no importa. Oiga usted lo que sucedió esa tarde en el bar de la rua das Carretas... Es una de las

Angela pareció no oirle, ni verlo.

Se desprendió de mi brazo y se acercó a la mesa del negro. Lo miró fijamente un instante. Temí que ella fuera a apuñalarlo, en medio del bar. Pero al cabo de unos segundos volvió a mi lado. El resplandor febril de sus miradas se había apagado. Me tomó otra vez del brazo y me arrastró fuera, bajo la dura mirada del portugués y el vago asombro del negro. Quise hablar, pero el silencio de Angela me desconcertaba. Caminábamos rápidamente por la rua das Carretas, tropezando con los marineros y los peones que invadían, sedientos, los pequeños bars.



—¿Qué me dices del solitario que te regalé?
—Que está muy triste, de estar tan solo...

partes más extrañas de esta historia, señor...

—Ahí está — dije al entrar, señalando la mesa donde estaba el negro, que recién comenzaba sus libaciones.

Sin soltarme el brazo, Angela Morgan atravesó lentamente el salón, en cuyas mesillas, a esa hora, bebían unos ocho o diez marineros. El dueño, que nos había visto entrar, se acercó rápidamente. Era un portugués viejo y gordo, de nariz ganchuda. Se nos puso adelante, agitado y colérico.

—¡No quiero meninas aquí! — gritó, moviendo los brazos.

—¿No querías conocerlo? — pregunté al fin.

Soltó ella mi brazo y, volviéndose a medias, exclamó:

—¡Imbécil!

Se alejó, sola, entre los grupos de la pequeña calle, airada y trágica, con el sordo furor de la mujer que ve frustrarse su venganza o su amor.

—¡Imbécil! — repetí, aturdido, parado en medio de la calle.

Volví a la posada, después de beber varias copas de aguardiente por el camino.

Pero Angela Morgan no estaba allí. La vi entrar después del ama-

La rana y el buey

Miraba una rana a un buey que pacía en el verde prado, y acometióle la insensata soberbia de ser tan grande como él.

—Inflándome — decía, — llegaré a su tamaño o acaso más. ¿Qué privilegio tiene ese animaluco de que carezca yo?

Inflóse, en efecto, y llamando a sus hijos, les preguntó si les parecía mayor que el buey. Los hijos con humildad contestaron negativamente. Por segunda vez, y empleando más fuerza, estiró su piel la rana cuanto pudo, y volviendo a preguntar a los ranillos, obtuvo la misma respuesta. El buey era más grande todavía.

Furiosa la rana, hizo un supremo esfuerzo y con tal ímpetu de vanidad, que reventó en mil pedazos.

Ni aún así fué nunca tan grande como el buey.

necer, fatigada, sudorosa. Dejó un puñado de libras esterlinas sobre la mesa.

—Angela—balbucí.

Me envolvió ella en una mirada cansada y despreciativa y empezó a desnudarse. Se caía de extenuación, después de una noche de amor pagado...

—Angela... — repetí.

Tendióse ella en la angosta cama, y sus ojos cansados miraron el techo de la miserable habitación. Al cabo de unos minutos se incorporó.

—¿Por qué has querido engañarme?

Su voz, que siempre vibraba de pasión, era apagada y triste.

—¿Engañarte? ¿Quién?... — dije, sintiendo que un sudor frío humedecía mis sienes.

—Tú — dijo la multa, en el mismo melancólico acento.

—¿Yo?

El sudor de la angustia corría por mi rostro.

¡Engañarla! ¡Yo que estaba dispuesto a asesinar a un hombre por tenerla siempre en mis brazos!

Angela pareció leer en mi semblante descompuesto.

—El negro que estaba en el Bar do Cruceiro no es el que mató a tu hermano Pedro.

Entonces comprendí.

—Pero... la cicatriz sobre el ojo...

—No es él — repitió Angela, cerrando los ojos. Parecía dormir. Volvió a abrirlos pasados unos minutos, y sus labios se movieron.

—Veo que no me querías engañar... Lo creí... Seguiremos buscando, buscando... ¡Lo encontraremos! — exclamó de pronto, con voz ronca.

Se quedó dormida. Yo permanecí inmóvil junto a la cama, mirándola dormir.

El sol del trópico entraba por la ventana. Sí, me dije. Seguiríamos buscándolo. Yo no volvería a equivocarme...

Un nuevo acceso de tos, una tos seca, convulsiva, horrible, sacudió el cuerpo enflaquecido del cocinero.

—Los pulmones... los pulmones — logró decir.

Pero no eran los pulmones, no. Era el corazón del miserable el que estallaba, roto y ensangrentado, en aquel rincón del Paseo de Julio donde iban a buscarlo los fantasmas del pasado...

—¿Está cansado de esta historia, señor?

Le aseguré que no. Bebió un poco y pareció reponerse algo. Sus manos ya no temblaban violentamente. Volvió a hablar, como si cada palabra de sus siniestras confesiones aliviaran su horror y su remordimiento.

A veces, incorporándose en los lechos de los hotelillos y de las posadas internacionales, Angela Morgan se desprendía de mis brazos y me interrogaba:

—¿Seguirás buscándolo? ¿Me juras que lo matarás?...

—Lo juro — contestábale yo, y los labios calientes de la mulata me hundían en el vértigo.

Hasta que llegamos a Buenos Aires.

Vinimos aquí, señor, al Paseo de Julio.

Y fué aquí, bajo estas mismas arcadas que de día se pueblan de hombres miserables y de noche se llenan de murciélagos, donde Angela Morgan casi murió.

Llegamos en invierno.

Los dos, ella y yo, habíamos vi-

vido siempre en los trópicos. Y aquel agosto de Buenos Aires era para nosotros un tormento sin nombre. El viento silbaba con furia, un viento frío y mortal que nos hacía pensar en las islas lejas del Caribe, donde nunca hace frío, donde el sol nunca está ausente.

Angela Morgan se enfermó, como le decía.

Se enfermó aquí, en este mismo hotel Montecristo.

Nunca me olvidaré de esos días, señor.

Vino un médico griego, un médico andrajoso, muy viejo, envuelto siempre en un sobretodo que le llegaba hasta las rodillas.

Dijo que Angela tenía pulmonía.

Y yo la cuidé. La cuidé de día y de noche. Como ella me cuidó cuando yo tuve la fiebre amarilla en Guayaquil.

Y en sus delirios, en el dormitorio del hotel Montecristo, después que las cantantes y las bailarinas del bar se habían ido, llamaba siempre a mi hermano Pedro.

Parecía pensar a veces que yo era Pedro, y sus manos ardientes acariciaban mi rostro, me estrechaba contra su pecho moreno y desnudo, ese pecho magnífico que había salpicado la sangre de mi hermano Pedro, allá en el cabaret de New Orleans, y que había palpitado de amor, como las palmeras de Jamaica al viento del Caribe.

No, señor. Angela no murió.

El médico griego logró salvarla de la muerte.

A veces, cuando la morfina me abandona y las músicas suenan en el bar, y estoy lavando las cacerolas, pienso que hubiera sido mejor verla muerte en la pieza oscura y sucia del hotel Montecristo.

Fué cuando estuvo mejor de la pulmonía cuando me dijo que siguiera buscando. Me recordó mi juramento.

Ya no era la misma. La enfermedad y la fiebre habían enflaquecido sus carnes ardientes y gloriosas. Era ahora una mulata flaca y febril, con unos ojos inmensos y extraños.

Y yo seguía buscando.

Buenos Aires entonces me causaba miedo. Recorría las arcadas, los cafés resonantes y sucios, los antros, los muelles. A veces me internaba en las profundidades de la ciudad, pero encontraba pocos negros.

Me dirigí a algunas personas que encontré en los bars.

—Estoy buscando a un negro— les dije, — un negro que trabajaba como fogonero en los vapores del Caribe...

Algunos se reían de mí.

Otros me decían que en Buenos Aires hay muy pocos negros. Pero que en la Boca solían verse algunos que venían del mar, en los grandes buques.

Me fuí a la Boca. Es una ciudad pequeña. Usted la debe conocer mejor que yo, señor. Hay allí innumerables cafés, llenos de mujeres y de músicas y de hombres que buscan el olvido.

Quedábame horas enteras en esos cafés. Mientras sonaban las musiquillas interminables, mi pensamiento se iba al hotel Montecristo, donde una mujer febril, una mulata enflaquecida, esperaba, esperaba siempre...

La Boca, señor.

Usted debe de conocer esa parte de la Boca donde los depósitos se suceden unos a otros. Es un barrio trágico, ese de los depósitos. Un barrio que, fuera de las horas de la mañana, está siempre solitario y silencioso. Se ven jugar las ratas en las callejuelas cubiertas de césped, mientras el suspiro de los navíos todo lo invade con su misterio y con su dolor.

Allí lo encontré, señor.

En una de esas callejuelas silenciosas y desiertas, una tarde que estaba lloviendo.

Era el mismo negro de New Orleans. Era el asesino de mi hermano Pedro, el hombre a quien estábamos buscando con Angela Morgan desde hacía dos años por los puertos de la América del Sur.

Estaba un poco ebrio, y se tambaleaba, apoyándose en las paredes.

No me reconoció. ¿Cómo me iba a reconocer?

Nadie asistió a la escena que se desarrolló allí, bajo la lluvia, en la callejuela del barrio de los depósitos, excepto las ratas que se ocultaban temerosas debajo de los portales carcomidos.

Quedó allí tendido en la callejuela, con un cuchillo clavado en el pecho. La lluvia se mezclaba con su sangre maldita, y los ojos del negro estaban fijos en el cielo gris de aquella tarde de agosto.

Lo dejé allí y me alejé por la ribera. La lluvia continuaba cayendo monótonamente, y un gran silencio pesaba sobre el puerto.

No sentía el menor remordimiento, señor.

Estaba seguro de que el alma de aquel maldito negro había ido derecho al infierno. ¿Acaso no era el asesino de mi hermano, a quien yo había de ver siempre, eternamente, como lo vi muerto aquella noche lejana en el cabaret de Jan el lituano?

La misión trágica estaba cumplida.

Angela y yo continuaríamos nuestra vida errante y miserable, unidos en el amor, en el hambre y en el crimen, hasta que la muerte pusiera fin a nuestra existencia.

Así pensaba yo, señor, mientras caminaba lentamente por la ribera de Buenos Aires, contemplando los navíos solitarios y tristes bajo la lluvia.

Pasé junto a dos o tres agentes de policía, que me miraron con indiferencia.

Sentí el deseo extraño y terrible de acercarme a ellos y decirles fríamente:

—Yo maté a un negro... Está allí, en el barrio de los depósitos, entre las ratas, bajo la lluvia...

Pero no les dije nada. Me hubieran arrestado, y nunca hubiera vuelto a ver a Angela Morgan, temblando de fiebre, en una piezucha del hotel Montecristo.

Iba bebiendo en los bars de la orilla. Los músicos tocaban en la penumbra de los figones internacionales, y yo me repetía, al beber copa tras copa:

—Yo maté al negro... Yo maté al negro...

Una alegría extraña me invadía poco a poco. La idea del alma de aquel maldito negro retorciéndose en las hogueras del infierno me producía un júbilo profundo, un regocijo diabólico.

El pacto de sangre estaba cumplido.

Angela Morgan sería mía para siempre. Nos volveríamos al trópico, y allí ella recuperaría su belleza salvaje de mulata; sus ojos ardientes volverían a ver los paisajes del Caribe, las palmeras meciéndose bajo el viento de las Bahamas...

Soñaba y bebía, señor.

Hasta que, ya entrada la noche, muy ebrio, me encontré bajo las arcadas del Paseo de Julio.

Las luces giraban a mi alrededor, y tuve que apoyarme en los pilares. Las musiquillas de los cafés-conciertos resonaban como un coro infernal en mis oídos.

Penetré en el bar, en este mismo bar donde estamos ahora, llevándome las mesas y los clientes por delante, hasta que me encontré en nuestra habitación.

Angela Morgan estaba sentada en la cama, abrazándose las rodillas. Sus ojos de fuego ardían en la penumbra que venía de las arcadas.

Me senté en el lecho, y mis manos se posaron en los hombros desnudos de la mulata.

—Angela — balbucé.

Angela me miró profundamente.

—Ya sé — murmuró — lo encontraste, por fin...

—Sí, lo encontré bajo la lluvia, en...

—Y lo mataste...

—Lo maté...

Siguió un silencio de muerte, que sólo turbaban las voces del Paseo de Julio, el murmullo interminable de los bars.

En medio de mi borrachera se me antojó que el espectro del negro ensangrentado surgía entre los dos. Y a su lado, la sombra pálida de mi hermano Pedro.

Esa pesadilla me atormentó durante toda la noche. A ratos, en medio de mi delirio, oí las voces y las músicas estridentes del bar. Llegaba hasta mis oídos el sordo rumor de cosas lejanas. Parecíame estar de nuevo en los muelles asoleados de La Habana, pidiendo monedas de plata a los viajeros de los Estados Unidos; veíame otra vez en las riberas del Misisipí. Hallábame en el cabaret de Jan el lituano, surgían ante mis ojos las casas blancas, los árboles verdes, las claras madrugadas de New Orleans.

Y en medio de todas esas visiones borrosas, el espectro del negro que se paseaba ante mí, riendo con su boca horrible, mientras un chorro de sangre, un torrente interminable de sangre manaba de su pecho...

El frío del amanecer, que entraba por la ventana abierta, me despertó, señor.

De las arcadas subía un murmullo sofocado, y el olor de los navíos lo envolvía todo.

Estaba amaneciendo. Una luz lívida entraba por la ventana.

—Angela...

Mis labios resecos murmuraron su nombre. Pero Angela no estaba a mi lado, en el lecho del hotel Montecristo.

Se había ido, señor.

Me había dejado para siempre. Un papel escrito en inglés me lo decía. Se había ido llevándose sus pobres ropas. Hasta me dejaba dos monedas de oro, de la última vez que vendió su cuerpo para poder

realizar su venganza. Estaba vengada.

El negro estaba muerto, bien muerto, tendido cuan largo era, en una callejuela del barrio de los depósitos.

Pregunté en el hotel.

Nadie sabía nada. Un camarero creyó haberla visto salir, en la hora más oscura de la noche, poco antes del alba, con un atado de ropa, y perderse bajo las arcadas, cuando todo dormía en el Paseo de Julio.

Supe que la había perdido para siempre. Comprendí que se había ido a New Orleans, donde estaban las cenizas ensangrentadas de mi hermano Pedro, donde las casas siempre deben de ser blancas, y los árboles siempre están verdes, y el cielo es siempre azul...

Yo me quedé aquí, señor.

Durante algunos días esperaba que sería descubierto, que me arrestarían y me condenarían. Pero la policía nunca supo quién asesinó al negro en las callejas de la Boca, bajo la lluvia.

Cuando se me terminó el dinero, anduve vagando por el Paseo de Julio, bebiendo, bebiendo siempre. Hasta que un día el dueño del hotel me preguntó si sabía cocinar, y me empleó como cocinero.

Y aquí estoy, señor...

* *

Aquí termina también la historia de Iglesias, el cocinero del hotel Montecristo.

Dejé de verle durante varios meses. Supe más tarde, por Kuelhman el austriaco, que estaba en un hospital, delirante y moribundo de morfina.

Pero ignoro si ha muerto, o si se curó y se fué a New Orleans.

EL FORAGIDO

Miro desde el lecho,
tras de la ventana,
las nieblas arriba
y abajo la escarcha.

Nuncio del invierno,
los fríos ya andaban,
al mediar otoño,
vagando en las almas,
en las almas tristes
y en las frondas ralas
bajo cuyo alegre
palio matizaban
otrora mi vida
los ecos del Plata.

Ahora el invierno
destruye esperanzas,
se lleva ilusiones
y árboles descuaja;
sacude, furioso,
las puertas del alma,
por donde trasmina
la dulce fragancia
de la primavera,
y huye donde el hampa,
como un foragido,
volviendo la cara.

Al ver desde el lecho
la niebla y la escarcha,
¡qué grávida angustia
me penetra el alma!
Pienso en mis macetas
donde ya no estallan
sangrientos claveles,
rosas que eran llamas,
nardos ni miosotas,
ni gardenias cándidas;
pero donde alientan,
temblando en las ramas,
suaves heliotropos
(los de mi alborada
pasional) que evocan
escenas románticas.

Lobo del invierno,
¿por qué hundes tus garras
en las dolorosas
carnes de este paria?
¡Lobo, foragido
del invierno, habla!

Compañera mía,
¿por qué la ventana
no dejaste apenas
viste cómo estaban
los fértiles campos
cubiertos de escarcha,
de nieblas el cielo,
de sombras el alma?

Manuel Pérez y Curis.

Los muertos

Por L. Doello Jurado

No sé a qué comparar esto. Quizás a una noche absolutamente límpida y sin una sola estrella, o mejor a esa singular sensación de oscuridad auditiva que produce el tubo de un teléfono sin corriente.

Tengo ante mi vista una gran oscuridad transparente. — ¿Por qué transparente, entonces? — un infinito negro y cristalino, tinta, tinieblas de vidrio, no sé.

En eso muy negro veo una pequeña cosa que se parece a mí.

¿Qué hay delante de mis ojos?

¡Veo ideas!! ¡Sorprendente cosa! Las veo. "El amor y el caos enjendraron la vida". Veo imágenes que se aclaran, se definen, se establecen en un cuadro, se borran, se van. Oscuridad. ¿Qué es esto?

En rincones umbrosos de curvas avenidas, veo parejas que cruzan; una sola pareja; manos unidas en un puro misticismo de caricias, roce de labios y cabellos, miradas tan hondas como las pudieran cambiar dos firmamentos enamorados. Pasan. Tinieblas. Otra vez la oscuridad límpida, el negro cristal infinito. ¿Qué hay delante de mis ojos?

Un interior de acariciado a intimidad; una pequeña sala con muebles enfundados, en la penumbra de los ángulos. Sobre un sofá escucha atenta una silueta oscura; otra blanca fosforescente sobre el taburete, ante el gran piano con líneas relucientes en sus reflejos. El gato persigue con saltos silenciosos a gana mariposa nocturna; por ahí dentro un reloj desmenuza el tiempo en partículas, como enano picapedrero picando una lápida. Como un espasmo se inicia un poema erótico de Grieg, palpita, desfallece; un "Viajero solitario" pasa luego, infinitamente triste, entre el manso y fresco viento, de una a otra puerta. Paz. Brumas, oscuridad de nuevo. ¿Qué tinieblas son estas? ¿Qué hay ante mí?

Cunas, niños. Varios niños de crespas cabezas; colgantes rizos perfumados de besos y alguna vez bruscamente estirados en ruidosas y no muy pacíficas algazaras. El pequeñín, trepado como en excelsa picota en su silla de ruedas, chilla concienzudamente; juega a manotazos suaves, indolente, el viejo gato que cazaba mariposas...

Y ya se borra todo. Ya está aquí de nuevo el abismo negro y límpido. Hay un pavoroso silencio; se fueron las cabecitas crespas y la mano que las acariciaba; y se extinguió la voz que las amenazaba con espantables insolaciones, y se apagaron los ojos que, al besarla su dueña, se dirigían a mí amorosos; y los otros ojos redondos que me miraban rencorosamente de soslayo sin que sus propietarios dejaran de mamar, aplastando sus sibilantes narices y blandiendo sus puños rosados con la muñeca como ceñida por un hilo.

Todo ha caído en este abismo negro. Toda una vida, sin que un resto de ella flote...

¡Oh! ¡Son tus ojos! ¡Tus ojos ante los míos, tus manos en las mías, tu aliento quemándome los labios!

¡Cuánta ilusión hay en tus ojos, amada mía! ¡Cómo embriaga tu aliento! Mi vida entera, todo el futuro he visto en tus pupilas...

Una bola de billar ha saltado de la vecina mesa, y a su estrépito ha acudido la realidad. Estoy ante mi taza de café. Mucho cognac tiene esta taza: y no es la primera. ¿No habían de parecerme negros tus ojos, ardientes tus labios y embriagador tu aliento?

Y ahora de buena gana cantaría el vacío e inefable mentir de tus ojos, pero tú has sido para mí más de una vez esta misma taza de café y me has hecho, engañándome, el mismo servicio. Pero tú solo ponías de tu parte el color — la achicoria — mientras que yo ponía el café y el licor y la imaginación y el cariño y la pasión y el azúcar y el alma.

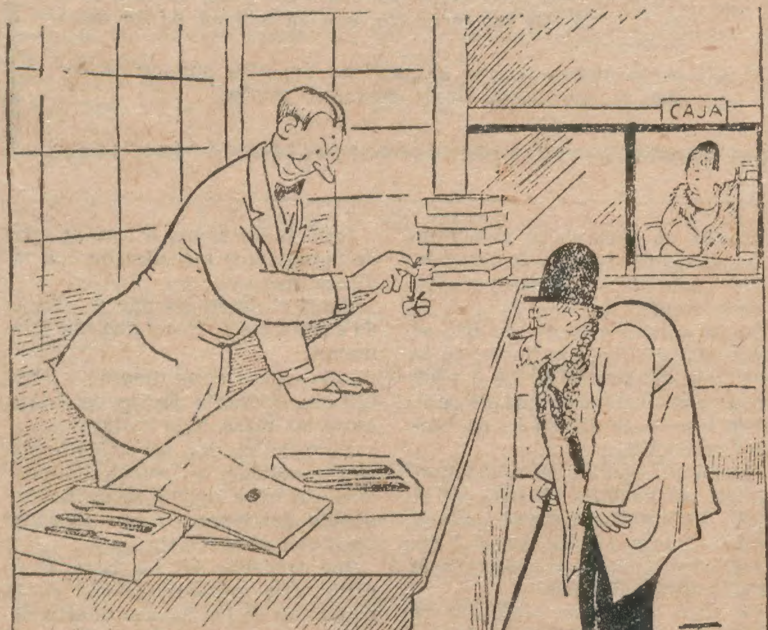
Como Valentín, ya muy borracho, monologaba en voz alta, hubo que intervenir en son de amistosa broma.

—¿Ché, Valentín, y si tu dama no hubiera tenido negros los ojos?

—¿Hú? Pues bueno, verdes. Le hubiera dicho al ajenjo o a la menta lo que ahora al café. Y si los tuviera azules, peor para mí, no habría caso. Porque han de saber ustedes que no hay ninguna bebida alcohólica azul... sino la locura... y el cielo... y el sueño... "¿Tranca filosófica?"... ¿qué?...

—Ché, muchachos, así no lo podemos llevar a su casa. Y ahora llora.

—"¡Vas a reventar! ¡Pobre bicho!"



—¡Aquí tiene el señor!
—¿No podrían llevarlo a casa? ¡Me molesta tanto llevar bultos!

EL CONVITE

Por Curro Vargas

Se titulaba el restaurante La Perla Negra, restaurante económico de abonos a cuarenta pesos al mes las dos comidas... Hallábase instalado el comedor, de muchos balcones, en un segundo piso de una calle céntrica, y tenía exteriormente, por las luces y por el decorado, una cierta prestancia de lujo y de confort... Lo frecuentaban los estudiantes, los solterones de sueldo escaso, los dandys de pega, que ayunan en secreto para que los sastres nos los estrangulen; algún escritor y bohemio y tal cual ciudad de clases pasivas, sola, independiente y sin familia.

Los abonados, a pesar de comer en mesitas separadas, concluían por hacerse amigos, charlando de todo en unas alegrese intreminables sobremesas... En las discusiones y vivos comentarios acerca de la actualidad política, guerrera, o teatral se distinguían siempre llevando la voz cantante, dos viejos dos solterones, hermanados por sus ideas avanzadas y antípodas por las figuras y por la traza. El uno, don Felipe, era alto, flaco, narigón, huesudo y embutía su esqueleto en un traje incoloro de puro usado y ya sin forma. El sombreró de don Felipe, un hongo color de ala de mosca, con la cinta llena de arrugas y el ala casi plana, era digno de aquel lazo mustio y torcido en el cuello de la camisa abierto y sudadísimo. ¡Qué contraste con su compadre y amigote don Pío, aquel don Pío chiquitín, piernilargo, con un cuerpecejo corto y redondo como una langosta y una cabezota calva empotrada entre los hombros, estrechos y caídos! Don Pío, tan maduro como don Felipe, y con...tan poco dinero como aquél, era un esclavo de las apariencias. A fuerza de plancha, de cepilo y de bencina los pantalones y los gabanes de don Pío resultaban casi principescos. En barato, el vejete se adobaba y se acicalaba como un pollo, permitiéndose detalles en la toilette que dejaban boquiabiertos a los camareros de La Perla Negra y conmovían a la viuda de clases pasivas...

Mondando don Felipe una naranja y mientras don Pío se aseguraba los dientes postizos para el comienzo de una desesperada ofensiva "contra" un bife berroqueño e inatacable, los sorprendió el recado del dueño del restaurante, recado terrible, pese a las disculpas y perdones. Helo aquí en boca de uno de los camareros:

—¡El dueño lo siente de veras, pero todo ha subido, y le es imposible seguir sirviendo comidas al precio que hasta ahora. Desde el día primero de mes los abonos más económicos costarán cincuenta pesos.

...¡El amo a dado orden de que así se lo comuniquemos a los señores clientes, rogando que le disculpen, ya que el deplora como nadie verse obligado a tomar esta determinación!

El estallido de protestas no se hizo esperar. Se convino en que de este modo no iba a ser literalmente posible vivir...., y los suspiros de la viuda se confundieron con algunas interjecciones masculinas, un poco incorrectas y que sólo disculpaban la nerviosidad de los comensales.

Don Pío, *creciéndose* todo lo posible ante su mesita, cuyo borde casi le llegaba al cuello, exclamó:

—¡Creo, señores, que nos estamos acalorando inútilmente! ¿A qué discutir un hecho irremediable? ¡La carestía es general, y a ese fenómeno, consecuencia de la guerra, ha respondido lo que en este momento lamentamos aquí en La Perla Negra, y angustia y sobresalta no solo a nosotros, comensales de este simpático *bouffet*, sino a todo el mundo. ¡Aceptemos como "caso" de fuerza mayor el desembolso de esos diez pesos más y ... defendámonos cada uno como pueda! ¿Digo bien?....

—¡Muy bien, don Pío! — dijo don Felipe hurgándose con un alfiler negro una de las dos únicas muelas que le quedaban y que todabía no habían emigrado de su boca, como boca de lobo...

Limpióse los labios con la servilleta, encendió un cigarro y dando una primera y formidable chupada, añadió:

—¡Por cierto, don Pío, que la última parte del discurso requiere una aclaración!... ¿A qué aludía usted diciendo "que nos defendamos cada uno como pueda"?...

—¡Pues, sencillamente, a ingeniarse de modo que se pueda comer barato, cuando el comer cuesta un sentido!.

Y yo pregunto:

¿Se puede comer barato, muy barato y hasta ganar dinero encima?... ¡Sí, señor!.... ¡Con ingenio, con un poco de ingenio y .... cierta elasticidad de ideas!...

¡Dénos usted esa fómula maravillosa! — interrumpió, impaciente, don Felipe.

Don Pío sonrió.

—¡Le daré a usted esa fórmula, sí, señor!... ¡Mañana cobro mi jubilación! Le invito a usted a comer en el restaurante más caro y más lujoso de Buenos Aires y le prometo que comeremos a lo principe y que no me costará un cuarto, ni a usted tampoco, naturalmente!...

—¡Acepto! — replicó don Felipe.

Y la sobremesa terminó comentando todos la misteriosa *fórmula* de don Pío, el hombre inteligente y chiquitín...

* * *

A las nueve de la noche ambos compadres llegaron a la puerta del aristocrático restaurante.

Don Pío sacó de su cartera un billete de cincuenta pesos y se lo dió a su amigo.

—¡Tome usted este billete, que, no es falso! Pida lo que quiera y coma cuanto le plazca. ¡Al acabar de comer pague y váyase, sin ocuparse de mí ni mirar a donde yo esté!...

—¿No es falso el billete? —dijo don Felipe, desconfiado.

—¡Mi palabra de honor que no!

—¡Entre usted antes!...

Don Pío, unos minutos después, empujó la acristalada mampara y penetró en el fastuoso comedor a toda luz, florido, vagamente, perfumado y con una concurrencia selectísima...

Se instaló como un duque; miró, donjuanesco, a las descotadísimas damitas; se colocó en posse de personaje, y pidió una comida de *gourmet*, con acertada seleción de vinos.

Don Felipe, en el otro extremo de la sala también comía a dos carrillos un poco deslumbrador por los arcos voltaicos y por el entonamiento de aquellos señores...

Don Felipe que había pagado su cuenta, hizo mutis hacia la calle, previo unos cuantos tropezones con las sillas, y transcurridos unos minutos don Pío llamó para pedir la nota: "Ocho pesos con cincuenta centavos". Entregó al criado un billete de diez pesos y aguardó...

A los pocos momentos el criado surgía con una bandejita, en cuyo fondo, y medio oculto por la nota, se hallaba el sobrante del billete. Don Pío, con un gesto de displicencia se puso de pie y mirando el vuelto que le traía el mozo.

—¿Qué es esto? — exclamó —. ¡Usted se ha equivocado, indudablemente !... ¡La nota es de ocho pesos con cincuenta centavos!

—¡Sí, señor! — replicó, inclinándose el fámulo.

—¡Bien; pero el billete que yo le he entregado a usted era de cincuenta pesos!...

—¡Perdone el señor!... ¡Sin duda el señor está confundido!... ¡Era de diez pesos!...

¡El que está confundido es usted, o donde se han confundido es en el *comptoir!* ¡Yo he entregado un billete de cincuenta pesos estoy plena y absolutamente seguro de ello!... ¡A ver, pregunte en la caja!

Don Pío sostuvo con cierto aire de indiferencia que había entre-

Motivos marplatenses

UNA HUMORADA

Las otras mañanas ocurrió algo inesperado en la Rambla. Cuando la aglomeración de la gente iba siendo mayor, las miradas de todos convergieron en un anciano mendigo, de larguísimos cabellos blancos, que agobiado, con ademán vacilante, imploraba la caridad pública. Pronto el paseo hízose dificultoso, y había quien se subía a los bancos para ver al curioso viejo. En esa forma dió varias vueltas y luego, ante la extrañeza de todos, entró en la redacción de un diario metropolitano, ubicada en la Rambla. Había sido una ocurrencia del actor César Ratti, quien donó el producto de las limosnas, unos ciento sesenta pesos, a una institución de caridad.

LA NUBE

Otro espectáculo que detuvo, no hace mucho, a los veraneantes que paseaban, fué una nube. Imagínese, sobre un cielo acerado, una nube grande y festoneada, formada por tres nubarrones superpuestos y cada uno de un color distinto, bien perfilado. Era una nube rojiza, sobre una crema y teniendo ambas por fondo una blanca, algodonosa, purísima en el cielo oscuro. Fué un momento de muda contemplación. Los ojos de todos miraban hacia lo alto libres, siquiera por unos segundos, de toda preocupación terrena.

INMOVILIDAD

En el hotel de Cabo Corrientes hay una chica paralítica. Las otras tardes, mientras tomábamos el te en la terraza, la vimos sentada en su sillón de ruedas, al lado de la madre, que la cariciaba en una mirada larga y conmovedora. Hacía viento y su melena castaña despeinábase graciosamente, cubriéndole a ratos la frente pensativa. Y pensamos en la tragedia de su inmovilidad, sintiendo cerca la música del tango y las risas de las otras muchachas, jóvenes como ella, que corretean por las rocas jugando al amor. Ella no puede moverse. Sus piernas le han de pesar como plomo y como plomo también debe pesarle el corazón, torturado por la soledad.

Su madre le ha tomado una mano, y ella echa para atrás la cabeza. Luego se queda escuchando el mar, un poco pálida y con los hermosos ojos cerrados.

GLAUCUS.

gado al camarero cincuenta pesos.

—¡Pase aquí, señor, pase!... ¡Nada de escándalos que nadie se entere!... ¡Oh, señor, en esta casa un escándalo es el desprestigio, la ruina del negocio!... ¡Este es es un restorán chic!... ¡Mire, la señorita del *comptoir* asegura que el número siete, que es el que ha servido al señor, ha liquidado su nota con un billete de diez pesos.

—¡No, señor; de cincuenta pesos!... — interrumpió don Pío.

¿Y cómo saberlo nosotros, señor?

Don Pío se irguió sobre la punta de los pies.

—¡Ustedes lo saben; deben saberlo, por que yo lo aseguro, y basta! ¡Pero, además, puedo probarlo!... ¡Tengo la costumbre de marcar todos mis billetes de Banco con una crucecita en el ángulo derecho de cada billete! ¡Vea cómo estan marcados los que llevo en mi cartera!...

Y don Pío mostró algunos billetes de cinco y diez pesos con la señal dicha.

El maistre, consternado, dió una orden. La señorita cajera, en presencia de don Pío, Extendió todos los billetes ingresados en la caja.

—¡Ese es! — exclamó don Pío señalando uno de cincuenta pesos con la crucecita famosa...

—¡Es verdad, caballero!... ¡Perdone, señor!.. ¡Oh, perdón!.. ¡Lamentable ha sido esto, señor; pero el señor perdonará!... ¡Tome su billete!...

Don Pío, majestuoso, grande en su pequeñez, miró de arriba abajo a todos e hizo un mutis de príncipe ofendido...

Y en un palco del teatro en boga, (que dinero les quedó para adquirirlo, después de haber cenado gratis) decíale don Pío a don Felipe, que flirteaba como un Don Juan de tercer año de Derecho con una maquillada papillon:

—¿Se ha convencido usted de que eso del problema de las subsistencias es una tontería?... ¿Lo ha visto usted?...

MÁXIMAS

Verdaderamente es dueño de todas las cosas el que tiene poder de retener las que quiere y desechar las que le disgustan. Cualquiera, pues, que tenga deseo de ser libre de esta suerte, conviene que se acostumbre a no tener deseo ni aversión alguna de todo lo que depende del poder ajeno. Porque, si obra de otra manera, caerá infaliblemente en la servidumbre.

Acuérdate que debes comportarte en la vida como en un banquete. Si se pone algún plato delante de tí, puedes meter la mano y tomar honestamente tu parte; si sólo pasa por delante de tí, guárdate bien de detenerle o de meter la mano en él temerariamente; antes, espera apacible a que vuelva a tí. Lo mismo debes hacer con tu mujer, tus hijos, las dignidades, las riquezas y todas las otras cosas de este género. Porque por este medio te harás merecedor de comer a la mesa de los dioses. Empero, si eres tan generoso que rehuses también lo que te presentan, no solamente serás digno de comer a la mesa de los dioses, sino que merecerás tomar parte en su poder. Diógenes y HerácLito fueron reputados por hombres divinos (como lo eran en efecto), por haber obrado de esta manera.

Cuando veas suspirar a alguno porque su hijo partió de su casa, o por haber perdido lo que poseía, no te dejes vencer de este objeto, ni te imagines que aquél sea efectivamente desdichado por la pérdida de estas cosas extrañas; pero haz en tí mismo esta distinción y dí luego: No es este accidente el que aflige a este hombre, pues que no toca a otros muchos; lo que le atormenta es la opinión que ha concebido. Consecutivamente haz todo lo posible para desengañarle y sanarle de esta mala opinión. Y asimismo, fingirás estar triste y compadecerte de su aflicción si lo juzgas a propósito. Mas guárdate sobre todo que, fingiéndolo, no te entristezcas efectivamente en tu corazón.

Ten cada día delante de los ojos de la muerte, el destierro y las otras demás cosas que la mayor parte de los hombres ponen en el número de males. Pero cuida particularmente de la muerte, porque por este medio no tendrás ningún pensamiento bajo ni servil, ni desearás nunca nada con pasión.

EPICTETO.

TESEO

La legendaria historia de Teseo se aproxima a la de Hércules, con la sola diferencia de que Hércules fué el héroe nacional de toda la Grecia y Teseo, el héroe particular del Atica. Se dice que era hijo de Egeo, rey de Atenas, y de Etna, hija del rey de Trerene. Teseo se distinguió sobre todo por su fuerza y su bravura. Era muy niño cuando, volviendo un día a su casa, divisó una piel de león que Hércules había dejado, y creyendo que se trataba de una bestia feroz, se lanzó, hacha en mano, sobre ella.

Cuando Teseo llegó a la edad viril, corrió en busca de los peligros. Entre los hechos más legendarios que Teseo llevó a cabo, se cuenta el combate con Minotauro. En aquella época, Minos, rey de Creta, para vengar la muerte de su hijo, había exigido a los atenienses que le entregasen, cada año, siete jóvenes. Estas víctimas habían de entregarse al Minotauro, monstruo que habitaba en un inextrincable edificio construído por Dédalo, y que se llamaba el laberinto. Decidido a l.b ar a su patria de un tributo ve.gonzoso, Teseo se hizo enviar por Atenas como una de las víctimas.

Llegado a Creta, tuvo la dicha de ser amado por Ariadna, hija de Minos, la cual le enseñó la forma de deshacerse del monstruo, y al mismo tiempo le hizo donación de un hilo conductor que había de guiarlo a través del laberinto. Conforme al plan de Ariadna, se deshizo del Minotauro a golpes de maza, hecho lo cual se unió con su lbertadora y volvió triunfante a Atenas.

El negocio de Jhon Sullivan

Por Louis Thiery

Al salir del bosque de Senart, John Sullivan detuvo sus *seis cilindros* para poder contemplar el maravilloso paisaje que se ofrecía a su vista. Desde la carretera, campos y jardines descendían en suave pendiente hasta la cinta plateada del Sena.

—¡Espléndido! — exclamó John Sullivan, que distinguió entonces, en medio de un hermoso jardín, un hotel coquetón, desde el cual se debía ver un panorama sorprendente. Puso el coche en marcha, y un minuto después llamaba a la puerta del hotel.

Salió a abrir un joven elegante.

—Perdón — dijo Sullivan. — ¿Está en venta esta finca?

—No... Aunque la oferta pudiera ser tan tentadora...

—"All right! Yo soy John Sullivan, de Liverpool. Soy dueño de cinco fábricas, y viajo por Francia por distracción y para negocios. Me gustaría ver la casa.

El joven se inclinó.

—Tenga la bondad de pasar. Estoy solo, pues he dado permiso a mi servidumbre hasta el lunes. Esta tarde marcho a París.

El joven enseñó al inglés desde la cueva hasta el granero.

El inglés estaba muy satisfecho.

—¿Cuánto quiere por la casa?

—Ochenta mil francos; sin los muebles, naturalmente.

—No. Me gusta con todo; con muebles, tapices, cuadros, ropa. Compro todo.

—¿Todo? Me pone usted en un compromiso. Para desprenderme de todo ello tendría usted que abonarme ciento veinte mil francos.

—¿Es ésta su última palabra?

—Piense usted que...

—Estoy de acuerdo con usted. Son las tres y diez. A las cuatro estoy de vuelta con el dinero.

—Pero... — exclamó el joven sorprendido. — La cosa no urge tanto. Hace falta redactar una escritura ante el notario...

—Sí; lo sé...; pero eso más tarde. Podía usted arrepentirse. Los negocios hay que tratarlos sin demora.

Y John Sullivan partió a toda velocidad. A las cuatro regresaba con un fajo de ciento veinte billetes de mil francos.

El joven, aturdido por aquella venta extrarápida, se guardó el dinero y extendió un recibo. Y como no tenía sello para legalizar el documento se ausentó para pedírselo a un vecino, amigo suyo.

Sentado en uno de los sillones del salón, John Sullivan aguardaba...

Y aún seguiría esperando si no hubiese sonado el timbre de la puerta del jardín. Era un muchacho portador de una carta.

—¿Es usted el señor Sullivan?

—Yes.

—Esta carta para usted me la ha entregado un señor que iba en automóvil. No tengo que aguardar respuesta. Adiós.

El inglés, intrigado, abrió la carta. A medida que avanzaba la lectura su rostro adquiría los tonos del rojo hasta convertirse en carmesí. De pronto subió a sus *seis cilindros*, cogió el volante y el auto desapareció en vuelto en una nube de polvo.

La carta, escrita en lápiz, decía:

"Querido señor: Es usted un tipo simpático y quiero evitarle una plancha. No es al dueño de la casa al que acaba usted de entregar los ciento veinte billetes, sino a mí, Agénor de Lupinsky, ladrón elegante que estaba operando en esa casa inhabitada cuando usted se presentó.

"Piense usted en la alta cotización de la libra, y esto podrá consolarle de muchas cosas. En cuanto a mí estoy ya muy lejos, y le ruego me considere como su más humilde servidor..."

John Sullivan, temeroso de que en su país supieran la burla de que había sido objeto, se guardó muy bien de dar parte a la policía de lo ocurrido, y abandonó inmediatamente la inhospitalaria tierra francesa.

¿QUÉ QUEREMOS?

Por Guillermo Ferrero

"¿Qué queremos?" "¿Qué deseamos?" Cada hombre, cada época, cada civilización, debiera hacerse de continuo esta pregunta, cual se mantiene día y noche la lámpara encendida de los lugares oscuros. La voluntad es la parte de sí mismo de que cada hombre cree estar más seguro; ella es, precisamente, la que lo engaña con mayor facilidad.

A cuántos errores no es inducida la voluntad por sus falsas apreciaciones; porque toma el mal por el bien y el bien por el mal! Pero en los errores de apreciación, la rectificación es todavía relativamente fácil. Mucho más difícil de corregir son los errores de la "doble voluntad" que tiende a la vez hacia dos bienes que se excluyen.

La vida es el diamante eterno que gira incesantemente sobre sí mismo, onniradiante en el seno del infinito. Los bienes de la vida son las facetas del diamante. Pero a cada faceta, oculta a nuestra mirada, en tanto que tengamos la otra ante los ojos.

El hombre no está llamado solamente a escoger entre el bien y el mal, sino también — y con frecuencia ésta es la elección más difícil, — entre los diferentes bienes, porque siendo como es una criatura limitada, no puede gozar de todos los bienes a la vez. Una renunciación es el precio con que nuestra voluntad ha de pagar toda alegría. Y cuantas veces se le ocurre al hombre regatear este precio, incurre en la "doble voluntad".

Y la "doble voluntad" es una de las más intensas torturas de nuestra época; porque en el torrente de pasiones y acontecimientos que nos arrollan, ya no tenemos en igual medida que las generaciones precedentes, ni la fuerza ni el tiempo de recogernos para luchar contra este desdoblamiento de nosotros mismos.

¿No habéis leído nunca, uno después de otro, una página de Cicerón y un capítulo de San Mateo, en el texto latino? Leed y comparad. Ahí tenéis dos de las faces opuestas del diamante que gira y radia en el infinito.

Qué ágil y castigado lenguaje en el uno; cuánta rudeza casi bárbara en el otro! Qué suntuosa armonía, qué sosegada amplitud, qué sabio encadenamiento de ideas y de períodos de un lado; y del otro, qué estilo cortado y sintético; qué borbotar de frases densas y breves, surgiendo inesperadas, como asaltos! Es, allá, una llanura vasta y cultivada, ondulada apenas, rebosante de aldeas, granjas y castillos: es, aquí, una montaña arisca, de flancos desnudos y abruptos, que amenazan el cielo.

Pero qué vigor y qué "pathos" en el Evangelista! Nunca poeta alguno acomodó en cuadro más estrecho un drama más basto, logrando engrandecerlo desmesuradamente por la estrechez misma del cuadro. El hermoso latín sabio de Cicerón se torna balbuceo de niño ante el prodigio de esta palabra desnuda, descuidada y llena de perspectivas infinitas.

He ahí las dos virtudes supremas del arte: la perfección y el vigor. La perfección, es decir, la belleza de la composición y de la forma; el vigor, es decir, el vuelo lírico y la fuerza dramática. Apolo, o la armonía, el matiz, lo acabado, la tradición, el culto de las reglas y de los modelos; Dionysios, o el movimiento, la embriaguez, el entusiasmo, la inspiración y la originalidad hersanales.

Pero estas virtudes supremas son también dos facetas opuestas del mismo diamante; porque si en el arte y en la literatura no existe perfección sin cierto vigor, ni vigor sin cierta perfección, llega un momento en que el escritor y el artista, como el público que admira sus obras, deben escoger, o el vigor que tiende por su naturaleza a turbar la armonía de la perfección, aunque animándola; o la perfección, que al propio tiempo que encauza el vigor, tiende a sofocarlo. Apolo y Dionysos son dos divinidades aliadas y rivales; porque el genio humano no puede aspirar a la perfección sin sacrificar en cierta medida el vigor, ni al vigor sin sacrificar hasta un cierto punto la perfección.

Y tan verdadero es esto, que los poetas, los músicos, los pintores, los escultores, han formado en todo tiempo dos grupos distintos que buscan, cada cual, su propio Dios sin confundir nunca sus voces: los perfectos y los potentes.

Las dos grandes literatura paganas aspiraron, exceptuando algunos casos, más a la perfección que al vigor; la literatura bíblica, la cristiana persiguen, por el contrario, más el vigor que la perfección. Fidias, Praxíteles, Leonardo, Rafael, son perfectos. Los maestros de la escuela de Rodas, Miguel Angel, Rubens y acaso también Rembrandt, son potentes. Petrarca y Racini brillan en el cielo de la perfección. Dante resplandece en la constelación del vigor.

Enfermo de "doble voluntad", los tiempos modernos quieren a la vez en el arte supremo vigor y la suprema perfección.

Ninguna época como la nuestra ha buscado tanto ni admirado el arte y la literatura, el lirismo, la fuerza dramática, el movimiento, el espíritu, la violencia tumultua-

ría. Queremos que el libro y la obra de arte nos sacudan hasta la médula del alma; y los admiramos en proporción a la violencia de la sacudida que nos comunican. Y para que no les faltase medio alguno de cuantos han menester en el ejercicio de su poder sobre nuestras almas y nuestros sentidos, hemos osado lo que ninguna otra época osó: les hemos concedido a la literatura y al arte la libertad total.

El escritor y el artista ya no están sometidos a nada ni a nadie; ni a la moral, ni a la ley, ni al Estado, ni al Rey, ni a Dios. Con tal que nos agraden, que nos conmuevan, que impriman fuertes sacudidas a nuestros espíritus, los dejamos en libertad de obrar o de blasfemar, de maldecir al diablo o de adorarlo, de imaginarlo todo y de describirlo todo, lo real y lo fantástico, el bien y el mal, las flores y las llagas, el presente y el pasado. El arte es el soberano absoluto de un imperio sin límites.

Nuestros abuelos, gentes discretas y modestas, se contentaban con pedirle al arte cosas bellas sin preocuparse demasiado de si eran o no nuevas. En el espacio de ocho siglos, los escultores griegos pintaron y crearon un centenar de estatuas, de las cuales multiplicaron las copias hasta el infinito con ligeras variaciones, sin fatigar nunca a su conforme público. Y qué de anunciaciones, crucifixiones, transfiguraciones y resurrecciones, hubo de repetir la pintura cristiana de los grandes siglos, durante generaciones enteras!

En aquellos tiempos los artistas no se tomaban sino la mitad del trabajo, pues no tenían que inventar sus temas. Nuestra época reclama cada día cosas nuevas y originales! De la industria y de las ciencias, hemos transportado al dominio de la literatura y el arte aquella doctrina de progreso según las cuales las generaciones han de renegarse sucesivamente a fin de que mejore el mundo.

En arte, en literatura, somos el siglo hercúleo. Aspiramos a todas las formas del vigor a los más vertiginosos vuelos de la expresión dramática, a la creación libre sin regla ni modelo, a la inagotable originalidad de producciones siempre nuevas. Exigimos del arte que nos revele lo desconocido, que nos levante hacia lo trascedental, que nos permita comulgar con lo absoluto, que sea fácil y claro, oscuro y difícil, que se extienda por toda la tierra y domine en todos los tiempos, realizando cada día el vuelo de Icaro: el anhelo desesperado, en suma, de un poder casi sobrehumano, con peligro de una caída mortal.

¿Y qué es, por ventura, el futurismo, qué los demás delirios de novedad que obsesionan el espíritu moderno, sino las convulsiones supremas de ese loco esfuerzo hacia el vigor?

Pero este inmenso esfuerzo no nos satisface. Porque precisamente en momentos en que deberíamos enorgullecernos de ser el siglo hercúleo del arte y de la literatura, es cuando interviene el desdoblamiento de nuestra voluntad. Comienza la tortura: el vigor ya no nos basta; es más, nos repugna: queremos también la perfección.

No obstante nuestro furioso prurito de renegar del pasado, ninguna época como la nuestra ha conocido mejor el arte y la literatura de todos los tiempos y de todos los países. Antaño, cada época comprendía y admiraba, en el mundo de la belleza, lo que ella misma sabía hacer y lo que alguna otra época había producido; pero ignoraba lo demás. Nosotros hemos llegado a comprender y admirar todas las artes y todas las literaturas: desde el Japón antiguo hasta la Rusia moderna; desde la Grecia clásica hasta la Edad Media mística.

Nuestra edad es el museo universal del espíritu humano. En ese museo, nosotros, ciudadanos del universo y contemporáneos de todas las épocas, aprendemos a conocer y admirar la inagotable fecundidad del género humano en sus cualidades y en sus obras más diversas; entre otras, en la incomprensible perfección que ciertas artes y ciertas literaturas alcanzaron en determinadas épocas. Y sin darnos cuenta, nos hemos formado un concepto de la perfección, que en seguida quisiéramos ver realizado en las obras del arte moderno.

Otra oscura tragedia es ésta, que se desarrolla en el fondo de nuestras almas. Le pedimos a nuestra época un arte ultrapotente; y cuando nos lo ofrece, nos ponemos a compararlo, más o menos conscientemente con los modelos de arte y perfecto que ya conocíamos y admirábamos. Un arte ultrapotente no nos contenta; lo queremos también ultraperfecto.

Cuando en el reino de las Musas, nuestra época nos ofrece el vigor, reclamamos la perfección; cuando nos ofrece la perfección, reclamamos el vigor. La "doble voluntad" no cesa un punto de atormentarnos. Y no quedará satisfecha sino el día en que le sea dado a nuestro espíritu gozar en el mismo instante de la suprema perfección y del supremo vigor.

¿Pero cómo podrá el espíritu humano reunir dos bienes, de los cuales el uno se paga con el renunciamiento al otro?

Escrutad y sondead las locuras y los extravíos que ahora se hallan aquejadas las Musas, antaño tan serenas, tan dueñas de sí mismas, tan plenamente conscientes de lo que querían: en el fondo encontraréis siempre esa confusión entre el vigor y la perfección. Confusión que no reside solamente en el pensamiento, sino también y sobre todo en la voluntad desdoblada. Esa doble voluntad falsea todas las normas de que en otro tiempo se servían las musas para juzgar del mérito, para reconocer la belleza verdadera, para distinguir al hombre de genio de su odiosa falsificación: el charlatán, que con tan lamentable proceder logra imponerse en nuestros tiempos.

"Este cuadro, esta estatua, son las obras maestras de un arte nuevo, que ajusta sus creaciones a principios aún desconocidos de nuestro espíritu", declara el futurista radiante en el calor de su exposición. — "Eso es pura demencia; un salvaje o un niño se avergonzarían de esos abortos", responde el incrédulo. ¿Hubo nunca una época en que oyese al "sí" y al "no" chocar tan violentamente a propósito del eterno problema de lo bello y de lo feo?

Ninguna edad ha escrito más, ni cantado, pintado y esculpido más, ansiosa siempre de crear cosas bellas, como el siglo último. Pero ese siglo podría compararse a un explorador que habiendo trepado por los flancos abruptos de una montaña desconocida, con la esperanza de encontrar, llegado a la cima, nuevas regiones espléndidas, se hallase al cabo al borde de una muralla vertiginosa y con este dilema por delante: o descender o saltar al vacío. Después de haber realizado el mayor esfuerzo de la historia para crear bellezas nuevas con todos útiles caros a las Musas — con la pluma, la paleta y el cincel — nos preguntamos hoy —¡irónica recompensa! — si somos capaces, no ya de crear la belleza, sino de reconocerla.

Y, sin embargo, gran necesidad es para el hombre poseer un patrón de belleza que le permita distinguir lo bello y lo feo. La belleza no es un lujo reservado a los refinados; es un deseo universal del género humano. El hombre pensó en el adorno de sus armas, de sus vestidos y de su mansión, primero que en inventar el vapor o el telégrafo.

La anarquía estética perturba y envenena el orden espiritual de una generación tanto como la anarquía política. Es preciso que cada generación pueda decirse con cierta seguridad: esto es bello, esto es feo. Una generación que ante las obras de arte, sometidas a su juicio, vacile perpetuamente, cambie la opinión cada seis meses y se contradiga de una estación a otra, admirando y glorificando a la caída de las hojas lo que execraba a su nacimiento, para olvidar juntamente odio y admiración a la primavera siguiente, es una generación enferma que debe someterse a un tratamiento.

Y la sede del mal no es la inteligencia sino la voluntad: esa "doble voluntad" que se niega a pagar ciertos bienes renunciando a otros, como es justo que suceda por la ley de la vida.



Hombre previsor: los aspiradores absorben los cabellos y los polvos que pudieran "casualmente" haberse depositado en la ropa.

Reglas para la vida

Cuando la ira es excesiva, produce terror; y la bondad a destiempo disminuye la autoridad. No seas tan severo que causes disgustos, ni tan blando que fomentes la audacia. La severidad y la blandura se habrían de mezclar, a la manera que el cirujano tras la lanceta usa el bálsamo y la venda. Un hombre discreto, ni es severo con exceso, ni tan bondadoso que pierda la autoridad. Ni se estima mucho, ni se desprecia. Un pastor dijo a su padre:

—Tú, que eres sabio, enséñame alguna máxima, fruto de tu experiencia.

El le contestó:

—Sé complaciente, pero no hasta el punto de dejarte amenazar por los agudos dientes del lobo.

SA - DI.

APORREADO

Por Esteban F. Garzon

(Del libro «Un gorrion borracho», recientemente aparecido)

Era un gatito de sangre plebeya. Cara pequeña, ojos diminutos, pelo corto, cola larga y fina como un zurriago. Su piel de color, a rayas amarillas y negras.

Una noche, por negligencia materna o por inexperiencia propia, cayó a la calzada, en gravitación de plano inclinado, de lo alto de una azotea, donde tal vez subiera en jira nocturna de iniciado en correrías, gatunas. La madre, ocupada en retribuciones conformándose con responderle — de tarde en tarde — a sus breves gemidos de dolor. Después, sin rumbo, encontróse desamparado y triste junto a una vieja pared. Era la hora clarísima de la eclosión de una luna plena....

Estaba solo, abatido y triste. Es que abajo gemía el dolor, mientras arriba cantaba el placer....

En esa cruzada, que fué la primera de su vida, cerca del viejo muro, indeciso y mohino lè sorprendió el nuevo día,.

Allí quedó En medio del tumulto y traqueteo de la ancha calle, ocupada por carros que vienen, carros que van; mutitud de viandantes con caras hoscas, con caras frías desconocidas todas; uno que le pisa la cola, otro que le tira un puntapié que, felizmente no da en el blanco y le zapatean ruidosamente, concluyen por hacerle cobrar valor y resolución. Así obligado, fué a trepar a una ventana en cuya escuadra se agazapaba, éstratégicamente, para preparar su denfensa.

Allí quedó largo rato. Un muchacho pasó silvando junto a él. No lo atacó. Sólo se detuvo al verle, calló y lo contempló silencioso un instante; luego volvió a silbar y siguió su camino. Posiblemente, le tuvo lástima y no se le ocurrió hacerle daño.

No habría aprendido a odiar a los animales.

El pobre gatito, se acomodó nuevamente, entornó los parpados, simuló no verlo y esperó resignado su destino.

En seguida pasaron otros viadantes distraídos, silenciosos, sin reparar en él. La última, fué una mujer de trabajo, que volvía del mercado y que, además de la canasta, traía en sus brazos una niñita de pocos años.

—Mamá, mamita — dijo la niña, un gatito chiquitito!...

La buena madre, volvió la mirada, observó y sonriente, volviendo sobre sus pasos, se acercó a la reja del prisionero para que su hijita lo viera mejor. Después de un momento, abrió su canasta y extrajo un pedazo de carne, que le arrojó, diciendo:

—¡Pobrecito! ¡No tendrá madre!... La niñita, angustiada, repitió:

—¡Pobrecito!

Cuando la buena mujer cerró su canasta y se aprestaba a seguir su camino, se vió envuelta, casi bloqueada, por más de una centena de curiosos que todos, cual más cual menos, buscaban ansiosos el objeto, la causa de su detención. Ninguno veía nada, parecían interrogarse entre sí con la mirada y hasta, dos o tres, le dijeron:

¿Qué es? ¿Qué hay, señora?

Ella nos respondió. Temía por su hijita de aquel torbellino, y desenvolviéndose, deshaciéndose de aquellas ligaduras vivas se deslizó aprisa camino de su casa.

El grupo de curiosos aumentaba por momentos; todos hacían falsas conjeturas, inquirían, y, como ninguno sabía nada, empezaron a decir a boca llena, con incomprensible aplomo cosas inverosímiles:

—¡Es un ladrón!...

—¡Es un muerto!...

¡Es un viejo enfermo!... ¡Un paralítico!....

Entretanto, el mísero gatito, medroso se acurrucaba más y más en el ángulo de la escuadra de la ventana, con el corazoncito, que cansado de tanto latir ya no aguantaba, brincando por saltar de quicio. Tenía aun, cerca de su pechito, el pedazo de carne que la mano de la buena madre le brindara generosa. No había osado comerlo, aquella avalancha de personas desconocidas, aquel vocerío desconcertador, todo aquello estupendo, extraordinario, que, en familia, jamás había visto ni oído en sus contados días, le produjo tanto miedo, tan hondo espanto que, agachado, achicado hasta lo minúsculo parecía esperar el momento oportuno para escurrirse como una vulgar sabandija.

En esta tristísima situación, todo su fino instinto lo detenía en medio de aquel grave peligro en que estaba su vida, cuando de pronto vió que, una a una, aquellas personas se iban alejando del lugar, como vinieron, llevando en sus fisonomías una mentida expresión de satisfacción de aquella curiosidad tan inexplicable, tan vulgar, como que la sembraba la inconsciencia y parecía recogerla la incultura....

Y pensar que toda aquella grave confusión de viandantes, era producida tan sólo por la presencia de un pobre gatito!

¡Oh! la necia curiosidad de los hombres!

* * *

De nuevo volvió el silencio. Empezó, ahora, a moverse el prisionero. Iba a cambiar de hospedaje; ahí no se sentía seguro; además, la nostalgia del hogar le clavaba ya los agudos dientecitos....

Husmeó, primero; astibó y ahuecó, después sus orejitas para captar el más leve ruido. No vió ni sintió nada; ningún peligro le pareció tener. Entonces, suavemente, a gatas, deslizó medio cuerpo a través de los barrotes de hierro de la ventana. Más bien no lo hubiera hecho.Cuando hubo saltado a la vereda, una piedra rebotó y se hizo añicos contra la reja. El pobre animalito echó a correr y, milagrosamente, fué en su carrera salvando de más de una veintena de tiros que iban picando a su alrededor.

Una gritería infernal, ensordecedora, se agregó a la pedrea. Era una gavilla de muchachos vagabundos que corrían tras de él, con palabrotas de mal nacidos en los labios, con intenciones villanas en el alma. Cuando más celeridad ponía en sus elásticos remos, más cerca le parecía sentir a sus perseguidores.

Hubo un momento en que el cansancio, el miedo y su ninguna esperanza de salvarse, agotaban toda su resistencia; ya no podía, ya no daba más; iba a entregarse... En aquel preciso momento, un perro viejo, achacoso, casi ciego, se cruzó en su camino. Como un ente ladró a los muchachos, que remolinearon y perdieron distancia. Ante el nuevo obstáculo tuvo más miedo que antes, porque reconoció en él al inveterado enemigo de su raza.

Pero con todo, cobró nuevos bríos, aceleró la marcha y, como una sombra, pasó junto a él, amusgando las orejitas y estirando la cola, tiesa, larga y crispada...

Escapaba así de este otro inminente peligro. Pero, más allá, en un salto inconsulto, fué a caer en medio de la rechifla de sus enemigos, volvió a surgir otras tantas y, como pudo, llegó a trepar sobre un monton de cubos de granito, que se destacaban en medio de la charca.

Allí posó; se le podía ver en su nueva triste figura. Chorreando lodo, sin aliento,turbia la mirada, aglutinada su piel, ahora de color indefinido, como un héroe esperando su fin, decidido a morir estoicamente. Impasible espera, mientras cada uno de los pilluelos tira la última piedra y ríen todos a carcajadas incontenidas, sin piedad, de la triste figura de un gatito expósito....

Pero ninguno de los vagabundos se atrevió a cruzar la charca! ¡La charca es valla, la charca es trinchera!... El miedo enseña prudencia...

En aquella irreductible posición, sin más amparo que el agua cenagosa de la charca, se encontró aquél día, a la hora meridiana, el buen gatito, esperando la mano piadosa que había de salvarlo. En su mirada tranquila, casi velada, parecía, a pesar de todo, no guardar ojeriza a nadie, de rato en rato miraba sereno a todos como dispuesto a tranzar con el enemigo, sin previa consulta....

¡Cuanta sabia enseñanza, cuánta filosofía para el hombre, concentradas en aquel gesto silencioso, tranquilo, del pobre animal!....

* * *

Pasan los minutos. Aún sigue allí pobre gatito.

El miedo enseña prudencia; aquellos vagabundos la tenían; ninguno de ellos se atrevía avanzar.

La algarabía estaba aún en su resonancia mayor. Una chica buena del barrio, como traída de la mano, apareció en escena; infórmose del hecho inaudito y decididamente intervino. Al muchacho más empedernido llamó a sosiego con palabras de piedad; otros callaron por imitación. Dos insisten aún en la pedrea; se acerca y transa poniendo una mano en las sucias mano de ellos, mientras les dice:

—¡Pobrecito! ¡no le tiren, es mío! Es buenito, obedece, llámenlo... vaya, pase uno la charca y tráigalo...

El gatito, entretanto, maullaba compasivamente. El muchacho, vacila. Luego se decide y con el entusiasmo de quien saborea, por primera vez un gesto de bondad, va hacia la víctima, le toma suavemente y regresando le deposita en las finas manos de su salvador.

Y todavía agriamente, piensa:

—¡De la què te has escapado!

Ella, la buena muchacha, le seca, le hace mimos. El pobre animalito, comprende la bondadosa caricia, mansamente se acurruca entre los pliegues de la ropa, oculta la cabecita, cierra los ojos para no mirar lo que fué y se deja llevar confiadamente.

La buena muchacha, satisfecha, mientras le alisa el erizado lomo, va reflexionando:

—¡Si supieras hablar, pobre aporreado mío, qué de cosas me dijeras de la maldad de los hombres!

La miel de loto

Cuando yo parta de este mundo, que ésta sea mi palabra postrera: nada de lo que he visto puede ser perfeccionado, ni nada lo puede superar.

Yo he gustado de la escondida miel de esta flor de loto que expande bajo el diluvio de la luz, y por eso me siento bendecido: que tal sea mi última palabra.

En este teatro de creaciones infinitas he tenido mi papel, y aquí me ha sido dado alcanzar una visión ligera de Aquél que no tiene forma.

Mi cuerpo entero, y cada uno de mis miembros, han vibrado bajo el toque de Aquél que está más allá de todo tacto, y si ahora viene el fin, dejadlo que venga: que esa sea mi última palabra.

RABINDRANATH TAGORE.

La contradicción de Renán

Especial para "Fray Mocho"



"Renán sobre el Acrópolis", cuadro de Andrés Bruillet, que fué expuesto en el Salón de Artistas Franceses, en 1879.—Pertenece al Estado.

Los lectores de Ernesto Renán están de parabienes. Un volumen intitulado *Corresponden* 1846 - 1871 acaba de aparecer y su contenido nos permite leer diferentes misivas que salieron de la pluma del gran estilista francés, en ocasiones diversas.

Por cierto que cuando Renán las escribió no tuvo la menor idea que ellas pudiesen, alguna vez, entrar en el dominio del público. Si nos atenemos a lo que él nos dice en su libro: *Souvenirs d'Enfance et de Jeunesse*, escribir una carta era para él un tormento. Publicar mi correspondencia, nos dice textualmente, sería una vergüenza. Por lo visto, sus editores póstumos no participan de este pesimismo y, contando con el beneplácito de la opinión, se han dedicado a la tarea de reunir estas hojas dispersas, por decirlo así, y publicarlas en dos volúmenes de los cuales, el primero, se encuentra ya en los estantes de las librerías. Como es de suponerlo, el acervo doctrinal y sentimental del libro que tenemos delante es interesante en alto grado. No hay unidad, no se profundiza ningún tema. De un punto exegético o moral se pasa a un tema de controversia de viaje o de historia, pero el conjunto de estas variantes y de estas alternativas nos permiten gozar precisamente de un Renán que escribe sin prejuicios de escuela, sin artificio premeditado y que dice lo que dice porque lo siente, porque el palpitar del corazón o el bullir de la inteligencia así se lo dicta.

Los intersticios del alma nunca se presentan más luminosos, a mi entender, que cuando la voluntad se derrama en secreto. Renán lo hace con suprema naturalidad y al oir sus cuitas como al anotar sus emociones, se experimenta una atracción que crece de intensidad a medida que la música de su estilo y el perfume de su exuberancia verbal hinchan, vaporosamente, nuestros sentidos estéticos. En Renán, como se sabe, hay el filósofo y el escritor, pero si su ideología exegética cae bajo la reprobación de los adeptos de un credo, la frescura de su léxico espontáneo y cristalino escapan al furor de los anatemas. Son sus cartas un testimonio de las emociones que lo impulsaron en un sentido u en otro. En la mayor parte de ellas el tema religioso surge por sí solo, pero esta circunstancia nada tiene de sorprendente si se considera lo hondo que han trabajado en él las creencias. Cuando se ha vivido de la fe, siempre deja ésta, tras sí, una huella imborrable. Renán no pudo escapar a esta regla de nuestra psicología; y si el Cristo que todos adoramos como un Dios, no fué, en su sentir, más que un hombre, ponderó con singular maestría sus rasgos de tal, de fundador de una religión que crece en torno de sus gracias magnéticas y que se magnifica, moralmente, de siglo en siglo.

Pero si Renán no es deísta — Dios para él es una cosa imponderable, que no actúa ni interviene como voluntad personal en la obra creadora — lo divino lo saturó en alto grado y le comunicó su levadura. El estudio, el sentido crítico que modeló su inteligencia, el conocimiento filológico del hebreo como su amor a la verdad positiva, prepararon su alma para la duda. En el libro en cuestión, su rebeldía intelectual está latente. Son contados los meses que lo separan de San Sulpicio — su última residencia levítica — y en carta a Madame de Salyny declara categóricamente que su fé en el Cristianismo está comprometida. Contestando en otra ocasión, a un artículo de Montalembert, dice que la fe no encierra la verdad absoluta. Ama a los católicos, en el seno de éstos están los que fueron sus mejores amigos, pero convencido de que los dogmas no son doctrinas reveladas sino conclusiones teológicas elaboradas lentamente, según su criterio, en la disputa de las escuelas, prefiere la libertad a una sumisión filosófica que contraría a su instinto.

El origen de Jesús no lo encara como se encara un misterio. Cuando él apareció, un gran movimiento de esperanza y de pasión espiritual agitaba a la conciencia del pueblo judío. Sin ser rabino, sin ser filósofo, sin ser un sabio — éstos, a su entender, son dictados inferiores a los que merece el Redentor de Israel — el hijo del hombre se posesionó de este estado de la conciencia colectiva y caminó a su frente. El Cristianismo es el derivado lógico de su acción y muriendo por sus ideas fundamentó esa creencia que para la iglesia docente significa revelación, pero que ante la razón sólo tiene el valor de un fenómeno de los muchos con que se teje la historia.

Pero si la incredulidad constituye en él, tempranamente, un ideal, justo es reconocer que, a través de estas crisis — crisis que repuntaron vigorosas en Issy, como en San Nicolás de Chardonnet — la rectitud de intención queda intacta. En su reconstrucción filosófica y negativa, la razón no tiene destemples. Corre, se puede decir, como agua mansa y considerando como fenómeno humano lo que la religión le señala como verdad revelada, entra en sus causas, analiza el todo y explica la lógica de los hechos según sus dictados de exegeta. Si es incrédulo ante un arsenal de doctrinas, no lo es ante una masa de sentimientos. La razón podrá demoler errores, nos dice él, hacer de lado las supersticiones creadas por el fanatismo y por la ignorancia, pero esta razón tendrá que respetar lo que hay de divino en la humanidad. "El sentimiento que constituye el fondo de la religión — son sus palabras — no desaparecerá". No es, la suya, una inteligencia absurda ni obsesionada. El fenómeno religioso es un fenómeno humano, perenne, indestructible. Es un algo latente y no insonoro, viene con el instinto y sobrevive a los convencionalismos, está en la humanidad y toma las coloraciones espirituales que le imprimen las razas. Esto lo ha visto, ciertamente, Renán y de ahí que su incredulidad sea más ideológica que sentimental; más de forma que de fondo; más de método que de sustancialidad filosófica.

Aparte de este tópico, las cartas que tenemos por delante nos dan a conocer otros rasgos de su alma de artista. La tierra itálica le apasiona grandemente. Viaja por todas sus comarcas, entra en sus museos y en sus catedrales, trabaja en sus bibliotecas como en sus archivos y pasa horas de dulce quietud en sus abadías. Montecasino es, en estas excursiones más allá de los Alpes, su mejor refugio. Estrecha relaciones íntimas, los abades se interesan a su labor exegética y cuando, des de lejos, vuelve sus ojos hacia esta colina eminente, le escribe al Padre Tosti ponderando el liberalismo mental y el fuego patriótico que allí existe.

De todas las ciudades que visita ninguna le cautiva tanto como Roma. Es la ciudad símbolo por excelencia. Constata su buen humor, su llanto accidental, esa carcajada como ese desborde de entusiasmo plebeyo sobre el cual deja caer bendiciones el poder teocrático.

Cuando el viajero itálico desaparece asoma el Renán cultor de lo griego. Atenas es una ciudad extraordinaria. El buen humor y la gracia del tiempo de Pericles fulgura, por decirlo así, en el sonreír de sus habitantes. Pero el arte — el arte sobre todo — lo extasía, lo llena de un consuelo casi beatífico. Nuestras iglesias góticas, dice él, son inferiores al Partenón.

Al viajar por el Egipto su entusiasmo decrece. Pondera su arte, rinde homenaje a su compatriota Mariette, cuyos descubrimientos arqueológicos están a la orden del día, pero critica su clima aun cuando admira la belleza y la serenidad de su cielo.

De sus etapas por la Palestina no faltan gratas reminiscencias. Desde un rincón de la tierra bíblica se dirige al benedictino Luis Tosti y le comunica un gran dolor: su hermana Enriqueta ya no

existe. "Mi hermana Enriqueta, dice textualmente, órgano que completaba mi ser moral, estaba dotada de un alto espíritu y de una abnegación incomparable".

En su carta a Taine, su gran amigo, habla el poeta y el psicólogo. Esa tierra legendaria que conoce palmo a palmo, no tiene para él ningún secreto. El Líbano, sobre todo, ejerce sobre su sensibilidad una emoción contagiosa. Las líneas de estas verdes montañas llenan el horizonte y al ponerse en contacto con las multitudes que por allí merodean, descubre defectos y cualidades raciales que le explican la fuerza taumatúrgica del Nazareno. Su imaginación hace un paso retrospectivo y gracias a él vemos a Jesús rodeado de niños, aclamado por las multitudes, paseando su dulce mirar sobre los prados llenos de flores y bendiciendo, durante este deambular misterioso, los idilios nupciales.

Sería interminable si me detuviese en todos los puntos atrayentes de este epistolario. Los ciclos que él encierra nos permite llegar hasta el Renán del setenta. Ante la Francia desgarrada por la guerra y por la capitulación, tiene verbos amargos. Un abismo que él no hubiera querido ver, está a sus pies. De un lado está la patria, que ama con delirio, del otro, esa Alemania que imprimió una levadura racionalista a su filosofía.

Cuando se trata de buscar un remedio a tanto mal, su inteligencia sutil y escudriñadora no lo encuentra. La república, en su sentir, no curará sus males. La casta dinástica está desacreditada por la derrota; y después de poner de lado a un ejército impotente para dominar, con las armas, este caos de ideas, se encierra en sí mismo y busca una consolación patriótica en ese trabajar continuo de crítico y de filósofo.

Volviendo a nuestro punto de partida, podemos decir que el enamorado del milagro griego como del milagro judaico es, en síntesis, un exponente luminoso de contradicción. Filosóficamente hablando, Renán reniega de Dios, pero nos habla de Dios en su obra estética, como si Dios existiese. Una lucha a porfía se posesiona del crítico como del estilista y si la razón pura lo lleva a la negación, el instinto, la sensibilidad, la belleza que le sale al paso ya en el Acrópolis como en sus jornadas palestinianas, le inspirar una forma de fe. No es, por cierto, la fe tradicional, la fe ortodoxa, la fe dogmática, la fe del carbonero; pero, a pesar de esto, es una fe que vive y que, en cierto sentido, desautoriza a la duda.

La contradicción en Renán proviene, precisamente, de esta dualidad de corrientes que tiene su origen en la razón y en el misterio. Una se sobrepone a la otra en su vida de maestro como de filósofo, pero el enigma, el enigma cósmico como el enigma biológico, que nadie resuelve, queda en pie con su realidad pavorosa.

Renán ha desaparecido y la gran preocupación que llenó su mente, sin resultados obvios ni definitivo absorbe y preocupa a nuevas actividades. Hay un algo, en este eterno filosofar de nuestra razón, más fuerte que nuestro yo, que sobrenada y triunfa.

Confesemos que de todas las energías propulsoras, la única que nos dignifica y consuela es la infinita.

JOSE PACIFICO OTERO.

París, diciembre 1926.

LA TEMBLADERA

Es el potro forastero que, en la última invernada,
con la rústica manada
de las hembras se juntó.
Nadie sabe cómo vino
Este inquieto peregrino
a las tierras del copihue y del piñón.

Hay arranques de gacela
en los nervios de sus piernas cuando vuela
con sus hembras de los montes al través,
y si un perro o algún hombre se avecina
al lugar de reposo, sacudiendo la cabeza
noble y fina,
se adelanta con fiereza
de rey moro que pelea por su harem.

Allí está la tembladera,
honda sima traicionera
que otro tiempo cubrió el mar,
y que hoy llena
viva arena
movediza,
por encima de la cual
se desliza
dulcemente
el estero, que parece un inocente
manantial.

Con el cuerpo estremecido
de un pavor desconocido,
en las aguas silenciosas olfateó;
mas de súbito, rompiendo las cadenas
de sus miedos, en las húmedas arenas
se afirmó,
y elevándose en las manos un instante
con el cuello distendido,
semejante
a un felino gigantesco, sobre el cauce se lanzó.

Con la fuerza de su anhelo
y su empuje colosal,
tocó el borde del riachuelo
con sus cascos, un segundo
su cabeza se irguió fuera
del raudal;
pero el monstruo de la arena que dormía
en sus grutas misteriosas
como enorme calamar,
lo hundió, envuelto entre la fría
red de ávidas ventosas,
bajo el pálido cristal.

SAMUEL A. LILLO.

EL ENCANTADOR

Por Leo Dartey

Era en el baile de la Prefectura adonde la tan encantadora como salvaje Anita se había dejado arrastrar por los autores de sus días.

Y es que Anita no era precisamente una muchacha cómoda. Con sus diez y ocho años, su tez fresca, sus ojos divinamente azules y su linda cabellera rubia, tenía un genio insoportable. Era una criatura indomable, de la que sus padres no podían hacer carrera. Un verdadero erizo.

Huraña, gruñona y exigente, sus malas cualidades no tardaban en desvanecer la excelente impresión que causaba su aspecto de niña bondadosa y angelical.

Eran muchos los que, seducidos por el aspecto encantador de Anita, no tardaban en huir de ella, espantados por los bufidos que les daba.

Sus padres, los señores de Durand, veían con disgusto semejante estado de cosas. Adoraban a su hija, a la que habían mimado con exceso, y hubieran querido verla rodeada de pretendientes, casada..., dichosa. Y se obstinaban en llevarla a fiestas y reuniones con la esperanza de que un día encontrase el hombre que la dominase y sedujese.

¡Cuál no sería, pues, su alegría al ver que aquella noche se dignaba bailar varias veces con un desconocido y se humanizaba hasta el punto de conversar con él afablemente y hasta se dignaba sonreír.

La señora de Durand, que no cabía en sí de gozo, decía a su marido:

—¿Lo ves, Arsenio? ¿No te tengo dicho muchas veces que nuestra hija tiene un carácter angelical? Lo que ocurre es que hay que saber tratarla. ¡Mira lo amable que está con ese caballero, a quien hace una hora no conocía!

—¡Es extraordinario! — murmuró Arsenio todo perplejo. — Porque, ¿qué puede haberle seducido de ese hombre? ¿Su bigotazo de granadero o su corpulencia de atleta de feria?

Anita se acercaba a sus padres acompañada de su caballero. Sonriente y contenta, no cesaba de charlar y sus padres, encantados de tal transformación, rivalizaban en amabilidad con el encantador que había logrado tan gran milagro.

Y cuando el desconocido les felicitó por tener una hija de un carácter tan angelical, el señor Durand no pudo menos de protestar:

—Pues todo se debe a usted, caballero, porque generalmente es una muchacha muy reservada, casi...

—Fría, muy fría — interrumpió la señora de Durand, que no que ía desengañar al admirador de su hija. — Pero es sólo con las personas que no conoce. Tarda mucho en simpatizar con la gente. Pero usted, decididamente, la ha encantado, y nos trae usted a esta pequeña salvaje completamente sometida.

El hercúleo caballero no ocultaba su satisfacción.

—¡Eso, para mí!... Comprenderán ustedes que no tiene nada de particular.

—Sí — dijo la señora de Durand; — debe de ocurrirle a usted con frecuencia, porque es usted muy simpático. Y luego que a las muchachas hay que saberlas hablar, herir su fibra secreta; ser algo poeta, en suma.

El caballero protestó modestamente.

—Nada de eso; todo es cuestión de costumbre. Esto lo da el oficio.

—¿El oficio? — preguntó el padre.

Intrigado miraba a su mujer y a su hija, que parecían tan sorprendidas como él. ¿Cuál sería el oficio de aquel caballero? Y se atrevió a preguntar tímidamente:

—¿Dice usted que el oficio?

—Sí.

—¿Y no sería indiscreto preguntar cuál es el suyo?

Entonces el señor corpulento se irguió, enderezó sonriendo las guías de su enorme bigote y dijo:

—Soy domador de fieras.

Almas sencillas

Por Sara Insúa

Nunca, o muy rara vez, había jugado a la lotería don Francisco Suárez. Y no porque desconfiase de su suerte, sino porque se conformaba con la que tenía, que, según él — hombre en extremo sencillo, — no era poca.

Había llegado don Francisco a los cincuenta años, después de una vida de trabajo y de regularidad sistemática. Disfrutaba de una salud excelente y de un sueldo no considerable, pero bastante para vivir sin estrecheces ni apuros. Sin embargo, la mayor fortuna de don Francisco consistía para él en haber encontrado una esposa modelo. Una esposa amante, discreta, habilidosa, y de gustos tan sencillos como los suyos. Y para ser el ideal de la perfección, doña Aurora le había dado sólo dos hijos, que crecieron sanos y robustos, fueron obedientes, estudiosos, y a los veinticinco años, terminadas sus carreras, se habían hecho independientes. No daban, pero no pedían.

¿Tenía o no tenía razón don Francisco para considerarse un hombre feliz?

Por eso fué más bien amable condescendencia que entusiasmo lo que le hizo aceptar medio billete de la lotería de Navidad con que se obstinó en obsequiarle un buen amigo que le debía algunos importantes favores.

—Nada, nada, Francisco — había dicho el amigo, un hombre llano y francote; — si me toca a mí la lotería tiene que tocarte a ti, ¡no faltaba más! ¡Se me enturbiaría la satisfacción!... Y no sé por qué, pero me dice el corazón que nos va a tocar.

Suárez, conmovido por el hermoso rasgo de su camarada, aceptó, y guardó en su cartera, bien doblado, el medio billete, sin leer apenas el número.

* * *

Y llegó el 22 de diciembre. Don Francisco no había vuelto a pensar en el medio billete que llevaba en la cartera. Sólo cuando oyó en la oficina voces que anunciaban "¡El gordo en Madrid!... El gordo en Madrid!..., recordó.

—Cuando pase por la Puerta del Sol — se dijo — miraré a ver si me ha tocado algo.

Salió de su oficina a la hora de costumbre. Al paso de costumbre tomó el camino de su casa, sin más variación que un leve rodeo para pasar por la Puerta del Sol. En ella se detuvo. Miró las carteleras, y la primera línea de números le hizo pensar:

—¡Es parecido ese número al que tengo yo!

Y sin precipitación, como el que va a hacer algo que sólo relativamente le interesa, buscó en su bolsillo la cartera, y de ésta extrajo el medio billete, que desdobló para comprobar el número.

—¡Ande! — exclamó para sí un poco sorprendido. — ¡Pues es el gordo! ¡Ni más ni menos! 16.421 — leyó en la cartelera. — 16.421— leyó en su billete. — Está bien claro. Razón tenía Luis cuando aseguraba que nos iba a tocar.

Entre la muchedumbre que se estrujaba anhelante, jubilosa o decepcionada, don Francisco, inadvertido, volvió a guardar tranquilamente su billete, y procuró abrirse paso. Nadie, por su aspecto de serenidad, habría podido sospechar que llevaba encima siete millones y medio.

Dos horas después, saboreando el último sorbo de café, antes de encender su cigarro, don Francisco dijo a su esposa:

—Voy a participarte algo bastante agradable e inesperado para nosotros, Aurora.

Doña Aurora, con expresión de interés en sus ojos grandes y claros, hermosos aún, pero sin impaciencia, esperó a que su marido diese una larga chupada al habano y lanzase al techo una gran bocanada de humo azul.

—Pues, como te decía — continuó don Francisco, — es una noticia agradable. Desde hace dos horas somos ricos, inmensamente ricos.

—¿Es posible? — preguntó doña Aurora, repentinamente sorprendida. — ¿Y cómo ha sido eso?

—Nos ha tocado la lotería, hija. El primer premio, y jugábamos medio billete que se empeñó en regalarme Luis. Somos, pues, dueños de siete millones y medio de pesetas.

—¡Cuánto dinero! — exclamó doña Aurora con un ligero balbuceo en la voz.

—Sí, mucho dinero. Y figúrate todo lo que puede hacerse con él. Se pueden hacer tantas cosas, que amí, por el momento, no se me ocurre nada, y como los chicos llegan dentro de tres días, esperaremos a ver lo que se hace... Pero, entre tanto, para emplear algo de este dinero que nos cae de encima, ¿no quieres tú algo, Aurora? ¿No necesitas nada? Has sido siempre una mujer sobria; pero ahora puedes gastar a tu antojo. Algo desearás, mujer.

Doña Aurora meditó un instante mirando al techo. Súbitamente, su rostro se iluminó con un reflejo de alegría infantil, y poniendo su mano, cuidada, pero de mujer hacendosa, sobre la mano fuerte de su marido, dijo:

—Pues sí que tengo un deseo, Francisco. Cambiar el damasco de la sillería de la sala. No está todavía muy estropeado; pero ya que somos ricos...

Homenaje al cónsul de España



Organizado por la Juventud Hispano Argentina, se realizó un acto de homenaje al cónsul general de España, señor José Buigas y Dalmau, en el salón del Orfeón Español.—El obsequiado y algunos de los concurrentes al acto.

BAILE EN LA CASA DEL PUEBLO





Festejando la reciente inauguración de la Casa del Pueblo, realizóse un baile familiar que adquirió lucidas proporciones.—Dos vistas de parte de la concurrencia que asistió a la fiesta.

Liga Pro Unión Americana



Delegados de la Liga Pro Unión Americana, después de una de las sesiones en que se dió término al manifiesto contra la actitud de los Estados Unidos hacia Nicaragua.

VIDA DEPORTIVA



Antonio Gaudino, ganador de la carrera automovilística Gran Premio Nacional.



Cosme Saavedra, vencedor de la carrera ciclista Doble Mercedes.

Banquete



Comensales que asistieron al banquete con que fueron obsequiados los señores Hércules J. Costagnino y José A. Morrone, con motivo de sus ascensos en el Banco Español del Río de la Plata.

En honor del señor Casimi



Vista parcial de la mesa durante el banquete servido en el restaurant "El Tráfico", en honor del señor Casimi, del personal de nuestro colega "Crítica".

Escuela Superior Comercial de Mujeres



Grupo de alumnas de la Escuela Superior Comercial de Mujeres, egresadas en el año 1926, con el título de peritos comerciales.

Bibliografía



Señor Ramón de Castro Esteves, autor del libro "Inquisiciones acerca de Rosas y su época", recientemente aparecido.



Señor Salomón Wapnir, autor del volumen "Crítica positiva", acabado de editar.

Football



F. Caneva, L. Fernández, E. Carpi, M. Waldegaray, E. Giral, O. Crovetto, R. Devezza, J. Romero, A. Quilindro, J. C. Quilindro y D. Rodríguez, que integran el team representativo de la firma José Balestrini e Hijos.

Nuevo gobernador de La Pampa



El señor Ignacio Laza, nuevo gobernador del territorio de La Pampa, acompañado de su secretario, el ingeniero civil señor Luis Eraña.
(Fot. Quiroga).

Necrología



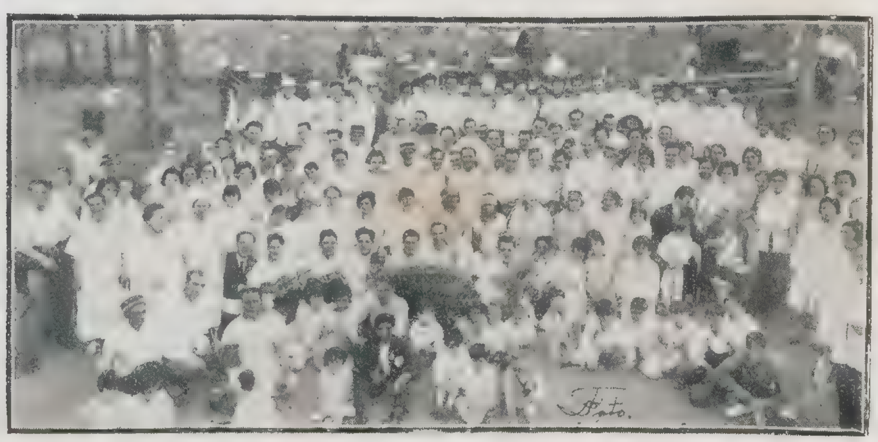
Señora Sergia Herrán de Schlegel, recientemente fallecida en su residencia de Adrogué.

Demostración



Señor Eustaquio Pravaz, que ha sido objeto de una demostración con motivo de su enlace y de su jubilación.

Fiestas al aire libre



Pic-nic familiar organizado por el personal de los establecimientos del señor Antonio Flaiban, en honor de dicho señor.
(Fot. Altavilla).

Notas marplatenses



Doctores Nicolás Garzón Maceda y Humberto Abalos.



Jorgito Perea, con la clásica insignia radical.



Señores Fermín Estrella Gutiérrez y Francisco López Merino.



Señora de Ponte con sus nietecitos Elisa y Pablo.



Señora Cora Padilla de Clausen Durao y señores Clausen Durao, Nielsen y Rocha.

FRAY MOCHO en Rosario de Santa Fe



Algunos de los concurrentes que asistieron a la fiesta organizada por el Club Francés, en honor de sus asociados.



Inauguración del barrio moderno para obreros, situado en los alrededores de Rosario.—La concurrencia fué obsequiada por los señores Delliot y Casals.



ENLACES. — Señorita Micaela Fuentes con el señor Juan Vooght.



Señorita Nerina Cristales con el señor Angel Dainotto.



Señorita María Cordi con el señor Elías Crer.



Señorita María Guillermina Masot con el señor Sebastián Roig.

Los más bellos lugares del turismo europeo:

SUIZA ITALIANA



Airolo, el primer pueblo del Ticino, en la Suiza italiana, que se ve al salir del gran túnel del San Gotardo, que atraviesa la cordillera de los Alpes.



Los bellos alrededores de Lugano, sobre el lago del mismo nombre.—A la derecha: el monte Salvatore.



Vista parcial del pintoresco pueblo de Bissone, situado a orillas del lago Lugano.



Un detalle del viaducto de Robasacco, entre Bellinzona y Lugano.



Faido, otra pintoresca población, situada en el valle de Ticino.

(Fots. del Sr. L. V. Boccard).



El Cristo que domina el valle del Ticino, erigido en un lugar próximo a la salida del túnel del San Gotardo.



Bellinzona, la capital del cantón Ticino, situada al pie de las imponentes montañas alpinas.



Un aspecto del valle del Ticino.—A la derecha: pequeña aldea en la alta montaña donde van a veranear los habitantes del valle, acompañados de sus rebaños.

DE CACHEUTA



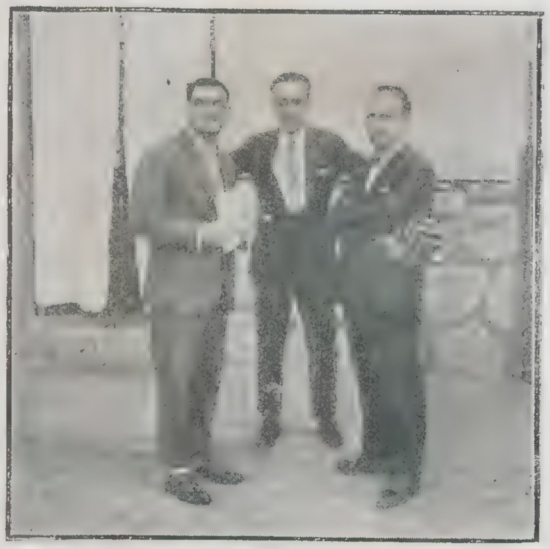
Doctor Eliseo Roselli y su esposa.



Señoritas Chongona y Aurora Bonadeo y señor Julio Bonadeo.



Doctor Ciro Higginson y señora.



Doctores Roberto Doynel, Arístides Bianchi y Mauricio Bech.



Señorita Eva Iribarne en un paso de ''charleston''.



Señora de Bech y sus hijos doctores Alfonso J. y Mauricio Bech.



Señor Luis Ugarte y señora.



Señor Julio D. Correa y su esposa.



Señores Gómez y Maury.



Señorita Anita Kollemant.



Cuatro para dos

(Fots. Bejarano).



Doctor Eduardo Dalorti.

Peritos mercantiles recientemente egresados de la Escuela Superior de Comercio Sud


Américo Lusardi


David Landau


Augusto Camilletti


Luis Portela


Maximiliano M. Muñoz


Angel Granara


Roberto E. Dapuetto


Enrique Craia


Juan Espinach (h.)


Santiago A. Ramasso


Juan Guidi


Anselmo C. Binaghi


Héctor L. Fraquelli


Rogelio V. Dapuetto


Alberto Fraquelli


José Luis Rocco


Alberto J. Vecchi


José Dopazo


Gregorio F. Guerra


Leopoldo H. Moreno


Mauricio Pazoli


Juan Andrade

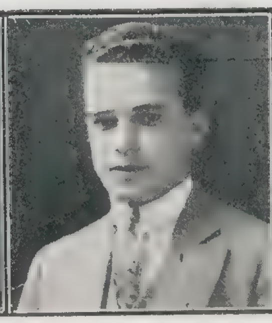

Guido O. Bolocco


Cayetano Mangone


Rómulo Gaudenzi


Eugenio J. Giudecessi


José Gaudini


Alberto Ravaschino

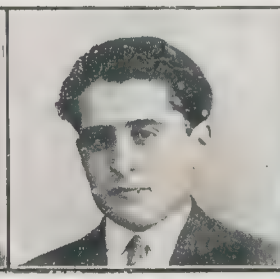

Angel G. Lamas


Luis Aragones


Osvaldo D. Marzullo


Francisco Martinez


J. Levisky


Alberto P. Alvarez


Juan P. Guastavino


René Hh. Porta

DE CARHUÉ



El señor Francisco Moreno, su esposa y la señora de Gamenidi.



Señorita Nélida Rivero Crespo.



León, Juanita y Adolfo Toker.



Señora de Comas y señorita Haydée Pogliaza



Señoritas Juana Toker y Coquita Spanier.



Pronta para zambullir.



Señoritas Julia de los Santos y Angela Sala y doctor de los Santos.



Tres gracias epecuenses.



Niños de Carranza.



Señor Manuel Barnes y su hermanita Haydée.



Señor W. Nowinski, su esposa y niños de Torres.
(Fots. Carretero).



Señor José Lebrero.

LOBO DE MAR

Por Margarita Astray Reguera

...La había traido allí en un amanecer tristón y gris.

La anciana señora que hizo la entrega de la niña había llegado con todo misterio: las cortinillas del coche, corridas para evitar toda mirada; en el pescante, solo el cochero aleccionado, que abrió la portezuela sigilosamente y fué después a colocarse en su sitio, sin esperar órdenes.

Sin duda la tornera del convento, avisada de antemano de la visita, introdujo sin la menor dificultad a la recien llegada en el salón.

La superiora entró pocos momentos después.

Aquí le traigo, mi buena madre, a esta hija del pecado; su madre, muchacha jóven y alocada, en un momento de irreflexión, echó una mancha sobre los inmaculados e ilustres apellidos que le legaron sus antepasados; es necesario que esa falta no trasluzca a la sociedad y, para lavar su pecado, se purifique ofreciendo, desde sus primeros pasos, en esta santa casa esta niña. Así es el anhelo de la honorable dama madre de esa desgraciada. ¿Comprende?

La superiora movía la cabeza y, sin duda para alejar un pensamiento que le *torturaba* el cerebro, pasabas las cuentas de su rosario.

Hubo una pausa; al fin, la superiora, terminado su diez, profirió algunas frases entrecortadas.

—El caso es peligroso, muy expuesto para la comunidad... Yo no se si debo....

—¡Sea por Dios! Madre, hágalo por amor de Dios, porque ganará un alma. Esta niña no debe salir de este convento nunca. Aquí crecerá, y al lado de ustedes será virtuosa y buena, y cuando llegue a la edad conveniente debe abrazar la fe de nuestro Redentor.

Entregó una bolsa repleta de oro, y continuó:

—Antes de que esta se acabe vendrán más; ahora, si le parece, sólo nos falta traer a la nodriza, que dejé en el coche. Cuando termine la lactancia vendré a buscarla, y así ignorará dónde que da la niña.

La buena madre superiora, aún no conforme, volvió a insistir.

—Pero, ¿y la comunidad? ¿Cómo explicar el caso?

—Muy sencillo; este edificio es grande, y usted puede instalarlas en una habitación alejada. En cuanto al bautizo, lo más sencillo, lo indispensable nada más para hacerla una buena cristiana.

Ya clareado el día cuando la recién nacida quedó allí lejos de los suyos, confiada a manos piadosas pero al fin mercenarias.

La niña creció.

La mayor parte del día se lo pasaba en el huerto, subida en las ramas de los árboles más altos, moviendo los cerezos con fuerza entre risas de loca, saltando, dando brincos, hasta hacerlas caer a tierra. Metía sus dedillos, ligeros y finos, entre las hojas de los fresales, y con sus dientes de lobezno, menudos y blanquísimos, inclinada sobre el gazón, cogía el fruto, que estrujaba con deleite, rebazando el zumo por los labios sangrantes. Algunas veces, la superiora, temerosa de aquella largas ausencias, la reprendía dulce, suavemente. Se quejaba de que apenas tocaba las labores comenzadas, que eran muchas, porque de todas se cansaba la chiquilla. Descuidaba el piano, la confección de los canastillos de flores y aún lo que era el orgullo de la comunidad, las guirnaldas, hechas por ella, que colocaban en la iglesia.

—Tanta monserga, tantos sermones — solía decirse a solas la muchacha —, ya me va más que cargando.

Y se iba al huerto, ocultando debajo del delantal el libro, que no era santo, ni mucho menos.

Clandestinamente lo introducía, hasta hacerlo llegar a manos de la señorita, la tía Petra, la mujer que iba a lavar la ropa al convento. Por algunas monedas y buenos trozos de jamón, la tía Petra llevaba las notas al librero y facilitaba el cambio del libro leído a hurtadillas.

Otoño. El cielo cubierto de nubarrones, presagiaba tormenta. Bandadas de gaviotas cruzaban el aire buscando la orilla o el mástil de un buque. Sólo se divisaba, a los lejos, en alta mar, una lancha pesquera, negruzca y descuidada. Ella la contempló con sus ojos obscuros de azulina. El libro se había caído de sus manos lacias, quedando la página abierta.

—Ven, no vaciles...

Y ella pensó, encaramándose en el muro, tapizado de hiedra, que circundaba el convento:

—¿Porqué vacilar en irme lejos de ésta cárcel?

Hizo un esfuerzo supremo. Sus manos finas sujetaron dolorosamente a las piedras para deslizarse por la tapia exterior....

La barca pasaba entonces muy próxima a las rocas de la orilla.

—¡Espera! — gritó la muchacha, con voz firme e imperiosa —. ¡Acércate más!.

Un hombre solo, de color cetrino y mirada torva, tripulaba la barca, y como si aquella voz fuese un sortilegio, obedeció magnéticamente. Soltó los remos y se quedó mirándola. La joven se dejó resbalar por los peñascos, hastar el bote, que se balanceó más aún.

—¡Por fin!— suspiró —. ¡Gracias, libertad eterna!... Boga — ordenó —. Te lo debo todo. ¿Cómo te llamas?

El lobo de mar continuaba inmóvil.

—Santiago — dijo por fin.

—Pero ¿qué haces, Santiago? ¡Si no obedeces, me echo al mar de cabeza!

La barca se alejó mar adentro, desafiando las olas, llevándosela a ella, tan blanca y frágil como aquella ligera embarcación.

....

Meses y meses trancurrieron en la cabaña del lobo de mar; así se la dominaba en el país desde hacía más de medio siglo. En clavada en la roca, constaba de una abertura en redondo que servía de puerta interior compuesta de dos piezas.

Allí se había instalado María Dorotea, sin echar en ningún detalle de menos las comodidades de su antigua vida del convento.

Algunas veces, su voz, en notas de cristal, entonaba los salmos religiosos del órgano, que en la soledad, y al compás del murmullo de las aguas, tenía algo de macabro.

—¡No me dejes sola! — solía decirle a Santiago, cuando este se ausentaba noches enteras de la cabaña —. Tengo miedo cuando el viento sopla furioso y las olas vienen a estrellarse contra las rocas. Además — proseguía—, pienso mucho, temo que no vuelva mi lobo de mar.

Después, mimosa, se le acercaba mucho más y fijaba la mirada en la de él, hasta hacerle bajar los ojos.

—¡Qué bueno eres, Santiago! Pero ¿en que trabajas para traerme tanto dinero y cosas tan bonitas?

—Bueno — repetía él lobo de mar— lo soy contigo.... Con los demás no valdría la pena de serlo.

—Parece que aborreces al mundo, y yo, en cambio, ¡yo sería tan dichosa si fuese a él!

—¡Todo llegará!

Las conversaciones, breves, terminaban casi siempre tristes.

Santiago se alejaba cada vez más. Perdido en la noche, su balandro negro, medio sumergido entre las aguas obscuras, espiaba las ocasiones para dejar de ser bueno.

Cuando regresaba, al clarear la aurora, abría sigilosamente la

PENSAMIENTO

Quien hace una cosa mal hecha, si en conociéndolo pone enmienda en ella, muestra que la hizo porque entendió que era buena, y es el castigo santa disculpa de su intención; mas quien la lleva adelante, viéndola mala y en ruin estado, ese confiesa que la hizo mala por hacer mal.

QUEVEDO.

puerta, dando con todo cuidado vuelta a la llave, y entrando de puntillas. No se atrevía a penetrar en la pieza que servía de dormitorio a la muchacha. Habían desaparecido las paredes negruzcas, salitrosas, debajo de ricos tapices, que las cubrían por completo y una alfombra gruesa nivelaba con su molicie las desigualdades del suelo.

Era Mireya quien al medio día, cuando se levantaba, hacía su visita al lobo de mar. Le veía dormido, y entrelazaba sus dedos ágilmente en la maraña de sus cabellos negros, hasta despertarle. Abría él entonces los ojos, pero no torvos y huraños, de su mirada habitual, sino dulce, con reflejos de una pasión contenida por una voluntad de hierro.

—¡Vete, vete, Mireya! — y le señalaba la puerta.

Después sujetaba la cabeza entre las manos y ahogaba un sollozo que le rompía el pecho.

Todo en aquel hombre era grande: su corazón, el amor que sentía por aquella muñeca de frágil biscuit que tenía entre las manos y podía romper a su antojo; pero no y mil veces no: antes dormirse para siempre en las aguas que le habían servido de cuna que descorrer el velo de una caricia como ella ambicionaba.

—¡Eres un mentecato! — solía decirle muchas veces —. ¡No te pareces en nada a esos hombres que me pintaban en las novelas que leía en el convento!.

Y suspiraba.

Después apretaba los dientes, y como una reina ofendida, le volvía la espalda.

—¡Imbécil!

Santiago no contestaba; callaba siempre.

Algunas veces, sin embargo, al verla alejarse, tendía sus manos, encalladas por el remo, hacia ella, y pretendía llamarla... ¡Mireya, Mireya!; pero la voz se le anudaba en la garganta y los brazos caían sin elasticidad a lo largo del cuerpo.

Quería llegar a un olvido, no volver a la cabaña y buscar la muerte como descanso a tanta tortura.

Entoces, la imagen de Mireya aparecía más persistente entre las aguas, siempre hermosa, llena de juventud, llamándole.

—¡Mi lobo de mar, mi lobo!....

Y volvía a la embarcación; remaba para salvar la distancia que los separaba, como un embrujado, sacando fuerzas, apenas sin respiración, con la boca entreabierta, por la que filtraba un rugido que el viento desencadenado y la razón acallaban.

Todo aquello pasaba; era como un fuego fatuo que danzaba a su vista para enloquecerle, rompiendo en mil pedazos su corazón; más fuerte, volvía su cerebro a dominarle, y una oleada de vergüenza le quemaba la frente, que atenazaba entre sus manos, murmurando:

—¡Que se marche!... ¡Sería un miserable!... Y ella me dijo: ¡Santiago, eres bueno!...

....

Amanecía cuando surgió de entre las bruñas otoñales el transatlántico.

En acecho, el lobo de mar hacía muchas mañanas que no dormía, esperando el momento de la separación. Había llegado al fin. El sol comenzaba a lucir débilmente.

Santiago hizo el último esfuerzo. Se secó con el dorso de la mano una lágrima, y con paso lento, silencioso, pero firme, llegó a la alcoba de Mireya. Un sueño dulce agitaba su pecho.

El la llamó muy bajo: quería despertarla y tenía miedo, pena de que se despertase.

—¿Quién me llama — inquirió la jóven incorporándose en el lecho; y le tendió los brazos —. ¡Eres tú, mi lobo de mar!

¡Sí, Mireya; es necesario que te prepares; a la vista tenemos al *Berengaria*, que biene de Marineda con rumbo a Río Platense. Puedes partir en él, aún es tiempo, y yo te conduciré a bordo. Inventaré una historia y te admitirán, sacando tu pasaje.

—Pero ¿y tú, mi lobo de mar, qué va a ser de ti?

—Seguiré mi vida, la que me enseñó mi padre, y ahora, no pienses más que en partir, y sal. Yo te espero fuera.

Minutos más tarde, una lancha, blanca y ligera, la *María Dorotea* atracaba al*Berengaria*.

Al poner el pié en el último escalón de la escalerilla, Mireya volvió rápida su mirada hacia la *María Dorotea*.

Allí estaba de pie Santiago, contemplándola, al parecer sereno.

—¡Los hombres no lloran!— repetía este tragándose las lágrimas.

La sirena sonó estrepitosa, y Mireya, como si sintiera una sacudida eléctrica, hizo ademán de bajar de nuevo.

¡¡Santiago!!! — gritó aún, extendiendo sus brazos.

El lobo de mar vió alejarse el trasatlántico, majestuoso, y una maldición le subió hasta los labios.

¡Perdón, Señor!... ¡Que se la lleva a ella!...



EL EMPRESARIO.—Lo siento mucho; poro viene usted un poco retrasado y no puedo representarle su comedia. Hace más de un mes que me la ley otro autor y la tengo ya puesta en ensayo.

La joven moderna y el joven romántico

Por Michel Herbert

Polyxena Satinbert, era una joven moderna, muy moderna, con aire de muchacho, un cuerpo sin la menor línea femenina, un vestido abierto hasta la exageración y corto hasta las rodillas, rojo en los labios y azul en los ojos. Agreguemos que fumaba cigarrillos, flirteaba, bailaba y juraba como un carretero.

Y práctica. Excesivamente práctica.

Tomás Durant-Dupont era, por el contrario, un joven de ayer, mejor dicho, de anteayer, delgado, pequeño, tímido, miope, soñador, dueño de una barba rizosa, que empezaba a poblarse; de una pipa con una cabeza de muerto, de un sombrero de fieltro de alas anchas y de una americana de terciopelo.

Y poeta. Poeta romántico, para mayor mal.

Los Satinbert y los Durant-Dupont eran muy amigos. Se visitaban desde siempre. No se recuerda ningún Satinbert que no haya vivido sin un Durant-Dupont a su lado. Y viceversa.

Polixena y Tomás se criaron juntos, no hay que decir que sus padres los destinaban a ser marido y mujer.

El joven, naturalmente, se enamoró de ella. Ella, naturalmente, rechazó al joven.

No es que ella soñara en casarse con un príncipe de cuento de hadas.

Era una joven moderna, y práctica.

Un rico industrial le hubiera convenido mejor.

Y luego, que Tomás le hizo la corte con excesiva torpeza. Se contentó con hacer a su amada versos, muchos versos, demasiados versos, de todas formas y longitudes, y hasta una tragedia en la que la joven Polyxena era protagonista.

A Polixena no le gustaban los versos.

Era una joven moderna y práctica.

Entonces, queriendo a todo trance animar aquel corazón insensible, Tomás abandonó la poesía, rompió su pipa, se afeitó y cambió su chaqueta de terciopelo por una americana con trabilla.

Y, supremo sacrificio, trató de aprender el tango y el *charleston*. Pero no lo consiguió.

A pesar de su buena voluntad y de su deseo de agradar, le quedaban muchos pequeños defectos que no podía desterrar. Por ejemplo, en lugar de llevar a la bella a los *music-halls*, a los *dancings* y a los *cabaret*, lugares tan a propósito para lucir una *toilette* atrevida, se empeñaba en llevarla a los pueblecillos inmediatos de París con el pretexto de admirar la Naturaleza y correr por la hierba cogidos de la mano.

Como es consiguiente, sus asuntos no prosperaban.

Desesperado, se decidió a hacer una última tentativa.

Un domingo por la tarde, que iba por el río remando en barca, acompañado de Polixena, creyó llegado el momento propicio. La joven dormitaba echada en la barca. Tomás le cogió la mano.

—Querida, ¿cuándo vas a querer ser mi mujer?

—Nunca. No tienes una situación económica segura. Yo quiero un marido rico que me asegure una vida agradable.

—¡Cruel! Si te niegas, soy capaz de hacer un disparate muy grande.

Ella sonrió, escéptica.

—Eso se dice, pero nunca se hace.

—¿No?...

Pálido de cólera exclamó:

—¡Tú lo has querido!

Y cogiendo a Polixena por la cintura la arrojó al río.

La muerte fué instantánea.

Tranquilamente, Tomás condujo el cuerpo a la orilla y corrió a la Alcaldía para reclamar la prima de veinticinco francos que se entrega a todo aquel que saca a un ahogado del agua.

Aquella misma noche, con los veinticinco francos, estuvo de juerga con una mujercita.

Porque el amor sincero concluye siempre por verse recompensado.

LA MALIBRAN

(María Felicitas García)

"Beauté, génie, amour, furent son nom
de femme,
Ecrit dans son regard, dans son coeur,
dans sa voix!
Sous trois formes au ciel appartenait
cette âme.
Pleurez terre, et vous, cieux, accueillez-la
trois fois!"

Estos inspirados versos son de Lamartine.

El viajero que visita Bruselas, no dejará de pasar por Laeken; y si su curiosidad de turista lo conduce al campo santo de esa localidad, leerá la estrofa que hemos transcripto, en el zócalo de la estatua de la cantatriz, colocada en el interior del mausoleo que Carlos de Beriot, su segundo marido, levantó a su memoria. Esa estatua es del tamaño natural y representa a la Malibrán en "Norma", una de sus más celebradas creaciones.

Pocas mujeres de teatro, aun en nuestra época tan agitada, tan propicia para la reclame, han suministrado tanto tema al comentario diario. La misma Sarah Bernhardt con su féretro y demás extravagancias, se ha quedado chiquita si se la pone en parangón con la Malibrán. El féretro de Sarah y el baño de María García, aunque de distinto género, son dos golpes de bombo que bastan para pesar la mentalidad de la una y otra. La primera tampoco podía vivir si la prensa y el público no se ocupaban a todas horas de sus menores gestos, consignando en tono ditirámbico el empleo de su jornada. Ella exigía una admiración incondicional y a porfía se la tributaban periodistas, guerreros y poetas. En efecto, ls militares más famosos, como el ilustre sobreviviente de la gran revolución, el general Lafayette, quien le fué tan útil en su demanda de divorcio con Malibran, se hacían un honor en rendirle pleito homenaje. Las plumas más brillantes y menos accesibles a la complacencia, como la de Sainte-Beuve, estaban a su servicio. Castil-Blaze, Ernesto Legouvé, Armando de Pontmartin, le formaban una verdadera corte.

No hay que olvidar a su más fiel amiga, Mercedes de Jaruco, una cubana hermosa e intelectual, que había casado en Madrid con el conde Merlin, edecán del rey José Bonaparte. Ella ha dejado un libro de memorias en el que pone por las nubes a su querida hermana en el arte, pues la condesa Merlin poseía también una linda y bien timbrada voz, que en más de una ocasión fué aplaudida en los salones de esa capital.

No debe creerse que la Malibran fuera la única estrella que brillase en el cielo lírico. Tenía rivales no despreciables, como ser Giulia Grisi, Isabel Colbrand, la favorita de Barbaja, el empresario del teatro San Carlos de Nápoles y la que llegó más tarde a llamarse la señora de Rossini, de quien se había enamorado, ensayando con él los dúos que el gran maestro compusiera para ella, en sus óperas de más resonancia; y, sobre todo, la pálida alemana Enriqueta Sontag, quien tenía también su corte de admiradores entusiastas, habiendo entre ellos muchos que la declaraban superior a la Malibran, especialmente por la calidad de su voz, más pura que la de ésta.

La prensa y el público se habían dividido en dos bandos, dando lugar a polémicas ardientes, que no siempre guardaban un tono mesurado, después de las representaciones en que ambas artistas habían trabajado juntas. A despecho del axioma que las comparaciones son odiosas, establecían paralelos que no se parecían a los de Plutarco. Desde luego, el contraste físico entre ambas era notable: la Sontag, esbelta, de facciones delicadas, de ojos azules, rubia como una ondina del Rhin. Por el contrario, en el rostro, en el garbo, en los ojos negros y chispeantes de la Malibran campeaba toda la fogosidad de la pasión española. Era imposible decir de tempermentos tan opuestos, que se completaban al unir sus voces. Por de pronto, la de María García era artificial, obtenida a fuerza de voluntad y de un método de enseñanza brutalmente aplicado por su padre y profesor, quien tenía que luchar sin descanso, para sacar partido de una materia prima deficiente e indigente. María García tenía la vocación del teatro, estaba en su sangre, pero la naturaleza no la había dotado generosamente. Esto bien lo comprendía su padre, pero ese órgano que la Naturaleza hiciera defectuoso, él lo haría bueno. Era un diamante que había que pulir para que brillaran sus facetas.

¡Sabe Dios lo que sufrió la pobre muchacha con ese aprendizaje a base de vociferaciones y castigos corporales! El terrible profesor la trataba como a toro en plaza: como él era un eximio tenor, tan eximio que Rossini compuso expresamente para él el papel del conde Almaviva, en su "Barbero de Sevilla", pretendía que su hija fuera una eminente soprano. Sabía que existen voces refractarias, que "no saldrán nunca"; pero se había propuesto agregar una estrella al firmamento, seguro de que con su método, María sería esa estrella. Ruda fué esa enseñanza en los principios: más de una vez, arrojó el cuaderno de música a la cara de la discípula, gritando como un energúmeno: "Miserable, acabas de dar una nota desafinada!" En seguida, se marchaba, con ademanes de loco, dejando a la joven sollozando. Hemos dicho que la materia prima era deficiente. En efecto, la voz era débil, de poco desarrollo en el registro bajo, dura en los agudos, velada en las cuerdas del medium y poco segura la entonación. Cualquier otro profesor desiste de tan ingrata labor; pero el sevillano García poseía una voluntad férrea. En ciertas ocasiones ocurrió que los transeuntes, al oir desde la calle las imprecaciones del iracundo profesor, entremezcladas con los quejidos de la discípula, se figuraban que en aquella casa se estaba cometiendo un asesinato, y más de uno quería lanzarse en auxilio de la supuesta víctima; pero los vecinos, habituados a esta escena, que se repetía frecuentemente, los detenían, diciendo: "No hagan caso, es el señor García quien toma la lección a su hija".

Con semejante escuela, un profesor podrá formar una discípula distinguida, — siempre que ella oponga una paciencia evangélica a los desplantes de aquél. El régimen del terror puede, a veces, dar resultados, en virtud del axioma "que la letra con sangre entra"; pero no es aplicable a la música que, según se afirma, suaviza las costumbres, y el caso de García es, a no dudarlo, excepcional. Asimismo, la gloriosa carrera de la Malibran podría, hasta cierto punto, justificar el sistema.

No nos hemos propuesto historiar aquí a la cantatriz sino a la mujer. Nada nuevo diríamos con repetir que la Malibran obtuvo sus más señalados triunfos en el ya citado "Barbero de Sevilla", en "La Sonámbula", en "Norma" y en el papel de Desdémona, cantando su padre la parte de "Otello".

* * *

María Felicitas García conoció durante la jira de su padre por los Estados Unidos, a un banquero francés establecido en Nueva York y de nombre Malibran. Tenía 50 años y ella 18. Se objetará que uniones tan desproporcionadas no pueden tener sus cimientos en el amor. Sin embargo, la señorita García insistió para que su familia autorizase el enlace. Es probable que su verdadero móvil fuera emanciparse de la despótica tutela paterna, haciendo del matrimonio una tabla de salvación.

Sea de ello lo que fuere, García concluyó por dar su consentimien-

---

Llueven sobre la vida

Belleza, ¿en qué árbol único detuviste el vuelo?
Eres acaso el pájaro que canta a toda hora,
o el que va como flecha a perderse en el cielo,
entre el gris de la tarde o el azul de la aurora?...

Dicen todos: pasaron los tiempos: ya se ha muerto
el melodioso viento que hizo cantar las ramas,
que hizo hincharse las velas, florecer el desierto,
y levantó la inmensa locura de las llamas...

Y al vaso que guardaba la milagrosa esencia,
que transforma los ojos del hombre en un jardín,
los ojos, que embellecen todo con su presencia,
indecorosamente le hemos hallado el fin.

Sin embargo el perfume se ha quedado en el vaso,
y la rosa marchita más que nunca es querida.
La paloma del sueño volará hacia el ocaso,
pero sus plumas blancas llueven sobre la vida...

FERNAN FELIX DE AMADOR.

ANÉCDOTA

La princesa Matilde de Grecia, de quien estaba haciendo el retrato un célebre pintor, solía ir a pie al estudio del artista.

Un día, al pasar por el puente de las Artes, oyó una voz lastimera que decía: "¡Hermosa y caritativa señora, tened compasión de este desgraciado ciego!".

Volvióse y vió a un pobre que, acurrucado y teniendo un perro entre las piernas, tendía una bandejita a los transeuntes. Echó la princesa una moneda de plata y siguió su camino.

Desde aquel día, la princesa, al pasar junto al pobre, le daba igual limosna. Pero una mañana, distraída, pasó de largo.

—¡Cómo! — le gritó el mendigo. — La princesa olvida hoy a su pobre ciego.

—¿Me conocéis, buen hombre?

—Sí, señora. ¡Cuando se os ve una vez no se os olvida nunca!

—Pero, ¿cómo podéis verme siendo ciego?

—¡Ah, señora princesa! ¡El ciego no soy yo, sino mi pobre perro!

to, seducido por los imaginarios mi-llones del [illegible], que al poco tiempo de su enlace [illegible] un vulgar bolichero, [illegible] merse los 50.000 francos [illegible] le aportó como dote.

Leyendo la correspondencia que ella sostuvo con Eugenio Malibran, forzoso es creer que lo amaba de verdad. En el [illegible] de cartas que vieron la luz pública, se leen frases como éstas: "Mi bien amado Eugenio: me siento cada día más adicta a vos y no sé cómo expresaros bien los sentimientos que me desbordan, etc."

Otro párrafo: "Buen Eugenio, cuanto más os veo, tanto más me hallo encantada de vos; oh, amadme, pensad en mí y soñad siempre con vuestra fiel amiga, etc."

En otra epístola le dice "que lo adora" y que tiene celos de una joven con la cual Malibran había bailado la víspera.

Juraba a su prometido que lo adoraba y al poco tiempo de casada, se enamoraba perdidamente del joven y hermoso violinista belga, Carlos de Beriot.

¡Y niéguese después de esto que el corazón femenino es un enigma!

Trabajo le costó obtener su divorcio con Malibran. Hubo que apelar a subterfugios de curiales y a influencias poderosas, puesto que no existía entonces en Francia la ley Naquet. Por fin, fueron allanadas todas las dificultades y anulado el casamiento verificado ante el cónsul francés en Nueva York.

Pudo así unirse legítimamente con Beriot. Hay que hacerle justicia: valoraba la consideración social y no habría dado un paso susceptible de enajenársela.

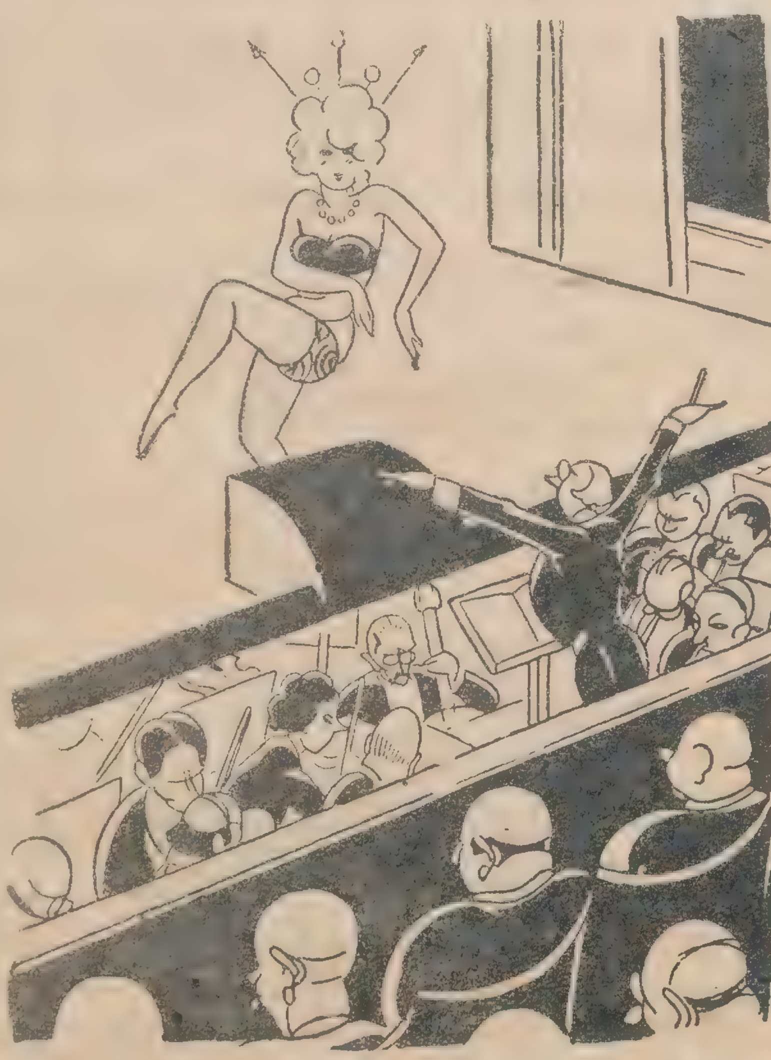
A pesar de todo, la maledicencia la hizo blanco de insinuaciones hirientes, negándose a ver en sus amores con el violinista la frescura de un idilio, como lo fué en realidad, por lo menos en sus prolegómenos.

Hemos dicho que la Malibran era digna precursora de Sarah Bernhardt. Ponía en la deificación de su persona un arte pagano. Todos los medios le eran buenos para este fin, — aún los más descabellados. —Véase su visita al hospital de niños, en Sévres. Esta anécdota la hallamos relatada en los "Souvenirs" de Armando de Pontmartin, uno de sus panegiristas más fervientes, y es digna de figurar en el libro que escribió el empresario americano Barnum, bajo el título de "Les blagues de l'Univers". Largo sería enumerar todas sus excentricidades.

"A las siete de la mañana — escribe Pontmartin — llegaba yo a Sévres. En el hospicio de niños, hallé a las buenas hermanas consternadas. El doctor Jadelot había recetado con urgencia un baño para un niño atacado de convulsiones espantosas. La criatura se resistía a entrar en la bañadera y no querían las hermanas usar de la fuerza, temerosas de que recrudeciera la crisis. En ese momento ví entrar a una joven dama y me quedé estupefacto al reconocer a la señora María Malibran. Puesta al corriente de la situación, se acercó al niño, diciéndole con su voz más cariñosa: "¿Si yo cantase algo, se dejaría usted bañar?"

El niño continuaba convulsionado y no contestó. Entonces la señora Malibran, no dándose por vencida, se puso a cantar el bolero madrileno "Yo que soy contrabandista". Imagináos el efecto de esa voz cálida y poderosa, retumbando entre las frías paredes de una sala de hospital. Las buenas hermanas permanecían en éxtasis y levantaban al cielo sus ojos humedecidos, creyendo tal vez hallarse en presencia de uno de esos ángeles "que Dios escucha" — según la expresión de Lamartine — pero el enfermito quedó insensible. Era demasiado criatura para comprender o demasiado enfermo para apreciar. ¡Dios mío, exclamó una hermana sollozando, se va a morir!"

Entonces la señora Malibran tuvo una inspiración. En sus labios se dibujó una sonrisa angelical, y tomándole la mano al niño, le preguntó: "¿Si yo entrara contigo en el baño, te dejarías bañar?"



LA ARTISTA.—¡Dios mío!... ¡Ya no recuerdo a cuál de estos calvos he citado!...

El chico hizo señal de consentir, y en seguida, internos, practicantes y enfermeros se apartaron con respetuosa admiración. Puedo aseguraros que ningún pensamiento sensual cruzó por la mente de los espectadores. Las religiosas rodearon a la cantatriz, que se desnudó y entró en la bañadera, junto con el niño, el cual ya no opuso resistencia. Cinco minutos después se quedaba dormido en el hombro de Desdémona".

Hasta ahí el señor de Pontmartin. Ahora, nos permitiremos agregar algunos comentarios: en primer lugar la sala de un hospital no es sitio adecuado para perturbar el silencio que en él debe reinar, con trinos y vocalizaciones, y luego, no necesitaban las candorosas religiosas de la señora Malibran para aplicar un procedimiento que conocen todas las madres. Cualesquiera de aquellas pudo hacer uso del mismo, sin dar a la escena un carácter charlatanesco. Pero era preciso que la prensa citara una vez más los dichos y hechos de la gran artista, no faltando en el concierto de alabanzas la nota irrespetuosa de una descreída "feuille de choux", la que escribió "que Madame Malibran había aprovechado esa oportunidad de tomar un baño gratis".

Otra vez, en Italia, formando parte de una bulliciosa cabalgata que recorría los alrededores de Castellamare, la Malibran, que gineteaba en un burro, vió con terror que una banda de esbirros, trabuco en mano, se precipitaba sobre los excursionistas, quienes ignorando la consigna, violaban la propiedad de "Villa Cassiana", internándose en el bosque de la misma. Los esbirros estaban al servicio del príncipe de Padua, dueño de la villa. Su feroz policía pretendía llevar presos a todos los infractores.

Pero aquí la voz de María García ejerció su irresistible poder de sugestión. Sin apearse del burro, entonó una "canzonetta" napolitana" y... ¡los esbirros del magnate cayeron de rodillas a sus pies...!

El caso no era nuevo. También el famoso cantor de iglesia, Alejandro Stradella, pudo desarmar con su voz a los foragidos pagados para asesinarlo.

La Malibran tenía su séquito de cortesanos ambulantes que la acompañaban en sus jiras, no siendo sus menos eficaces colaboradores para la propaganda que ella elevara a la altura de una institución patentada.

No era indulgente para con sus rivales, cuya labor artística criticaba duramente en cartas que querían ser espirituales y que tan sólo probaban una cosa: que se puede ser una eximia cantante y conjuntamente una mala escritora.

AZULES

Todo está en claros azulejos,
con ese inmenso azul de mar.
Cantaba un pájaro a lo lejos.
Ya su voz no se escucha más.
Silencio azul viene del monte.
Es toda azul la soledad.
Llega del último horizonte
un barco azul sin capitán.
El mar azul. En mis retinas
toda la azul inmensidad,
con sus locas alas marinas
y su brisa fresca de sal.
El mar azul. Y al mar le digo
este gris dolor de pensar
dónde irá la ruta que sigo.
Y azul y azul es siempre el mar!

CARLOS PRENDEZ SALDIAS.

Santiago, Chile.

Al entrar en Avezza, rompióse la vara de su "corricolo", y mientras efectuaban la compostura, se puso a recorrer los alrededores, seguida de alegres compañeros, yendo finalmente a parar... al hospicio de dementes!... Por lo visto, tenía marcada predilección por los establecimientos hospitalarios.

Allí se topó con un pensionista bastante original, cuya locura consistía en amar frenéticamente a la reina de Nápoles; un loco, en fin, atacado de la manía de las grandezas, la peor de todas y, por cierto, la más incurable. Puesta en presencia del desgraciado, María no trepidó en poner en juego el poder de su voz, segura de que con este sistema curativo el demente recobraría la razón. Efectivamente, no bien oyó éste la romanza de "Otello", cayó a los pies de la cantatriz con los ojos bañados en lágrimas, como cayeran antes que él los vigilantes napolitanos, exclamando: "Señora, me habéis curado de mi demencia; de hoy en adelante, mi vida os pertenece".

El teatral episodio se halla consignado con lujo de detalles, en carta dirigida al señor Perignon, que la trataba con paternal cariño y la sirvió también para su proceso de divorcio.

Psando vista a esa correspondencia, se observa que la exageración es la nota dominante, con un estilo chabacano, a veces infantil, y grandilocuente hasta para referir las cosas más triviales. Escribía como hablaba, mejor dicho, como peroraba, atribuyendo a la admiración lo que muchas veces no era más que una expresión de la galantería francesa.

Los periódicos italianos satíricos se apoderaron del asunto del demente, no faltando tampoco los de caricaturas que aparecían en Nápoles, y no obstante una hojita de mala muerte, que irónicamente escribió: "Se non é ver é ben trovato", los diarios serios confirmaron el hecho, informando que el príncipe*** (el demente), había regresado al seno de su familia y de sus amigos. Otro periodiquín satírico declaró que la Malibran había realizado una hazaña más grande que la de Orfeo, por cuanto es más difícil curar a un loco que hacer bailar las piedras al son de la flauta.

De Nápoles la Malibran se dirigió a Venecia, contratada para la temporada oficial. En carta a su amiga Mercedes de Jaruco, hallamos este párrafo: "Los venecianos me han tomado de mascota y me siguen "como perritos" (sic) a fin de que yo les indique los números ganadores en la lotería".

¡Cómo sería el prestigio de María en la ciudad de los "doges" cuando le permitieron pintar su góndola gris, cosa nunca vista, puesto que de tiempos inmemoriales, la característica de las góndolas es el negro. "He dado un golpe de Estado, sigue diciendo; he revolucionado el canal y las canoas!".

Escriturada para cantar "La Sonámbula" en Aix-la-Chapelle, el rey de Prusia, en cuanto fué avisado de su llegada, "mandó formar la guarnición y presentar armas, honor que sólo se rendía a testas coronadas o príncipes".

El hecho es inverosímil a todas luces: ni en Prusia ni en ningún otro país organizado, el protocolo habría consentido semejante olvido de sus reglas. Pero como dicen los franceses:

"Après celá, il faut tirer l'échelle!".

La muerte de Bellini, acaecida en París, la impresionó tanto, que pronosticó su propio fin para en breve. Se recordará que la obra maestra de ese compositor arrebatado tan joven al arte, "La Sonámbula" había constituído siempre y en todos los escenarios, uno de sus mayores triunfos.

Casada, por fin, con Beriot, conservó asimismo el nombre de Malibran, con el cual era célebre y con el que también había de pasar a la posteridad.

Ambos artistas organizaron una jira por Inglaterra, que debía ser la última, pues la muerte acechaba allí a la Malibran. En Manchester, sufrió una caída del caballo. Se dijo que su prematuro fin fué originado por ese accidente. La verdad es que María Felicitas García era minada por la tisis. (No se usaba entonces la palabra "tuberculosis", tan en boga en nuestros días). Era preciso no tener ojos para no notar en su semblante demacrado, los rastros de un "surmenage" precoz, que imprimió un sello fatal en su organismo debilitado y la llevó al sepulcro.

La municipalidad de Mánchester tomó a su cargo las exequias, en ausencia del marido que había hecho abandono del cadáver, trasladándose a Londres.

Se dijo, para atenuar tan insólita conducta, que el violinista había perdido la cabeza, bajo el peso del dolor.

El mausoleo del cementerio de Laeken indicaría que, por lo menos, el viudo intentó rehabilitarse en el concepto de sus contemporáneos.

Francia la lloró, y uno de sus vates más laureados, Alfredo de Musset, hizo vibrar su lira armoniosa, dejándonos esas "stances" que no son el florón menos preciado de su corona poética.

Max. Eug. AUZON.

El pavo real y Juno

En tristes quejas prorrumpió el pavo real ante la diosa Juno, por no haberle concedido el canto del ruiseñor.

—El, señora, — dijo enjugándose una lágrima — en canta a cuantos le oyen, y yo les hago reir o los asusto.

La diosa, por consolarlo, replicó:

—Pero tú le aventajas en belleza y en tamaño; en tu cuello resplandece la esmeralda, y en tu pintada cola todas las piedras de un joyel.

—¿Y de qué me sirve tanta belleza muda?

—Tales han sido — contestó la diosa en tono algo severo — los designios de la Naturaleza. Cúpote en suerte la hermosura, al águila la fuerza, al ruiseñor el canto melodioso, la velocidad a la golondrina y el amor conyugal a la paloma. Ninguno de éstos es tan bello como tú, y, sin embargo, todos están contentos con su suerte.

El pavo real aspiraba a la perfección de los dioses. ¡Cosas del pavo!

ATAVISMOS

Para FRAY MOCHO.

—¡Yo no sé a quién salís tan animal, — dijo el padre sentándose, después de haber dado formidable bofetada al muchacho. En seguida bebió uno, dos y más vasos de vino.

Cuando la botella quedaba vacía, la nariz del alcoholista se ponía como un tomate; la vista indecisa vagaba por cualquier rincón del cuarto, sin transmitir al corazón ninguna sensación de pesadumbre; el bigote caía sobre los labios entreabiertos que dejaban chorrear una baba morada; las arrugas donde había tenido cejas se marcaban en un gesto menos trágico que cómico; el casco, amarillento como una calavera, sin ideas y sin pelos, era una plana sin caracteres donde el lienista leía el argumento de una tragedia y la historia de una existencia envenenada de lujuria y alcohol... Después de bostezar, se dormía. Su sueño era breve, incómodo, nervioso. Casi siempre se despertaba sobresaltado; imposibilitado para levantarse, arrojaba la botella sobre la espalda del muchacho que huía.

—¡Yo no sé a quién salís tan canalla, — gritaba cuando descubría que le había bebido el resto del vaso.

Una hora de reposo, le secaba la garganta, y el ansia más horrible le hacía desear su bebida favorita. Inútilmente intentaba moverse. Domaba su rencor y se doblegaba al imperio del vicio, llamando así a su hijo:

—Pedrito, vení, pues; traime vino, vos que sos tan güeno.

El muchacho, terco, huraño, se comenzaba a acercar poco a poco. Tardaba mucho en aproximarse. Cuando le parecía, tomaba la botella y salía corriendo.

Mientras el padre descargaba su encono a solas, Pedrito se revolcaba largo rato en la calle, con otros pilletes. A veces buscaba asustado la moneda que arrojaba en la arena para adivinar cara o cruz; a veces se trompeaba con los camaradas que le besuqueaban la botella. Sólo cuando estaba harto de juegos y de insultos, tomaba la vereda, golpeando en las ventanas, cascoteando a los perros y arrancando la corteza de los árboles. En ocasiones, hacía el trayecto en muy pocos minutos, colgándose detrás del coche que cruzaba.

Cuando su padre menos pensaba y ya no tenía qué maldecir, Pedrito entraba haciendo sonar su patita descalza en los ladrillos húmedos y malolientes del cuarto.

El hombre miraba la botella con menos de la mitad de vino y ocultando su encono intentaba incorporarse. El muchacho, ágil como un cabrito salvaje, le ponía el envase a los pies dando un salto, y de otro salto salvaba el umbral.

—¡Yo no sé a quién salís, tan ladrón! — clamaba el borracho; se empinaba el contenido, arrojaba la botella, y deseoso de saciar su ira, hacía un esfuerzo y rodaba por tierra al dar el primer paso.

JUAN MANUEL COTTA.

Servicio doméstico

El doctor Pésame le dice a su portero, un santiagueño viejo:

—Mira, Cupertino; ahora va a venir una señora Escalada; enseguida que llegue, tú la haces pasar al consultorio.

—Está bien, señor.

Llama dicha señora, y el portero, en vez de hacerla pasar como tenía orden, se pone a examinarla atentamente y dejándola plantada en el vestíbulo, corre a donde está su amo y le dice:

—Doctorcito, ai está una doña en la puerta; pero yo no le veo la *caladura*. ¿La hago pasar, o la *voto pa juera*?

Bellezas de Italia

PADUA

Padua, ciudad ilustre por su alta antigüedad y su gloriosa historia, es universalmente célebre por su Universidad y su Santo. Los recuerdos de su gran pasado; la luz que le vino, por los estudios de Grecia y de Roma, dieron mayor brillo a la noble leyenda, enlazando esta ciudad — como Roma — a los poemas homéricos.

Las pocas señales que aún quedan de su majestuosa romanidad, las ruinas del anfiteatro y algunos sepulcros, atestiguan la grandeza, la nobleza de su lejano pasado.

Era Padua, después de Roma, la más rica ciudad de Italia; tenía bajo Augusto, espléndidos teatros y célebres termas.

Años de decadencia siguieron a los esplendores cesáreos: también Padua probó los estragos de Alarico y las destrucciones de Atila. Los habitantes, huyendo en busca de un seguro refugio, cooperaron en la Laguna a la fundación de Venecia.

Otras incursiones siguieron: los húngaros, en 889, la desolaron, saqueándola y destruyéndola; a pesar de todo, resurgió, y en el siglo XI se regía con magistrados propios, y en 1164 — la primera en Italia — sacudía el yugo de Barbarroja, incitando la ciudad al rescate.

Fué en 1175 que se proclamó — entre las luchas de facciones y la continua guerra contra los feudatarios anidados en sus castillos — república libre.

Pero en medio a las agitaciones del Medioevo que, como en todas las edades primitivas es la edad de los contrastes, se eleva en el seno de la ciudad misma una figura de nobleza y de bondad. San Antonio, el santo del pueblo, el defensor de los oprimidos, el más implacable enemigo de los ricos, el vengador del Dios de los humildes y desgraciados. San Antonio — escribe un cronista de la época — predicaba con tanta eficacia, que el Papa llamábalo "Arca del Testamento". Hasta su muerte no cesó de predicar la pura doctrina, la de la fraternidad y el renunciamiento. La basílica de San Antonio, llamada del "Santo", fué comenzada poco tiempo después de su muerte.

En la construcción de esta iglesia se ve la influencia ejercida por la basílica de San Marcos, de Venecia, y la de Santa Sofía, de Constantinopla. Hay en ella una mezcla de bizantismo y de gótico que produce raros efectos. Las seis cúpulas, hemisféricas, de carácter bizantino; la cúpula central, cónica; las torrecillas, los dos campanarios, a minarete, le dan exteriormente un aspecto fantástico que se domina en el panorama de la ciudad.

Franqueando sus pórticos, es una iglesia gótica la que se divisa, franqueando sus pórticos desnudos, es una acumulación de riquezas extraordinarias que os deslumbran.

Está embellecida por el arte de seis siglos.

El Renacimiento, en casi todos los altares, sepulcros y candelabros, ha dejado estampada su sobriedad y elegancia: grandes artistas del Véneto, de la Toscana, de Emilia y de Lombardía la cubrieron de obras maestras.



La basílica de San Antonio, llamada comunmente del "santo".

La capilla del arca del Santo, construída en 1500, está rodeada de un lujo y una riqueza, de ese siglo y del sucesivo, de una fantasía tan férvida y tan decorativa, que parece excesiva. El altar de esta capilla guarda la tumba de San Antonio, en mármol verde antiguo, que encierra en una caja de plata los sagrados restos y a los lados — como dos centinelas — dos magníficos candelabros de plata de estilo barroco.

Pero la obra incomparable de esta iglesia es la debida al cincel del gran Donatello, que glorifica y lleva a la apoteósis de la belleza el rico altar mayor de mármol y mosaicos dorados.

¡Con qué lírica ternura, con qué jugosa gracia ha creado este artista series de bajorrelieves en bronce, representando doce ángeles niños, con atributos musicales, que parecen escapados del cielo, y que constituyen — según la feliz frase de un escritor — un verdadero poema en doce cantos en honor de la infancia, e historias de los milagros de San Antonio, a saber:

El corazón del avaro, La mula arrodillada, El pie pegado, El niño que habla. Sobre el altar, en el centro, domina el estupendo crucifijo, que tiene a sus plantas un grupo de estatuas de santos modelados en bronce. En la plaza del santo, junto a la basílica, surge el celebérrimo monumento ecuestre a Erasmo de Narni, llamado Gattamelata, valeroso condottiero de la república veneciana, muerto en Padua en 1443.

Donatello hizo con singular maestría la efigie del capitán sobre su robusto corcel de batalla; el gesto del condottiero, profundamente expresivo, es imperioso, pero medido; el ojo severo y dominador retrata la voluntad de acero de un carácter astuto y ágil. Armoniza con el movimiento vigoroso pero equilibrado, del guerrero el andar cadencioso y firme del animal; caballo y caballero forman un todo inseparable que perfila en el radiante azul del cielo sus líneas elegantes e imponentes.

Es éste el primer grupo ecuestre fundido en Italia en el Renacimiento (después del de Nicolás III de Este en Ferrara, 1451), y, sin duda alguna, el más notable que se conoce.

A un lado de la enorme y maravillosa plaza circular Víctor Manuel, cruzada por cuatro hermosos puentes y sembrada de estatuas de sus preclaros hijos de todas las épocas, plaza de la que D'Annunzio dijo que es "un lembo del giardino d'Armida", se eleva la iglesia de Santa Justina, de fachada inconclusa. Las ocho cúpulas que la coronan le dan (como a la de San Antonio), un aspecto oriental. Es la novena, por su amplitud, entre las iglesias de la cristiandad y una de las más imponentes y armoniosas de Italia. Fué construída en 1466. En su interior se admiran, entre otras cosas, un majestuoso presbiterio con un coro (1556), admirable por las tallas, debidas a una serie de artistas, y El Martirio de Santa Justina, preciada joya del pincel cálido y suntuoso de Pablo Veronés.

Próxima al anfiteatro — hoy jardín público — está la capilla de la Annunziata, o de Gtimo, cteoolfdc da en 1303 y consagrada en 1305, donde se admiran los celebérrimos frescos de Giotto y sus discípulos.

¡Pintores, descubríos! Estáis ante el pintor que deberíais venerar como la fuente de vuestra propia vida. Cuando este gran artista primitivo empezó a diseñar en las rocas el perfil de las cabras que cuidaba, el arte de pintor estaba en manos de Cimabue.

SERENIDAD

No vaciles. Espera. Dios es bueno.
Si tu fe no es esclava de la muerte,
ya verás como en lirio se convierte
cada gota que fuera de veneno.

El árbol, en otoño, se deshoja,
y se viste de verde en primavera...
Y el sol, que es el guardián de la Quimera,
del alma quita el hielo que la moja.

El llanto es menester como la risa.
La flor del existir, también precisa
un poquito de sombra, o que pensar...

Elévate en tu fe, que Dios es bueno.
Si hoy te toca llorar, llora sereno,
¡que el llanto es otra forma de cantar!

ARTURO MARTINI.

¿A qué se reducía el pintar por aquel entonces? Pintar era colocar sobre fondo dorado figuras sin relieve, sin movimiento — a manera de ídolos, — en una disposición siempre igual, parecida a la de las divinidades bizantinas, aunque sin el resplandor de éstas.

Pienso en Asís, donde Giotto ha continuado junto a Cimabue la empresa de éste. ¡Qué bien se comprende allí la importancia de la revolución giottesca! Lo que antes era monotonía, ahora es diversidad; lo que era languidez, ahora es movimiento; lo que era frío, ahora es expresivo; lo que era muerto, ahora surge lleno de vida. Giotto creyó con inmensa razón que no era necesario galvanizar los santos para exaltarlos. Le parecía más edificante pintarlos en la forma que habían vivido, y gracias a su cuerdísima opinión y al milagro de su pincel renovado, los personajes pintados cobraron vida, pusiéronse a caminar, a dormir, a llorar y a sonreír.

Muy exigentes, por no decir insensatos, son los que se permiten hacer muecas despectivas ante algunas imperfecciones de la obra de este genio: si razonaran, deberían contemplar esas obras con muda admiración.

¿Qué guías tuvo Giotto para crear esa obra — en ese entonces inefable, — si no tenía maestros que pudieran enseñarle, si tenía que inventarla, dibujarla, pintarla, crearla él solo, con la ayuda de su genio? ¿Cuándo desfallece el pincel de este pintor sino cuando, por un esfuerzo supremo, quiere llegar a los extremos límites de la verdad? ¿Y esto es desfallecer, y esto es caer? ¡Glorioso desfallecimiento, santa caída! Esto es ser un genio digno de la más alta veneración!

¡Cuánto le deben a este pintor los que le siguieron!

Mantegna, autor de los bellos frescos de la iglesia de los Eremitas, no hubiera existido sin Giotto, su divino maestro. Claro está que es más perfecto y que sabe más que su maestro, pero sabe también que Giotto abrió la gran ventana sobre el mundo del arte, por la que miró antes que nadie. Si los cuerpos de este artista deben su vida a Giotto, los drapeados y las decoraciones, tan firmes, tan amplios, tan noblemente ondulados, parecen sugeridos por las estatuas y los bajorrelieves antiguos.

La Universidad, fundada en 1222, fué la que formó el espíritu de la Italia septentrional. Es de aquí que han salido muchas ideas nobles y fecundas de que el mundo se enorgullece. Dante sabía que en ella encontraría almas libres y espíritus fuertes que comprenderían su alto lenguaje. Petrarca hizo de Padua la morada de su vejez: allí quería morir. Los Bellini estudiaron. Donatello fué llamado. ¡Qué de recuerdos ilustres vienen a la mente contemplándola! Sus blasones atestiguan la grandiosidad de la enseñanza paduana. Sobre sus augustos muros todos los grandes nombres de Italia están inscriptos. Padua se precia de poseer espléndidos palacios antiguos. Entre éstos, el mayor y más célebre es el Palazzo della Ragione, vulgarmente llamado Salón, erigido en 1164 para administrar justicia. En 1306, Giovanni degli Eremitani, con audaz y uno sentido arquitectónico, construyó las logias externas y el techo a modo de carena que pareció, y era en realidad, una de las maravillas de la Edad Media.



Panorama de la ciudad de Padua

Famosa es la sala interna del palacio, que ocupa toda la planta superior, formando un inmenso rectángulo de 80 metros de largo por 27 de ancho y 27 de altura. Sus paredes están decoradas por 319 frescos, que desarrollan temas astronómicos, astrológicos y religiosos. A un lado se yergue el gigantesco caballo de madera hecho construir en 1466, reproducción considerablemente aumentada de uno de Donatello.

Un monumento típico — universalmente conocido — es el Café Pedrocchi — hoy propiedad municipal — (construcción neoclásica italiana, debida al arquitecto Japelli, en 1819), creado por la tenaz y ardiente voluntad de un modesto comerciante. Este café une a las severas y elegantes líneas arquitectónicas, las comodidades necesarias a las costumbres y exigencias de nuestros tiempos...

MAYORINO FERRARIA.

MAL GENIO

por Rodolfo Bringer

Si le gustan a usted el ruido, la animación y la alegría, le aconsejo que cuando pase por Gonfle-Boufigne no entre en el café de Bourthoumien.

Se trata de un establecimiento tranquilo, cuya clientela se compone de funcionarios jubilados, comerciantes retirados de los negocios y antiguos gendarmes, que matan el tiempo jugando a las cartas o al dominó, o dormitando con una revista ilustrada entre las manos. En invierno, la vieja clientela se agrupa para calentarse los pies alrededor de una estufa vetusta.

La otra tarde ardía en la estufa un buen fuego, junto al cual, y vuelto de espaldas, recalentaba sus viejos reumatismos el señor Roumegne, que ha pasado treinta años detrás de una ventanilla de Correos antes de retirarse a su país natal, cuando entró Cagoufiot, el vecino más bromista de Gonfle-Boufigne.

—¿Qué se cuenta se.or Roumegne? — dijo, acercándose al fuego para reanimar sus miembros entumecidos por el frío. — ¡Vaya un tiempecito para darse una vuelta en mangas de camisa! Y usted, ¿cómo está?

—Estoy... estoy... como los asuntos del pueblo — gruñó el señor Roumegne, que pasa por el peor genio de la localidad. No siento los pies de frío. Tengo un catarro que no me deja respirar. Mi ciática se ha despertado, y temo que mi lumbago me juegue una de las suyas. Y usted, querido Cagofiot, ¿qué cuenta de nuevo?

—Algo, diría bastante nuevo — respondió Cagoufiot; — pero, conociéndole como le conozco, temo que se enfade usted.

—¿Y por qué voy a enfadarme? — exclamó el señor Roumegne.

—Porque siempre está usted malhumorado — dijo Cagoufiot — y se pasa la vida gruñendo por todo a cada momento. Si hace calor, pide usted frío, y si no llueve, desearía que lloviese a cántaros. En fin, tiene usted un genio imposible, dicho sea con todos los respetos que usted me merece. Por eso prefiero callarme, antes de verle a usted echando venablos por esa boca.

—Y usted será siempre el mismo tipo que se las echa de gracioso sin tener maldita la gracia. Vamos a ver, ¿qué tenía usted que decirme?

—Pues... quería decirle... Pero, no..., no me atrevo. Repito que se va usted a enfadar.

—Le digo que no me enfado.

—¿De verdad?

—¡Cuando yo se lo aseguro!

—¿No perderá usted su tranquilidad?

—Pero ¿es que yo no puedo oír nada sin alterarme?

—¿Lo jura usted?

—¡Mil bombas! ¡Hable usted de una vez!

—Pues bien; cuando entré en el café olí a chamusquina y... en efecto... Mírese la americana. Se ha acercado usted demasiado al fuego y tiene ya quemada media chaqueta.

—¡Imbécil! — rugió el señor Roumegne al comprobar el daño.— ¡Idiota! ¡Cien veces idiota! ¿No podía habérmelo dicho antes?

Y Cagoufiot, tranquilo y tomando todo el café por testigo, respondió:

—¿No le decía yo a usted que se iba a enfadar?

Maravillas de la naturaleza

Mediante un microscopio de gran potencia inventado recientemente por un famoso sabio de la India, la vida de los vegetales puede ahora estudiarse con la mayor minuciosidad. Para ello, el botánico elige una planta cualquiera y la aplica una preparación química especial que tiene la virtud de paralizar sus funciones orgánicas, dejándola completamente inerte; pasado algún tiempo, vuelve a someterla a la influencia de un poderoso reactivo que la devuelve a la vida y le transmite una energía vivificadora tal que su desarrollo vegetativo adquiere una actividad verdaderamente inusitada, muy superior a la normal. Entonces es cuando el microscopio del doctor Bose — que así se llama el referido hombre de ciencia, — con su correspondiente instrumento de precisión, permite un minucioso y detenido análisis de los caracteres fisiológicos y morfológicos del vegetal.

Tras largos años de paciente investigación, este sabio ha llegado a convencerse de que existe un estrecho parentesco entre la estructura orgánica de los animales y la de las plantas, y que éstas, generalmente, son más susceptibles que aquéllos a las influencias del medio. Antes que dos seres de naturaleza completamente antagónica, como antes se creía, el organismo animal y el organismo vegetal no sólo son fundamentalmente análogos, sino que también existe entre ambos una cierta correlación orgánica, mediante la cual la estructura del uno puede ir transformándose paulatinamente bajo la influencia del otro.

En la vida de los vegetales estas transformaciones pueden verificarse de dos distintas maneras: mediante la aparición de nuevos órganos para defenderlos contra la voracidad de los animales y proteger la simiente contra los agentes destructores, de suerte que la perpetuación de la especie no sufra menoscabo, o modificaciones en su estructura original, a fin de atraer a los animales, los insectos y otros parásitos y poder así beneficiarse indirectamente.

MEDIOS DE DEFENSA

Para protegerse contra los ataques de los animales voraces o los insectos, algunas plantas están provistas de espinas, púa, aguijones y otras armas análogas; poseen propiedades sumamente acres o tóxicas, se recubren de sustancias malolientes o recurren a otros ingeniosos ardides que las permiten ocultar o disimular su presencia cuando el peligro las amaga.

Entre las primeras se encuentra el espino *Crateagus oxicantha ferox*, cuyas ramas están protegidas por una espina sumamente dura y acerada en la extremidad superior, un haz de aguijones en la base y una serie de púas en los costados, todo lo cual sirve para resguardarlas continuamente contra los muchos seres de la especie animal que, de lo contrario, podrían atacarlas.

La razón principal por la cual las flores necesitan ser visitadas por los insectos es fácil de comprender. En la mayoría de las plantas, la polinización se verifica en forma indirecta, esto es, las flores estaminíferas nacen sobre una planta y las flores pistiladas nacen sobre otra. Las abejas y otros insectos, al posarse sobre una flor en busca de néctar, se embadurnan con el polvillo (polen) existente en las anteras de las flores estaminíferas (flores macho), y un poco más tarde, al volver a posarse sobre otras flores pistiladas (flores hembra), dicho polvillo cae sobre los estigmas de éstas, fecundándolas. Un buen ejemplo de cómo este fenómeno se verifica lo constituye el sauce. Veces hay en que los sauces macho se encuentran situados a una distancia tal de los sauces hembra que, para que la polinización se realice, se hace absolutamente imprescindible la intervención de los insectos u otros agentes extraños, so pena de que el árbol deje de reproducirse.

No ha podido llegar a saberse todavía por qué es que aun las mismas flores hermafroditas (flores que producen estambres y pistilos) necesitan también algunas veces del néctar para inducir a los insectos a que se les acerquen. Es un hecho comprobado, sin embargo, que, sin la intervención de éstos, en muchas de aquéllas la fruta no madura. Acontece que en ciertas clases de flores, aun cuando los estambres y los pistilos estén uno al lado del otro, el estigma es más alto que la antera, debido a lo cual el polen de aquélla no puede caer sobre éste sin la ayuda de un agente extraño. En otras flores los estambres y los estigmas no maduran a un mismo tiempo, siendo así que no puede verificarse la polinización en forma directa. El hecho de que varias de estas flores hermafroditas no puedan ser fecundadas sin la ayuda de agentes extraños obedece quizá a que, para conservarse fértiles y vigorosos, en los vegetales la hibridación es tan necesaria como lo es el cruzamiento entre los animales. El polen que una flor produce no siempre sirve para fertilizar a otra.

En una cierta plantación de arándanos pudo comprobarse que una parcela a la cual habían tenido acceso las abejas, produjo doce veces más fruto que otra parcela de iguales dimensiones que había permanecido cubierta con alambre tejido, a fin de que estos insectos no pudieran penetrar en ella.

Entre todos los insectos que contribuyen a que la polinización se verifique, la abeja es, sin duda alguna, el más valioso para los horticultores.

Siendo que, ordinariamente, resulta más conveniente que el polen lo distribuyan los insectos voladores que los insectos rastreros (puesto que estos últimos perderían una parte de él al arrastrarse desde unas plantas hasta las otras), algunos vegetales se valen de ciertos medios especiales para evitar que los segundos les roben el néctar, mientras que a los primeros les ofrecen ciertos alicientes para que lo hagan. Para ello suelen tener los pedúnculos provistos de punzantes espinas con las puntas hacia abajo, a fin de que las hormigas no puedan llegar hasta el cáliz de la flor. Otros tienen una especie de cuello en el pecíolo de las hojas o segregan una sustancia cerosa que hace los órganos expuestos a los ataques sumamente resbaladizos. Esto es lo que sucede con el ricino. Flores hay que se revisten de una estructura especial a fin de impedir que las hormigas penetren en el interior, según puede observarse en la flor de la leche (*Galanthus nivalis*), el pan porcino y el *Fritillaria imperialis*.

Las alverjanas sobornan los insectos rastreros poniendo a su disposición (justamente debajo de la flor), unas diminutas glándulas llenas de azúcar, para que así no tengan necesidad de libarles el néctar. Además de estos, tienen protegido el acceso a la flor por punzantes pelillos.

Los vegetales de cierta clase, por otra parte, cultivan la amistad de las hormigas, siempre que puedan utilizarlas como un medio de defensa. En la zona tropical pueden verse muchos de éstos en los cuales existen albergues especiales para el alojamiento y alimentación de colonias enteras de hormigas que los defienden contra los ataques de los insectos, y muy especialmente de las hormigas filofajes, las cuales muy pronto destruirían la planta cortándole las hojas. A los árboles de esta especie a menudo se les desarrollan nuevos órganos cuya única finalidad consiste en subvenir a la manutención de los millares de insectos que los protegen.

Las plantas de la familia de las cactáceas se defienden en idéntica forma que la anterior. Algunas de ellas, como la *apuntia vulgaris*, tienen las espinas cubiertas por una especie de pelos diminutos que se incrustan en la piel de los animales que se le arriman.

Curioso es observar las artimañas de que algunos vegetales se valen para conseguir la perpetración de la especie. Como el árbol del cocotero casi siempre vegeta a la orilla del mar y a menudo cae al agua, la semilla de este árbol está resguardada por una cáscara dura e impermeable que evita que el agua salada penetre en el interior. Al mismo tiempo, este fruto puede nadar sobre el agua, y las orillas del mar se ven cubiertas de cocos que después de flotar sobre las olas han sido arrojados a tierra.

Otras semillas poseen la facultad de adherirse a los pies de los animales, a fin de diseminarse. El fruto de los atrapamoscas (*Dionea muscipula*) está cubierto de pequeños garfios que sirven para aprisionar los insectos cogiéndolos de

VEINTE AÑOS

Yo nací hace veinte años.
Redonda la carita, casi azules los ojos...
Mi padre era un buen hombre sin dinero ni gloria,
Que pintaba y sufría. Ya tenía un hermano...

Mi casa era pequeña.
En un pueblo sereno, con leyendas sagradas,
Era tranquila y mansa la familia. Los años
Eran hojas de un libro que se pasan sin leerlas.

Yo y mi hermano jugábamos...
El, díscolo y travieso, yo apocada y anémica.
El amaba los saltos, los soldados, los golpes...
Yo amaba las muñecas y los cuentos fantásticos.

Yo nací hace veinte años.
Ya no existen mi padre ni mi hermano. He vivido
Muy a prisa mi historia...
En mi espíritu hay penas, y en mi sangre cansancio.

ANNA VALENTINA OLIVERA

El milano y las palomas

Un milano astuto, cuyas garras evitaban las palomas huyendo a todo vuelo, discurrió cierta estratagema, inducido por el hambre, para engullirse con comodidad las presas que se le escapaban. Envióles, al efecto, una proclama llena de palabras retumbantes, ofreciéndolas ser su rey, y asegurarles, con su fuerza y prestigio, una vida tranquila.

Creyéronle las cuitadas, votáronle por aclamación, y le dieron el trono. El milano, entonces, afectando modestia, dudó si debía aceptar tan espinoso cargo; distribuyó entre sus amigos empleos y dignidades, se congració el ejército, y cuando esto hubo hecho, empleó su reinado en comerse una a una todas sus súbditas.

las patas. Las cápsulas de la *Martynia*, una planta sudamericana, están armadas de poderosos garfios de 12 a 15 centímetros de largo que, adhiriéndose fuertemente al cuerpo del animal que pasa al lado de ellas, se le introducen profundamente en la carne.

Las *Horpagophytum procumbens*, del Africa del Sur, tienen el fruto cubierto de apéndices pilosos, resultando que, al ser pisadas por los animales, estos apéndices se incrustan en la región más tierna del pie, entre las partes huesosas, permaneciendo allí durante semanas sin que el animal pueda librarse de ellas.

Los vegetales, cuando las necesidades del medio se lo exigen, también tienen el poder de la imitación. Las orquídeas, por ejemplo, toman la forma de abejas, moscas, ranas, lagartos, culebras, etc. La *panicularia canadiensis*, haciéndose sonar las semillas secas, remeda el sonido de la culebra, con lo que evita que los animales la coman, La hoja del ricino tiene la forma y el color de la cochinilla, por lo cual pasa inadvertida por las aves granívoras. Las semillas del acre, olmo, fresno y sicomoro, tienen cierto parecido con las alas de algunas polillas. Algunas especies cactáceas poseen la condición de imitar el aspecto de los guijarros y granos de arena que les rodean.

La acacia de la América del Sur aloja estas hormigas en las concavidades que para el efecto tiene en ls espinas, alimentándolas además con la miel de las glándulas situadas en la base de cada una de sus hojuelas.

Todas estas hormigas son carnívoras. La *Fornica pratensis*, por ejemplo, ataca y devora las orugas y saltones con una ferocidad extraordinaria, bastando un pequeño hormiguero para destruir hasta veintiocho insectos por minuto. Entre los insectos entomófagos que sirven de protección a los vegetales devorando otros insectos, se encuentran los insectos cazadores de la familia de los carábidos; las mariquitas; (*Cocinellidea*); los estafilínidos; los sílfidos; los asíridos; varias clases de avispas; los caballitos del diablo; etc. Casi todas las especies de insectos nocivos tienen que habérselas con enemigos (insectos entomófagos) de una u otra clase que pugnan por devorarlos o destruirlos en alguna otra forma.

ATRACCION DE INSECTOS

Son infinitos los seres del reino vegetal que están dotados de ciertas propiedades especiales para atraer a los insectos y los pajaros, pero lo que mayor influencia ejerce para que los insectos se les aproximen es el néctar que poseen.

Muchos vegetales no se satisfacen con atraer a los seres del reino animal que se les acercan, sino que también les tienden una celada. La *Cypripedium*, de la familia de las orquídeas, tiene una flor que se cierra igual que un garlito tan pronto un insecto se posa sobre ella, con el único objeto de utilizar sus servicios para la polinización. Hay en California una especie de venestósigo (*Arclepias mexicana*), cuyas flores se conocen vulgarmente con el nombre de "flores-trampa", debido a que poseen un ingenioso mecanismo que no se encuentra en las plantas de ninguna otra familia. Las cinco anteras de la flor están tan unidas las unas a las otras que forman una vaina alrededor del estigma. Cada una de estas anteras tiene dos hojitas o alas laterales las cuales, al tocar con las alas de las dos anteras contiguas, forman una pequeña hendedura, un poco más grande en la base que en la parte superior. Las polinias (o masas polínicas en forma de diminutos palillos) correspondientes a dos distintas anteras, se hallan adheridas por unas tiras flexibles a una membranita o disco, situado justamente entre una antera y la otra. Esta membrana o disco triangular tiene también en un extremo una hendedura cuneiforme. El disco está localizado detrás de la hendedura (parte superior) formada por las alas de dos anteras. Este dispositivo es lo que constituye el susodicho garlito o trampa.

Estoy triste sin ti...

Estoy triste sin tí, porque la vida
de mi alma sola se convierte en sombra,
y hasta el verso más dulce lo hace alfombra
de tu recuerdo la ilusión querida.

Estoy triste sin tí, me siento herida
por la nostalgia de un ideal que asombra,
y en las horas de tedio bien te nombra,
cuando en silencio por tu amor suspira...

Estoy triste sin tí, desconsolada,
porque lejos, sufriendo íntimamente,
vivo solo pensando en tu mirada.

Estoy triste sin tí, profundamente!
aunque siempre la ausencia es venerada
si lo unge al corazón, amor potente!

KIKA MOLTRASIO CORRADI.

Las boleadoras

Antes que Satanás, el ángel rebelde, fuera convertido en el demonio, tú sabrás que era hijo de Dios. Pero, desde pequeño, mostraba zurdas inclinaciones y ejecutaba mil diabluras.

Cierto día su padre lo buscaba para mandarlo hacer una buena obra y él, habiéndose hecho enseñar de un brujo virtudes mágicas, se transformó en un ratón.

Dios lo descubrió y vuelto gato lo cazó.

Entonces él se volvió una liebre. Dios tomó las apariencias de un lebrel y lo detuvo. — El se hizo mosquito: Dios se encarnó en un avestruz y lo atrapó. — El diablo adoptó la forma de una paloma y su padre, transformado en gavilán, le cortó el vuelo.

—Ah, reflexionó Satanás cuando se vió preso: viene la noche, él no querrá hacerme mal, no tiene armas con que herirme, me volveré un venado, que es el animal más rápido que existe y corriendo en la sombra podré huir sin miedo.

Y así lo hizo.

Dios, desesperado de su lucha, alzó los ojos al cielo y vió que en ese momento nacían, puras y luminosas, las Tres Marías.

Las llamó, las ató con un pelo de su barba y las arrojó atrás del venado veloz que, vencido, vió interrumpida su carrera.

Habían nacido las boleadoras.

MONTIEL BALLESTEROS.

OBEDIENCIA

por Alfonso Croziere

El juez hizo pasar a los dos cónyuges, les ofrecio asiento, y volviéndose gravemente al marido:

—Le escucho a usted.

—Señor juez — empezó el marido —, hace quince años que mi señora y yo estamos casados. Pues

—¡Eso!... — exclamó Dorotea.

—Permítame, señora — interrumpió el juez —. Todavía no le he concedido la palabra.

—¿Entonces yo no puedo hablar? ¡Y a esto le llaman justicia! ¡Es demasiado!

—Cálmese, señora, que aquí estoy yo para que se reconcilien ustedes. Siga usted, caballero.

—Decía que mi mujer no me ha obedecido nunca y, además, por la menor cosa promueve un escándalo. He aquí un ejemplo: Hace tiempo, señor juez, teníamos en casa varios amigos invitados a comer. Me permití hacer a mi mujer una pequeña observación acerca del aderezo de la ensalada, se enfada, se agría la discusión hasta el punto de que mi señora coge la ensaladera y me grita:

—Una palabra más, Héctor, y te la tiro a la cara.

—¡Tírala, mujer, para que lo veamos! Pues tan verdad, señor juez, como estoy aquí presente, que apenas dicho esto me cayó en la cara la ensaladera, y todos nos pusimos perdidos.

Al oir esto el juez exclamó:

—¿Y dice usted que su mujer no le obedece? ¿No le dijo tírala? Pues ella no se lo hizo repetir. Obediente, se la tiró.

Dorotea, llorando, murmuró:

—¡Ah, señor juez! ¡Qué bien sabe administrar justicia!

—En cuanto a Héctor no salía de su asombro.

—Escuche — prosiguió el juez. — Tiene usted más suerte que yo. Voy a contarles una escenita que tiene alguna semejanza con la suya. La otra noche teníamos a cenar a un antiguo compañero mío de colegio que mi mujer no ha podido nunca soportar. Al final de la comida busca el modo de reñir por una futileza. Cambiamos unas frases duras, y a falta de argumentos coge una fuente de natillas.

—¡Una palabra más, y no respondo de nada! — me dice, amenazadora.

Yo respondo con vehemencia:

—¡Tírala! ¡Tírala! ¡Te lo mando!

Y pensaba:

—¿Me obedecerá al fin? Pues bien, no me obedeció; hubiera sido demasiado hermoso. Se limitó a mirarme fijamente, y contestó:

—¡No! ¿Cuándo has visto que se sirva al amo de la casa antes que a sus invitados? — Y mi amigo recibió en la cara toda la fuente de natillas.

—¿Lo ves, Héctor, lo ves? — se apresuró a exclamar Dorotea. — ¡Yo no hubiera hecho eso nunca!

—Por esto — prosiguió el juez— nunca me cansaré de recomendar indulgencia. La señora se ha dignado obedecerle, y usted debe estar satisfecho de su acción. No pida usted demasiadas cosas a la vez.

PENAS

Por Cleofé Pereyra de Goicca

A la hora del almuerzo, llegó a su casa Roberto Cejas, muy alegre; traía un hermoso ramo de rosas blancas con que obsequió a su esposa Berta Rodríguez; ésta recibió a su marido contenta y satisfecha del recuerdo cariñoso que él tuvo para con ella.

Durante la comida, Roberto preguntó a su mujer si pensaba salir de paseo esa tarde; al contestarle Berta negativamente, él dijo:

—Esta noche yo no vengo a comer; estoy invitado por un amigo de la infancia a acompañarles en un restaurant.

—¡Oh, mejor así! Te esperaré levantada, y, mientras, pienso terminar mi vestido; ya no me faltan más que unos toques. ¡Vieras qué lindo me está quedando!

Al concluir el almuerzo, se despidieron los esposos con un tierno beso, acompañándole ella hasta la puerta de calle, donde quedó esperando verlo trepar en un tranvía, y despedirlo con la mano.

Luego entró, poniéndose a la tarea de terminar su vestido; así lo podría estrenar el día del cumpleaños de su marido.

Comenzó la costura, pero advirtiendo, fastidiada, que no le alcanzaba el adorno, suspendió su trabajo para vestirse y salir a comprarlo en el centro.

Tomó el subterráneo, pues deseaba regresar lo más pronto posible a su casa.

Al llegar a la estación del Once, vió a Roberto en compañía de una mujer, los cuales subieron en un tren eléctrico que partía con destino a Castelar. Rápidamente bajóse Berta del coche y fué a observa los detrás de una columna, creyendo al principio que se había engañado, pero, desgraciadamente, no era así. Allí, en un asiento del vagón, los vió cómodamente sentados, en amena conversación, con aire de preocupado, felices y ajenos a todo lo que los rodeaba.

¡Qué horrible momento fué éste para la pobre esposa! Quedóse allí hasta ver partir el convoy, y sentándose en un banco de la estación púsose a cavilar.

¡El, su Roberto, la traicionaba! ¿Quién lo hubiera dicho? ¡Jamás lo hubiera creído, si no lo hubiese visto con sus propios ojos! ¡Ah, miserable! éste fué el motivo por qué me preguntaste si saldría. ¡Cómo me has engañado, canalla!

Regresó a su casa sin haber efectuado la compra. Tenía una profunda tristeza en el alma. ¡Qué perverso es... qué malo, y ella que lo era toda para él! ¡Ay, qué malvados y sinvergüenzas son los hombres! ¡Dios mío, dadme resignación!

Lloró mucho y ello la alivió, pudiendo pensar, más fríamente, qué actitud adoptaría con su esposo.

—Mejor será fingir que nada sé de todo esto. ¿Acaso evitaré ya el mal, promoviendo un escándalo? Y aunque comprendía que ese silencio que ella se imponía, sería de un sufrimiento moral espantoso, lo prefirió al palabreo solapado que no conduce a nada, cuando se tiene el espíritu quebrado por la pena. ¿Qué has hecho de mi corazón, Roberto? ¡Eres un infame!, volvió a decir en alta voz la pobre víctima mientras enjugaba sus lágrimas.

Roberto regresó a hora muy tarde de la noche. Berta asumió la misma actitud de siempre para con él; no quería que su marido sospechara la decepción que había sufrido, sabiendo, sin embargo, que desde aquel día huía de su hogar la verdad para dar paso a la hipocresía.

* *

A la mañana siguiente levantóse Berta muy temprano y se arregló para salir.

—¿Dónde vas tan de madrugada? — le preguntó su marido al verla con el sombrero puesto.

—Voy a misa, y después a la bóveda; quiero llevarle flores a mi padre, hoy es el aniversario de su muerte.

—De mucho le sirven las flores a los muertos, tontuela, — repuso él burlonamente.

Ella despidióse de él con un beso en la frente, diciéndole:

—Toma, para que se te borren los malos pensamientos, y salió.

Deseaba llegar cuanto antes al cementerio, para visitar a sus adorados padres, y contarles todas sus penas, creyendo la pobrecita que con esto aliviaría sus sufrimientos.

Apenas llegó, se puso a arreglar las flores, colocándolas en los jarrones y besándolas antes de dejarlas en el altar. Mientras, lloraba en silencio.

Terminada su tarea, sentóse en el escalón de mármol a orar. Con tanta unción rezaba, que no advirtió la presencia de una joven, casi niña, que le pedía permiso para poder pasar y depositar ella también una ofrenda a los muertos que allí descansaban.

Tuvo la jovencita que repetir: "Con su permiso" para ser oída por Berta; inmediatamente ésta se puso de pie para dejar paso.

La niña bajó la escalera deteniéndose frente al féretro del padre de la señora de Cejas, y santiguándose comenzó a colocar las flores que llevaba.

—¿Quién será esta chica? Debe de venir equivocada — pensó Berta. Y creyéndolo así, preguntóle:

—Señorita: ¿a quién pone usted esas flores?

—A mi abuelito.

—Pero, ¿cómo abuelo?, si yo soy única hija, y no tengo hijos. ¿No estará confundida con otra bóveda?

—¡Qué esperanza, señora! En tal caso, la que estaría equivocada sería usted; mi padre fué el único hijo de Juan Rodríguez.

—¡Hijita, por Dios, qué disparate! Entendámonos. ¿Quién eres tú? — exclamó Berta tuteando a la niña.

—¡Ya se lo he dicho, señora! Soy la nieta de Rodríguez.

—¿Tu padre vive?

—No, ni mi madre tampoco; yo vivo con mi abuelita, la esposa de mi abuelo, de este señor que está aquí, — dijo la chica con insistencia, señalando el cajón donde reposaban los restos del padre de Berta.

¿Quién podrá ser esta intrusa? ¡Qué horrible confusión hay en todo esto!, — dijo para sí la esposa de Roberto.

—¿Cómo se llamaba tu padre?

—Igual que mi abuelo.

—¿No tienes parientes?

—Sí; pero dice mi abuelita que son muy orgullosos, por eso no nos visitamos, y quiere que venga aquí muy temprano, así no me encuentro con ellos.

—¿Dónde están enterrados tus padres?

—En un pueblo de campo, donde yo nací. Cuando ellos fallecieron nos vinimos a la capital, mi abuelita vendió todo lo que poseíamos allá, para, con ese dinero, poder costear mis estudios; yo pronto me recibiré de maestra... Pero, a todo esto, señora, ¿puede usted decirme con quién tengo el gusto de hablar?

Berta calló, pensando en aquella extraña revelación. De pronto se le ocurrió forjar una mentira, y repuso:

—Mira, tu abuelita me conoce y yo quisiera hacerle una visita. ¿Quieres darme su dirección?

—¿Cómo no? Aquí la tiene, — dijo la joven dándole una tarjetita que sacó de la cartera. En la cartulina estaba impreso el nombre de Ramona Rodríguez y su domicilio. — ¡Cuánto gusto tendrá abuelita en recibirla! ¿A quién le diré que tuve el placer de encontrar?

—Le dices que soy Berta, la esposa de Cejas; también dile que mañana por la tarde iré a verla.

—Muy bien, señora; no falte que la esperamos. ¡Es usted simpática! — observó Ramona, con una exquisita ingenuidad, retirándose del panteón y dejando a Berta sumida en una profunda melancolía. Volvióse a sentar en la escalinata y tornó a pensar en su padre. ¿Sería verdad que él tuvo un hijo con otra mujer que no fué su madre? ¿Y su madre lo ignoró? Y si lo supo, ¡cuánto habrá sufrido!

Entonces recordó a su Roberto; no era él el único canalla; también su padre lo fué. ¡Ella que había ido allá en busca de consuelo, se encontró que los muertos le enseñaban lo que era la vida! ¡Qué horrible era todo esto!

En aquel preciso momento, las flores que la nieta de su padre había colocado en las manijas del féretro, comenzaron a caer al suelo lentamente, una a una, vencidas por su peso. Berta, las miraba deshojarse al rozar el piso y no trató de recogerlas. — Sí, — pensó — estas flores se postran a mis pies; me piden perdón en nombre de mi padre; el muerto protesta de ese homenaje a su memoria; no las quiere y las rechaza, porque sabe que no es merecedor de ellas. Acordóse de su santa madre, y comprendió que su deber era imitarla. ¡Esta es la misión de la mujer en la tierra: sufrir y ocultar sus penas!

* *

Daban las 16 cuando Berta llegó a Liniers y llamó a la puerta de una humilde casucha, en la cual vivía la abuelita de Ramona. La niña salió a recibirla, haciéndola pasar al comedor, donde estaba la anciana de pie. Miró a la joven señora sin extenderle la mano; hizo señas a su nieta que se retirara y una vez solas, después de indicarle con un ademán que tomara asiento, dijo:

—Señora, ¿puedo saber cuál es el motivo de su visita?

Berta no sabía qué responder y quedó callada.

—Bien; no se aflija, yo hablaré por usted. Su visita es de curiosidad; deseaba saber quién sustituyó a su madre, ¿verdad? ¡No lo niegue! Pues, aquí la tiene, yo fuí la querida de su padre; sí hijita, la que realmente quiso. Cuando su señora madre se casó con Juan, ya mi hijito tenía tres años. Al casarse, él cometió dos malas acciones, el abandono que hizo de mí y la mentira hacia su esposa, a quien no amaba. Sólo lo llevó el interés; era ella una mujer hermosa y rica, y Juan un haragán, hombre bohemio, que había malgastado la herencia de sus padres, tomando luego el casamiento como medio de salvación. Más tarde fué desgraciado; quiso volver a mi lado, pero yo le señalé su deber para con su legítima esposa. Acallé los gritos de mi alma, y los latidos de mi corazón, evitando así que él hiciera otra víctima. Su madre, señora, que adoraba a su esposo, ignoró todo esto y murió bendiciéndolo. Yo no tenía derecho sobre aquel hombre ante los ojos del mundo y la justicia de la ley, y lo convencí con mis ruegos para que siguiera por la buena senda, cumpliendo con su deber de esposo y de padre que ante Dios había jurado.

Esta es toda mi historia; yo soy maestra jubilada, vivo humildemente y sostengo a mi nietecita, único amor que me resta en la vida.

—¡Oh!, perdóneme señora el haber venido hasta aquí para hacerla pasar tan mal rato, al obligarle a revivir estos recuerdos, — imploró Berta.

—Nada de eso, hija mía; estaba usted en su derecho. ¿Deseaba saber quién era la persona que depositaba flores a su padre? Ya lo sabe. Esas flores eran enviadas por una anciana la cual, a la vejez, recién podía demostrar lo mucho que quiso a su Juan. ¡Así amamos las mujeres: eternamente! Mientras el hombre es como la mariposa, vuela de flor en flor... Y para que no le faltaran... le mandaba esas rosas.

Berta bajó la cabeza; comprendió la dura lección que encerraban las sinceras palabras de la anciana, y retiróse de ese humilde hogar con una duda terrible. ¿Cuál de las dos ocupó el corazón de su padre? ¿Cuál de las dos ocupa el corazón de Roberto? Y llegó a la conclusión de que, para ser feliz, hay que tratar de ignorar siempre aquello malo que se desea saber.

Por el mundo del turf

"MALATESTA"

Favorablemente impresionados por la corta pero brillante actuación del notable hijo de "General Brusiloff", visitamos el stud donde se aloja el pupilo del "entraineur" Etchechourry. Amablemente atendidos, pudimos cambiar algunas ligeras impresiones con el señor Otamendi, propietario de "Malatesta" y con el cuidador de dicho producto.

Tanto el señor Otamendi, como el vasco Etchechourry, exteriorizan sin reservas, el optimismo que abrigan acerca de la futura actuación del potrillo, al extremo de hallar posible la realización de algunos lucidos y sencionales cotejos, con los mejores productos de su edad, que actualmente ostentan la supremacía en las pistas de Palermo.

—Ya conocen ustedes — nos decía el señor Otamendi — las "performances" de "Malatesta". Presentado el 12 de diciembre pasado, ganó su primer carrera en forma sensacional y marcando 1'37 en la milla. En dicha prueba se impuso por cuatro cuerpos, sobre los nueve rivales que le salieron al encuentro. Dos semanas después triunfó desahogadamente en el clásico "Clausura", derrotando a un lote de competidores de alta clase y empleando el espléndido tiempo de 2'15'4,5, en recorrer los 2.200 metros de la distancia.



La silueta del notable hijo de "General Brusiloff".

—Sin embargo, su última carrera... — nos atrevimos a objetar.

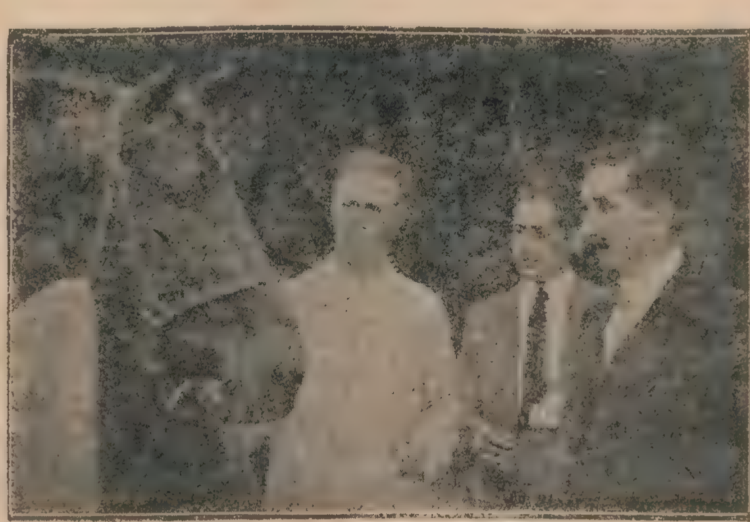
—A decir verdad, — nos replicó el señor Otamendi — no puede considerarse dicha prueba como un elemento de juicio para aminorar en nada las bondades del hijo de "General Brusiloff". Es cierto que ganó sólo por un pescuezo a su contrincante "Courtier"; pero hay que tener presente la forma irregular en que se desarrolló la carrera, como lo demuestra el tiempo empleado en la misma, y, lo que es más importante, que mi caballo no se encontraba ese día en buen estado de salud, pues, como es del dominio público, fué necesario retirarlo de las pistas, por hallarse afectado de las cuerdas.

—Sería de sentir que no interviniera en los grandes clásicos de la presente temporada.

—Verdaderamente. Mi intención era presentarlo en ellos, para afrontar resueltamente los cotejos con los notables pupilos de Moreno.

Los pronósticos de los veterinarios coinciden en que la dolencia desaparecerá en tiempo relativamente breve y si ello ocurre así, tendré la satisfacción de ver cumplidos mis deseos de sportsman.

En cuanto al "entraineur" Etchechourry, está completamente de acuerdo con la opinión del señor Otamendi y sus convicciones personales con respecto a la futura actuación de "Malatesta", quizás vayan más allá que las del mismo propietario del producto, debido a que, por razón de sus funciones, conoce más a fondo las calidades de su pupilo.



El señor Otamendi, propietario de "Malatesta", el entraineur Etchechourry y nuestro repórter señor Bravo, contemplando al vencedor del clásico "Clausura".

La poesía de Francisco López Merino

La obra de Francisco López Merino es, entre la actual poesía inquieta y vibrante, como un refugio donde el amor llegó a ser más puro y el silencio más grato y musical.

Ya, en "Tono Menor", el poeta expresa sus emociones delicadamente, en voz baja, con una dulcedumbre velada de melancolía que la torna íntima y familiar. Escuchadle:

> ¡Oh la blanda caricia
> de oro de la lámpara!
> Roza todas las cosas
> que en torno nuestro callan:
> el ramo de azucenas
> suaves, recién cortadas,
> la labor inconclusa
> que en la rueca descansa
> y el libro que está abierto
> siempre en la misma página...

Así como sus versos cantan la sencilla poesía del hogar, sienten los paisajes brumosos, las horas tenues y fijan las músicas lejanas, así, como sus versos, su alma se emociona ante "unas pupilas húmedas" o ante "el color del otoño".

Sus estrofas poseen la palabra justa y el verso feliz; oigamos una:

> Yo estoy convaleciente y llevo toda
> la fragancia marchita del silencio:
> un azul esfumado por los ojos,
> tristeza en el decir, desgano lento...

La música más vaga del asonante llena de una gravedad imprecisa la melodía de estos versos logrados magníficamente. Allí, el poeta no ha hecho más que seguir con la pluma un ritmo interior de una armoniosa lentitud.

Y más tarde, el tema preferido que vive en sus dos libros: una perenne tristeza de ausencia:

> Con la mirada que se vierte sobre
> los seres más amados te contemplo
> espejo mudo y fiel.
> ¿Acaso evocas
> aquí en la soledad de este aposento
> a la que embelleció tu superficie
> lo mismo en primavera que en invierno?...

Y la estrofa final, más dolorosa y tierna:

> Como si fueras un hermano te amo
> inmaculado, confidente espejo,
> porque tal vez en su postrer mirada
> confió a tu alma un íntimo secreto...

Nunca (y me es grato repetirlo) una palabra impropia, nunca un verso disonante. Esto delata al poeta, que dice lo que piensa con sencillez, que hace poesía de su emoción.

> Frente a una imagen de la Hermana siento
> deseos hondos de volcar el llanto...

En "Tono Menor", la poesía titulada "Crepúsculo", muestra de nuevo aquel estado de ánimo:

> Madre, beso tus ojos por saber si has llorado.
> El crepúsculo triste y apagado
> trae a tu pensamiento la imagen de la ausente
> y hace vagar su noble dulzura en el ambiente.
> Tus pupilas, entonces, se humedecen de llanto:
> cada lágrima tuya lleva una imagen de ella
> junto con el secreto divino de su encanto
> que más que de mujer era de estrella...
> Madre, al besar tu llanto beso la imagen de ella.

Siempre la misma melancolía de ausencia, pero cuajada, cada vez, en versos más profundos y tiernos:

> Abro a veces el libro que solía
> leerte en el invierno
> y pienso que a mi lado, como entonces,
> tu tibio corazón está latiendo...

Allí, en esas expresiones está la eficacia de su poesía, de esa poesía suya que lo lleva a escribir tan sencilla y conmovedora estrofa como la titulada: "Para cerrar el libro":

> La lumbre del hogar me dió su encanto
> y el silencio su ritmo...
> Alma desconocida, alma lejana:
> aquí tienes mi libro.

En "Las Tardes", el poeta ha vivido aún más; su sensibilidad se agudiza, su palabra fácil y leve conquista a menudo, él reino del milagro musical.

"Las Tardes" es un libro bello y armonioso, donde la exquisita delicadeza del autor se une a un gusto selecto y a un lirismo sentido, donde la imagen original alterna con el pensamiento de una honda hermosura:

> Tu voz desvanecida por la ausencia perdura
> más que como una música
> como otra imagen tuya...

Y en las "Estancias de la primavera", dice:

> Se hace sensible el agua como si comprendiera
> que son nubes y ramas las cosas que ella mece.
> Cada regazo acoge la nueva primavera
> y entre la brisa el eco del otoño florece.
>
> Domingos de septiembre con el color sereno
> de los primeros sueños que del alma se adueñan.
> El sol hace más honda la fragancia del heno
> y los enfermos sueñan...

Asimismo en sus poesías tituladas: "Estancias del agua especular", "Primera lluvia de otoño", "Tarde" y "Atmósfera soñada", encuentro la misma musicalidad, la misma modulación suave, como atenuada por la mano del ensueño. Merece también recordarse aquella otra poesía suya: "El otoño y los niños", que encierra tanto espíritu en tan poca materia:

> Amaneció la calle toda dorada: el viento
> con su mano invisible desprendió hoja por hoja.
> Las estrellas oyeron acaso su lamento
> y la aurora habrá sido, por lo mismo, más roja.
>
> Los niños que se inician en el abecedario
> al ver así la calle creyeron que era un sueño.
> El sol sobre las hojas hacía el oro más vario
> y era una fantasía tanto oro sin dueño.
>
> Con sus manos pequeñas recogieron el blando
> tesoro que los hombres indiferentes pisan.
> Se fueron a la escuela dulcemente, pensando
> que los sueños más bellos a veces se realizan.

El autor de "Tono Menor", afirma en "Las Tardes" su estilo al dar una expresión más acabada de originalidad.

En las composiciones del señor López Merino, la unidad espiritual no perjudica el conjunto, pues él, ha sabido dar a cada una, su música distinta, su color diferente.

Su poesía es una urna en la que está guardado, intacto, su corazón. De aquí esa ternura inmensa que brota espontánea en dos de sus últimas composiciones: "Canción de los domingos de infancia" y "Patio de la niñez".

Sus poemas me dejan la impresión, noble y profunda, que causa toda puesta de sol.

CARLOS MARIA PODESTA.

(1) Adviértase que la elasticidad de sus versos provicne de la fluidez con que están escritos.

Los rubíes misteriosos

En el Mar de las Antillas, a una hora de navegación de Belice, capital de Honduras británica, existe un grupo de islitas llamadas por su forma *El Triángulo*.

Hace bastante tiempo desembarcó en una de estas islas, que son un verdadero paraíso, un aventurero buscador de oro, que no halló el precioso metal que buscaba, pero en cambio encontró un verdadero campo de rubíes.

Cegado por tantas riquezas, y dudando de su suerte, recogió gran número de piedras preciosas y las envió a Nueva York para su examen.

Desgraciadamente, el buscador de oro estaba minado por la fiebre amarilla, y antes de recibir respuesta murió, llevándose a la tumba el secreto del emplazamiento de la preciosa mina.

Uno de sus parientes encontró entre los papeles del difunto un mapa salpicado de señales misteriosas: consiguió interesar a una sociedad, y dentro de poco saldrá una expedición de ingenieros ingleses en busca del tesoro oculto.

Con la ayuda del mapa de las indicaciones misteriosas, los miembros de la expedición van a intentar descubrir el campo de rubíes, cuya riqueza se calcula en muchos millones. El gobernador de Honduras británica ha autorizado a la expedición para que haga investigaciones y excavaciones en las islas.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18 — Sábados: de 9 a 12 — U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „	„ 4.00
Año	„ 9.50	Año	„ 11.00	Año „	„ 8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

TEATROS

CAMILA QUIROGA, JUZGADA EN EL PERU

Del diario "La Prensa", de Lima, transcribimos un acertado juicio acerca de Camila Quiroga, cuya compañía realizó una temporada en el teatro Municipal de la Capital peruana, siguiendo su gira por el Pacífico.

Dice aquel diario, después de aludir a la insignificancia de las actrices que acompañan a la nombrada.

Llegamos a la primera figura: Camila Quiroga.

La primera actriz se presenta ante nosotros, tras 4 años y medio de ausencia no en valde co ridos. Hoy es algo más que una artista inteligente, capaz de una brillante interpretación elegante y desenvuelta. Se ha depurado de cursilerias románticas, de excesos sentimentales de inútiles gritos. Naturalmente no esta ya su personalidad para muchos progresos. ni muy ductiles interpretaciones. ni sus facultades tienen la frescura primaveral de ayer...; es el inevitable otoño de las rosas.

No es posible fijar una impresión de la señora Quiroga que la pinte. En tal obra, nos seduce; en otra nos abruma; aquí acierta allá fracasa. Día a día, y noche a noche, tenemos que hacer un inventario emocional para que la desorientación no se aparte de nosotros, encallando nuestro criterio. Justo es declarar, perentoriamente que con su repertorio es humanamente imposible hacer más y que sus fallas, borrones y nebulosidades se deben buscar en las obras.

Aun hay más; todas las novedades estrenadas son tan deporables como las conocidas. Júzguese, cuanto sufrirá el prestigio de la señora Quiroga, con material semejante.

Para apuntalar su repertorio ha incluído obras de Bataille y Geraldy, formidables autores franceses y del maestro don Jacinto Benavente. Y nada más errónco, ni peligroso que tal procedimiento, porque ante el criterio más primitivo e infantil las de autores argentinos aparecerán muchos peores de los que son en realidad y porque la misma labor de la señora Quiroga, procediendo en constante desdoblamientos pie de contornos...

El teatro de Henry Bataille exige estudio, compresión, inteligencia, dominio de matices y muchas cosas más. Contadas artistas francesas pueden arribar con acierto a él y muy pocas italianas. Y sería necesario que Camila Quiroga realizara una larga incursión en el teatro moderno francés para que pudiera ponerse a tono con el ambiente puliendo su psicología, acostumbrándose a esa maravillosa manera de "hacer obra": sencillamente, humanamente.

Y si Bataille tiene peligros, como no los tendrá Paúl Geraldy, cuyo teatro de más simplicista construcción de base en conflictos psicológicos, llevados con amplitud de la novela.

No es posible terminar esta deslabazada crónica sin dedicar un elogio amplio, a la presentación escénica cual la de la mejor compañía europea del género. Decorado, muebles, atrezzo, vestuario, etc., etc. todo es bueno, de buen gusto.

La hidalguía castellana de los habitantes de esta tres veces coronada villa ha llegado a extremos bien plausibles cual soportar estóicamente sin protesta alguna, obras que en manos de otro conjunto hubiera provocado segura protesta del público y prensa. Y aunque no llena la sala diariamente, acudió en tal cantidad que bastó para dejar ancho margen de utilidad a la empresa de la compañía teatral. Nuestros hermanos de allende el Plata habrán tenido una vez más la evidencia del afecto hondo y sincero que aquí se profesa, porque todos uno por uno han gozado del dulce aliciente del aplauso y el elogio.

Desde luego sin el alto y poderoso apoyo gubernativo esta temporada de arte argentino no hubiera podido llevarse a cabo; es justo consignarlo.

Sólo dos notas nos faltan; una para el trío argentino, formado por Bolegnini, Bente y Tacchi, en su género espléndido y el fin de fiesta típico, que puso frescura pampeana de sus bailables y canciones".

CUADRO CRIOLLO EN EL ATENEO

Lo que don Pepe Podestá no se ha hecho presente todavía en nuestras salas, el actor Marino Podestá, ni corto ni perezoso, se dispuso a ganarle de mano. Y formó un elenco más o menos criollo, con la negra intención de monopolizar el público deseoso de ver "La piedra de escándalo" y "La chacra de don Lorenzo", obras que parecen destinadas a ser representadas hasta el fin del mundo.

Anunciado el debut para una fecha, el cuadro lo postergó para otra, en lo cual demuestra ser más compañía de revista que de drama criollo.

Si no se ha aplazado la presentación otra vez, el jueves debió ponerse en contacto con el público del Ateneo dicha compañía, así formada:

Atrices: María Padin, Malena Podestá, Rosa Santillán, Concepción Villalba, Renée Pocovi, Ermelinda Casabal, Blanquita Piclti, Yolanda Salvador y María E. Lozada. Actores: Marino Podestá, Juan Gamba, Arturo García, Humberto Ghiori, Santos Casabal, Pascual Salvador, Domingo Celotto, Franciso Allende, Desiderio Santillán, Juan Charleghio y Raúl Tabossi.

De haberse producido desgracias personales, enumeraremos las víctimas en nuestra próxima edición.

CUBANOS EN EL MAIPO

Tres artistas cubanos, María Luisa Mellado, Cristina Díaz y Angel Sánchez, debutaron en el escenario bataclánico de Maipo. Había cierta curiosidad por conocerlos y esta curiosidad se satisfizo, arrancando aplausos al público. "El príncipe" cubano y sus compañeras se desempeñaron bien, bailando y cantando. Gustó, sobre todo, la rumba cubana danzada por la Mellade, artista simpática, de agradable figura.

En el cartel siguen las revistas veraniegas "A divertirse, muchachos" y "Para todos los gustos", las cuales despues de ciertos arreglos y podas han quedado bastante pasables para el publico del estío, poco o nada exigente. Ya vendrán otras compañías de revistas y entonces la cosa cambiara. La competencia se hará presente.

LA PARODI

La rubia artista ingenua que en unión de Eliseo Gutiérrez tiene listo su elenco para hacer una larga jira por provincias durante este año, ha decidido iniciarla el 1.o de marzo, presentándose en el teatro de Gualeguay, punto de partida de la excursión, y poniendo en escena "El marido de mi novia", de Félix Gandera, en su versión castellana.

No sería difícil que el elegante actor de los chalecos hiciera desfilar todo su repertorio y sus nuevas producciones por esta compañía, pues conocida es la tendencia del referido Gutiérrez.

El público de provincia esta de parabienes...

ITALIA EN ESPAÑA

Todos saben que en el Avenida actúa la compañía de ópera italiana que dirige el maestro Arturo de Angelis, quien no desconociendo la tradición hispánica de esa sala, ha resuelto abandonar un momento a Verdi, Puccininy demás astros itálicos, para meterse con los españoles. Al efecto, escogió la celebrada "Marina", del maestro Arrieta y la hizo cantar en español por artistas italianos. No podemos comentar en este número el resultado de dicho número musical, ya que la experiencia se realizó mientras se ponía en prensa esta edición; pero por los ensayos podemos adelantar, para la tranquilidad universal, que no se producirá un conflicto internacional. La "Marina" italiana no perderá ningún barco; tampoco la española. La amistad de las dos potencias no puede quebrantarse por un hecho semejante, pero... conviene no abusar.

MAS REVISTAS EN EL HIPPODROME

Es sintomático que la revista se haya refugiado en la pista y que la pista sea grata al batacán, por lo menos en verano. Apenas se fué la Maizani del Hippodrome, otro conjunto revisteril la reemplaza, bajo la dirección de los señores E. Migliorini y A. Rial. He aquí el cuadro:

Triples: señoras Ada y Amanda Falcón; segundas tiples, señoritas E. Mendieta, N. Zabala, S. Suárez, L. Lemus, M. Lemus, E. Durand, P. Dellesa, A. Galdono, B. Salvatori, P. Ibañez, N. Ibañez, C. Peña, Y. Padron, D. Olguim, L. Grenv, E. Morales, B. Evamz, S. Pedré, S. Linch, M. Méndez, C. Vignoli y M. Quiroga.

Primer actor cómico, señor Domingo Froio; actores C. Ferrante, A. Unger, E. Piastino y S. Cumo. La dirección musical estará a cargo de los maestros B. Terés y B. Devalque. Además cuenta la empresa con varios números de variedades, entre ellos: Las hermanas Celindas, Mis Doly, Los Castrinhos, la troupe rusa Los Borrys y la jazz band González.

LA BATUTA DE CAPIZZANO

El enérgico maestro del Sarmiento se bate con denuedo contra los gases asfixiantes del verano. Capizzano no se deja vencer nunca, ni aún sintiendo los tímpanos heridos por ciertas voces que imitan coces musicales. Y es así como la sala que no consiguió llenar un brujo, ni "El brujo de Sevilla", se completa con la lírica italiana que ahora lanza colectivamente gorgoritos por el espacio.

LA MAIZANI

No queremos dudar de que la temporada de la cancionista criolla del epígrafe se haya iniciado en el Porteño, porque todo estaba preparado para el debut, inclusive las nuevas revistas "De la pista al escenario" y "En el Porteño hay alegría", cuando escribíamos estas líneas. Pero como ya está consagrado que una compañía bataclánica anuncia siempre dos o tres veces su presentación antes de hacerla efectiva, cualquiera nos dará la razón.

Si la Maizani no aplazó su debut, tendremos que creer que la formalidad ha entrado en las salas de revistas, lo cual hará caer de espalda al más calmoso lector.

CASINO

Este teatro de variedades sigue ofreciendo como plato fuerte al famoso fakir Blacaman, "el hombre que se divierte con la muerte", que ya es tener ganas de divertirse. Como si esto fuera poco, la empresa anuncia para en breve la presentación de Bohm, "el hombre que hace lo que no puede concebir ningún cerebro humano", Los lectores caeran en la cuenta de que el programa del Casino es una cosa que sobre pasa los límites de la imaginación más poderosa. ¿Por qué la empresa, ya que todo lo puede, no nos quita también el calor?

GRAN SPLENDID

Pese a los calores reinantes, este hermoso cine que es de los más prestigiosos de la metrópoli, atrae como de costumbre gran número de familias distinguidas a sus veladas.

Para la semana en curso, se ha confeccionado un espléndido programa constituído por hermosas producciones cinematográficas, pudiendo desde ahora predecirse que las funciones tendrán éxito.

CAPITOL

La bella sala de la calle Santa Fe continúa desarrollando con buena fortuna su temporada veraniega. Se ve siempre numeroso público en las funciones y en estas se pasan cintas de mucha atracción.

CINE PARC

Numeroso público selecto asistió a este bonito cine a presenciar las funciones ofrecidas en la semana, por la empresa. En la que se inicia, puede descontarse el éxito de las veladas, debido a la excelencia de las peliculas que se anuncian y que han despertado interés.

RADIOTELEFONIA

MARTE Y LAS COMUNICACIONES RADIOELECTRICAS

Es interesante observar, que cada vez que el planeta Marte, por cualquier circunstancia, entra en discusión, indefectiblemente se habla de las comunicaciones de radio con nuestros vecinos los marcianos y se hacen todá clase de hipótesis de la forma en que podría encararse el problema y su factibilidad y lo que es más extraño es que numerosos hombres que se dicen de ciencia, apoyan en una forma u otra esta serie de sugestiones, a las que el vulgo como es natural y muchas personas que no son vulgo, prestan toda clase de atenciones. Bien es cierto que ello no tiene la culpa, sino la serie de reporteros, especialmente de los grandes diarios, los cuales al hacer una interview, escuchan lo que éste les dice, pero luego trasladan al papel lo que les parece más conveniente. En este caso, por ejemplo, se le han hecho decir a Marconi una serie de cosas inadmisibles en un hombre tan versado en radio como él.

Ante todo debe advertirse, que no es posible negar de una manera absoluta, puesto que la ciencia raras veces admite la imposibilidad absoluta, salvo raras excepciones, si por ejemplo, no podrá negarse que volver a la vida un muerto es una cosa imposible, pero si se ahonda en el problema es fácil ver, que puede algún día más o menos leja no poder hacer tal cosa y en esa forma es la negativa que corresponde decir, cuando se habla de la practicabilidad de las comunicaciones con Marte.

Hay indudablemente muchos factores que intervienen en contra de la realización de tan bello sueño y trataremos de analizarlos aun cuando sea someramente. El primero que surge, es el más elemental, es decir que para que los Marcianos contesten a nuestras señales, necesitamos por lo menos, que haya marcianos, y este es un punto que ha merecido en general de los hombres de ciencia, una respuesta desfavorable, pues si bien no se niega que la vida en Marte pueda existir, se duda y con razón que ella pueda haber alcanzado el grado de adelanto que existe en la tierra; piénsese que el radio sólo recién hace 30 años que ha comenzado en la tierra y que sólo hace 10 que se comenzaron las verdaderas experiencias de comunicaciones a larga distancia; antes de esa fecha, por cierto bastante cercana, aun cuando la humanidad estaba muy adelantada, era difícil hacer comunicaciones de radio pues no las conocían, porque entonces pedir que Marte haya llegado justamente a este estado de la ciencia.

Pongamos, sin embargo, muy buena voluntad al pensar que los marcianos puedan conocer las transmisiones de radio, puesto que ello sería fácil dado que la ciencia estudiada con ahinco, debe forzosamente llevar al conocimiento de las oscilaciones eléctricas, una de las cuales es como ya sabemos, la gama de oscilaciones que constituyen las radiaciones eléctricas y que sirven para las comunicaciones de radio.

Aceptemos, entonces, que haya marcianos y que éstos conozcan el fenómeno de la transmisión radio, ¿en qué idioma o lenguaje podrán éstos hacernos conocer sus sentimientos? ¿Cómo pensar que ellos puedan haber desarrollado sus transmisiones en la misma forma



que nosotros, es decir, primero trasmisión por medio de signos Morse, es decir por puntos y rayas; luego por telefonía y finalmente por medio de la fotografía? Realmente es necesario poseer una imaginación muy poderosa para imaginarlo, pero aún seamos tolerantes y aceptemos que los marcianos, puedan trasmitirnos, por medio de puntos y rayas, la imaginación más fértil, sería incapaz de creer que ellas podrían hacerse, utilizando el mismo código Morse, que fué producto de una persona humana, la cual la eligió en forma completamente arbitraria. Quedamos entonces que los marcianos nos transmitirían en puntos y rayas, pero en un idioma, tan completamente distinto al nuestro, que cuesta trabajo creer que aún los más inteligentes descifradores de jeroglíficos del tipo Champollion, puedan decirnos qué es lo que ellos significan, pues no es posible pensar que las condiciones de vida de los habitantes de Marte, sean ni siquiera parecidas a las de la tierra; por lo tanto, su lenguaje estará de acuerdo a dichas necesidades.

Vemos por ello que el problema se complica y serían necesarios una serie de factores, que dan la sensación absoluta de la imposibilidad de las comunicaciones de radio con Marte; sin embargo, hay un argumento de carácter científico, que echa por tierra y al lado del cual quedan pequeños todos los enormes inconvenientes que hemos indicado; nos referimos a lo siguiente:

Es bien sabido que todas las ondas, se trasmiten ya sea pasando sobre la superficie de la tierra y por medio de la reflexión de las altas capas atmosféricas, en donde el aire está extremadamente ionizado, que sirve de espejo para la reflexión de las ondas, las cuales volverían así a la tierra.

Este asunto de la reflexión de las ondas en la capa de aire ionizado, que es lo que se llama capa de heaviside, es justamente lo que nos da la medida de la imposibilidad de las comunicaciones, pues está probado, a lo menos actualmente, que las ondas hertzianas son incapaces de atravesar dicha capa, debido a la ionización de las moléculas de aire, lo que hacen que las ondas hertzianas, si las atacan desde un cierto ángulo, pueden reflejarse, pero si ellas las atacan en ángulo recto o normalmente a la superficie de dicha capa, estas ondas penetran durante un cierto tiempo y luego son detenidas en su camino

Esta consideración es, sin duda alguna, la que mayor consistencia presta a las aseveraciones de los que niegan la posibilidad de las comunicaciones con Marte y fuera de toda duda es la que mayores dificultades presenta; sin embargo no hay que tomar esto como artículo de fe absoluto, puesto que si bien es cierto que la ciencia nos indica que éste es el fenómeno que se produce, no es menos cierto que la ciencia misma pueda indicarnos mañana que hay otros medios para atravesar dicha capa; tal podría ser, por ejemplo, la utilización de las ondas de frecuencia elevadísima tales como las de los rayos X y las producidas por las emanaciones del metal radio, la cual como es bien sabido alcanzan a longitudes de ondas pequeñísimas, en el caso de los rayos X, por ejemplo, es fácil encontrar ondas de 2 a 3 micrones de largo y si se tiene en cuenta que el micrón es la milésima parte del milímetro, se da uno cuenta de la longitud de esas ondas y de los fenómenos que es capaz de producir.

Ya en las ondas de cinco metros se producen una serie de fenómenos realmente inexplicables, como ser la fosforescencia de los elementos de la lámpara y la visión al través del metal de la placa de la lámpara, y en los rayos X es conocida su propiedad de atravesar todos los cuerpos, por ello no tendría nada de extraño que estos rayos, convenientemente dirigidos, pudieran atravesar la susodicha capa de Heaviside, con lo cual se eliminaría el gran obstáculo que existe actualmente.

En resumen, puede asegurarse que las intentonas para realizar comunicaciones por radio con Marte, dado el estado de la ciencia y los inconvenientes de diverso orden que a ello se oponen, no pasa de ser una idea más o menos feliz de espíritus novelescos.



Cuando madame Tremolo cantaba en la Operá, debía guardar la línea y seguía dieta rigurosa, pero ahora...



...que canta solamente para Broadcasting, ya no es necesario.

Informaciones útiles

Las instrucciones para un tubo vacío de radio, generalmente dicen: "Abrir los tubos por medio del reóstato que está conectado al botón X, y proceder a darle vueltas para sintonizar. Pero el aficionado, generalmente, no sabe cómo abrir el reóstato. Si los tubos vacíos son del modelo de pila seca, operando por lo menos a 1 1|2 voltios, abrir los tubos en una habitación oscura y examinar los tubos mientras se ajusta el reóstato. Cuando se observe el primer calor rojizo en el centro del tubo, debe procederse a afinarlo en una estación. Con la pila seca de tres voltios o la batería de acumuladores, el filamento se encenderá con un amarillo lánguido.

* * *

Un receptor de radio requiere pura atención. Sin embargo, el polvo que entra en las habitaciones, puede también almacenarse en las placas del condensador. La estopa puede limpiar bien el polvo, a excepción del que esté depositado entre las placas del condensador, que puede limpiarse con un tubo limpiador corriente.

PAPEL Y TINTA

«El Quijote y los Libros de Caballerías, por Eugenio Guzmán. - Edición Maucci. - Barcelona.- (España)

Se trata de un gran libro, en el que Eugenio Guzmán demuestra que posee dotes de pensador y corazón de artista.

Su estilo, exquisitamente depurado, tiene la limpieza y la serenidad que admiramos en nuestros grandes hablistas. Pero antes que el estilo, nos asombra en este libro la profundidad de las copiosas ideas y enseñanzas que contiene, así como sus portentosas síntesis y sus irrefutables y valientes argumentos, con los cuales combate al cervantismo y a los grandes cervantófilos: Valera, Menéndez y Pelayo, Bonilla San Martín, Rodríguez Marín, Menéndez Pidal, Cejador, Maeztu, Vicente de los Ríos, Benjumea, Lord Byron, Fitzmaurice, etcétera.

Eugenio Guzmán se adentra y encaja en el espíritu del "Quijote", contándonos las terribles turbaciones espirituales de su autor, y pintando magistralmente la fisonomía moral de don Quijote, de Sancho, de Teresa de Panza, del Cura, del Clérigo y de los Duques.

Finalmente, el autor hace un análisis fecundo del catolicismo, del espíritu revolucionario y del idealismo y el realismo en el "Quijote" y en los libros de caballerías, con lo cual la obra presente resume y juzga toda la labor crítica que se ha hecho en torno del "Quijote" y honra el nombre de este gran escritor que se llama Eugenio Guzmán.

«La Medicina, el ocultismo y la metapsíquica, por José Poch Noguer.

Este curiosísimo libro que acaba de publicar la Editorial Maucci, es un compendio en el que se levanta el velo de los misteriosos secretos de los antiguos archivos hieráticos y se muestran en su verdadera esencia los enigmas del esoterismo medioeval, los siniestros arcanos de los procesos de brujería y posesos que alumbraron con tétricos resplandores los ámbitos de Europa.

Las artes ocultas, dice el autor en el prólogo, son tan antiguas como el mundo. El afán esencial del hombre es la consecuencia del poder sobre cuanto le rodea, y este anhelo se ve puesto en práctica a partir de las primeras noticias que transmite la historia positiva. Resultándole imposible conseguirlo por medios normales, acudió a potestades sobrenaturales y al convencerse de que éstas permanecían sordas a sus exhortaciones valióse de otros medios, y tomó a aquéllas por excusa para completarlos y darles más apariencia de potencialidad con el misterio.

Cuando los proyectos ambiciosos del individuo en su lucha para dominar a sus semejantes no se vieron secundados, valiéndose de causas puramente morales, contenidas en los límites de la Psíquica, buscó los medios de fingir los efectos que se proponía con la aplicación de exóticas recetas, cuyo conocimiento se reservó como el más preciado de los tesoros. La ignorancia de la colectividad y el ambiente de la época, fueron el complemento.

El objeto de este libro es, pues, poner las cosas en su debido punto, desvaneciendo leyendas y profundizando en hechos aparentemente misteriosos y, en realidad, embrolladas simplemente.

Quizás estas críticas científicas, este sondeo en el misterio, puedan conducir a un punto de partida para rectificar una gran parte de la Historia Universal, reivindicando o condenando colectividades, personas y cosas hasta hoy protegidas por la cota del enigma.

El número 6 de la Revista del Pueblo.

Hemos recibido el número 6 de esta original publicación que con tanto éxito aparece en la Capital Federal.

Su insistencia en procurar a sus lectores un material selectísimo, la colocan a la cabeza de las revistas que pesan en la cultura de América.

Este número que comentamos trae en primer término un original artículo de Leonidas Barletta, titulado "El derecho de ser cobarde", que ha de llamar vivamente la atención por la audacia de sus afirmaciones.

Mariano de Chaide en sus "Argumentos del mes", pasa revista a los más importantes sucesos de actualidad con la causticidad y precisión que tanto prestigio le ha dado, desde aquel célebre artículo publicado en el número 3 de esta publicación, titulado "Los yanquis piden su dinero".

"Sobre servicios públicos" escribe Julio Fingerit, director de la revista. Este artículo ha de causar gran sensación por el buen sentido común que lo inspira, tratándose de un tema de vigorosa actualidad como lo es el de las construcciones de subterráneos y otras concesiones públicas.

"La muerte de Alejandro Block" y "La nueva actitud mental frente las cuestiones sociales", son dos artículos traducidos del inglés especialmente para "Revista del Pueblo". El primero pertenece al escritor ruso Víctor Chklowski, y el segundo al famoso profesor J. H. Robinson.

En su sección de Crítica de libros, Juan Torrendell, nuestro famoso crítico, habla de la obra de conjunto que Biblioteca de Exposición y Crítica lleva realizada.

Termina el número con un nuevo capítulo de la amena y extraordinaria novela "El cornudo de Buenos Aires", que ya está provocando menudas polémicas en los círculos literarios.

«El cántaro y el alfarero» por Fernán Félix de Amador.

Entre los poetas de Hispano-América figura Fernán Félix de Amador en puesto respetable y envidiable. Artista de raza, ideólogo que sabe de todos los secretos del intelecto y, por sobre estas no frecuentes cualidades, hombre que ha saboreado ampliamente la vida, el autor de "El Cántaro y el Alfarero" es de aquellos poetas que perduran a través del tiempo, las modas y las escuelas.

Hermosas, profundas y gratas al oído son todas las composiciones de este verdadero joyen poético, que es el libro últimamente publicado. Poeta cristiano y santificado por el dolor, se nos ocurre Amador. Con versos cálidos y serenos, despojado de los apasionamientos propios de la juventud, poseído de la serenidad fruto de las crueles y amargas esperiencias en el comercio con los ideales y con los hombres, el autor ha cincelado las páginas de este "Cántaro" de cristalinas y confortadoras aguas, con todo el intelecto y todo el amor propios de las obras definitivas.

Excelente iniciativa la de la Editorial Tor al incluir en el catálogo de sus ediciones esta firma de prestigios indiscutibles y cuyas obras, despojadas del pernicioso oportunismo literario tan en boga, fueron, son y serán gratas a los lectores inteligentes y sensatos.

Sensacionales revelaciones de un hombre de ciencia

La noticia científica más sensacional la acaba de dar, el eminente médico francés Tissot, quien expone la teoría de que los organismos vegetales y animales, inclusive el hombre, estan constituídos por *mohos* organizados y que las bacterias no son sino transformaciones de ese *moho*.

El doctor Tissot ha descubierto que la tifoidea procede del maíz, la difteria de la cebada, la viruela de la papa, la escarlatina de la zanahoria, el tifus del trigo, la fiebre de malta de la naranja y el limón, y la rabia de la lechuga. Ha logrado en prueba de su aserto, transformar un tejido sano del hombre en tejido canceroso, merced a sus cultivos.

Estas declaraciones las hizo en una conferencia importantísima dada en la Soborna, y agrega que la tuberculosis es espontánea en el hombre y puede producirse sin necesidad de contagio; es la sustancia misma de nuestros tejidos la que, como en las demás enfermedades, se transforma en bacilos de la tuberculosis, o más exactamente, nuestro *moho organizado normal* adquiere una forma patológica, cuyos finos filamentos se fermentan en bacilos de Koch.

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI



Ultimas creaciones de la moda femenina



1.—MODELO JULIETTE COURTESIEN.—Traje para la tarde, confeccionado en crespón Georgette gris, bordado en plata y gris ratón; borlas pequeñas en la cintura y las mangas. Acompaña a dicho traje un abrigo de "panne", tono gris perla, guarnecido con lince. — 2. MODELO AGNES.—Traje para la tarde, en tafetán negro guarnecido con terciopelo negro y encaje Alencón ocrado. Motivos pequeños, de estilo rococó, en el cuello. — 3. Traje de sarga fina color azul marino, abriéndose por delante sobre crespón Georgette crema, plisado a máquina; los pliegos están sujetos a conveniente altura, por escudetes bordados en seda azul marino.



Tall. Gráf. A. GARCIA & Cía. — Perú 1746
INDUSTRIA ARGENTINA